

1 9 8 2

CORINTIOS XIII

23

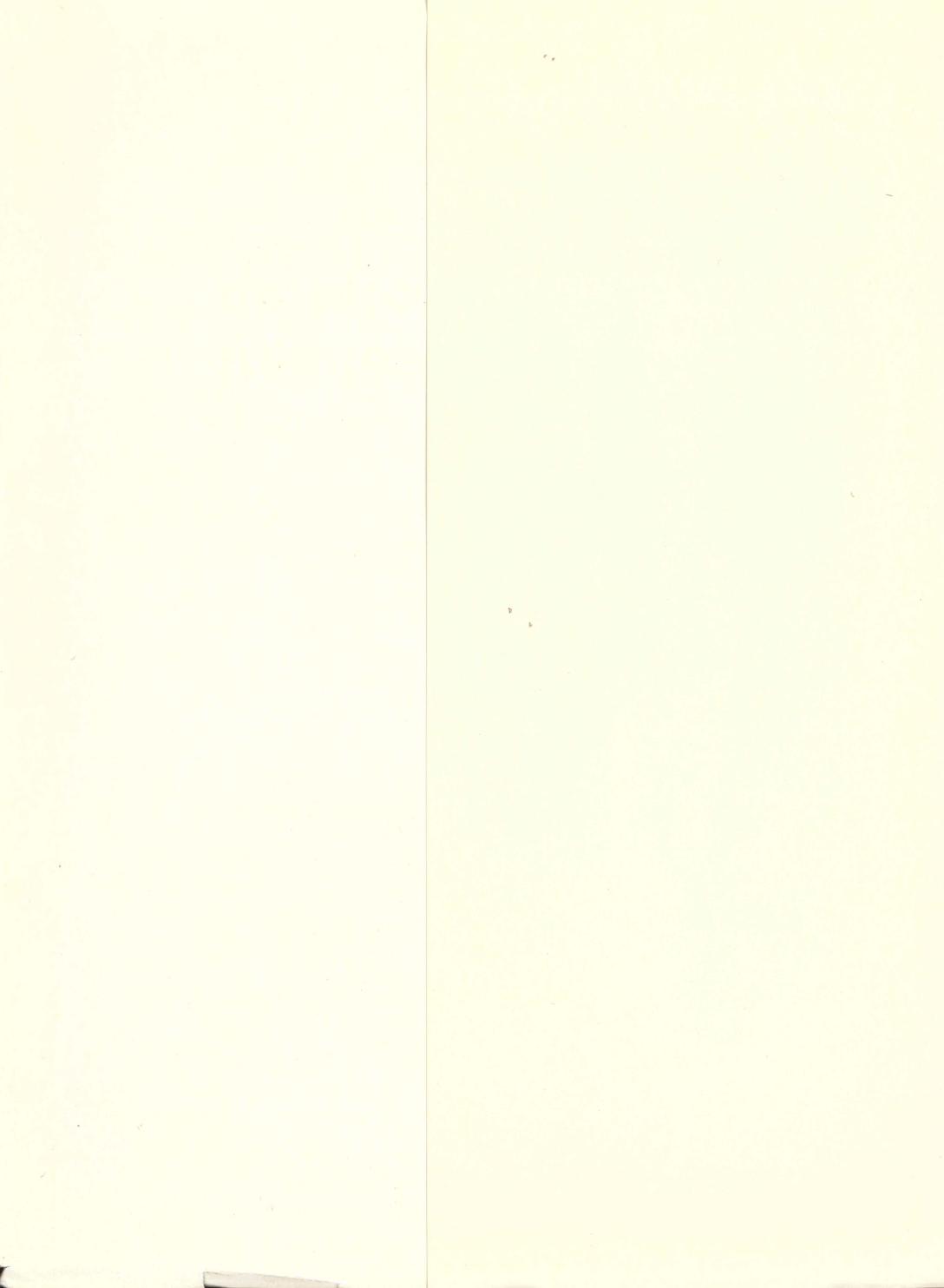
revista de
teología y pastoral
de la caridad

**tres testigos
de la caridad:**

Ceresa de Jesús

Vicente de Paül

Francisco de Asís



tres testigos
de la caridad:

Teresa de Jesús
Vicente de Paül
Francisco de Asís

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGIA Y
PASTORAL DE LA CARIDAD

Núm. 23 Julio/Septiembre 1982

Todos los artículos publicados en la Revista “Corintios XIII” han sido escritos expresamente para la misma, y no pueden ser reproducidos total ni parcialmente sin citar su procedencia.

La Revista “Corintios XIII” no se identifica necesariamente con los juicios de los autores que colaboran en ella.

CORINTIOS XIII

REVISTA DE TEOLOGIA
Y PASTORAL DE LA CA-
RIDAD

Núm. 23 Julio/Septbre. 1982

DIRECCION Y ADMINIS-
TRACION CARITAS ESPA-
ÑOLA. San Bernardo, 99 bis
Madrid-8. Apto. 10095
Tfno. 445 53 00

EDITOR: CARITAS ESPA-
ÑOLA

COMITE DE DIRECCION:

Joaquin Losada
(Director)

S. Ambrosio
R. Franco
F. Ibáñez
J.M. Osés
R. Rincón
A. Torres Queiruga

Felipe Duque
(Consejero Delegado)

IMPRIME: Servicios de Repro-
grafía de Cáritas Española

DEPOSITO LEGAL:
M-7206-1977

ISSN 0210-1858

SUSCRIPCION:
España: 1.000 Ptas.
Precio de este ejemplar:
300 Ptas.

SUMARIO

Introducción	I
RAFAEL PRIETO "Tres reformadores de-desde-en- para la Iglesia"	1
JESUS BARRENA SANCHEZ "Teresa de Jesús, una pobre para los pobres".	31
P. ORENCIO LLAMAZARES "Caridad del 'Poverello' Francisco".	69
FELIPE DUQUE "Vicente de Paúl o el valor de una experiencia".	103
ENCARNACION ORDEN MASCUÑAN "Las Hijas de la Caridad en el servicio de los pobres".	131
Bibliografía	169
Escriben en este número.	189

PRESENTACION

“No os contentéis con (un) mundo más humano. Haced un mundo explícitamente más divino, más según Dios, regido por la fe y en el que ésta inspire el progreso moral y social del hombre. No perdáis de vista la orientación vertical de la evangelización. Ella tiene fuerza para liberar al hombre, porque es la revelación del amor. El amor del Padre por los hombres, por todos y cada uno de los hombres, amor revelado en Jesucristo”.

Estas palabras de Juan Pablo II, en Santo Domingo, camino de la Conferencia de Puebla, sirven de pórtico y presentación a este número de Corintios XIII.

Cáritas Española no podía dejar pasar de largo esos “tiempos fuertes” que en la Iglesia constituyen la “memoria jubilar” de las conmemoraciones centenarias de los santos. Representan en el dinamismo vital de la Iglesia “una presencia recreada” del mensaje de aquellos “siervos de Dios y de los hombres”, por medio del cual, en un determinado tiempo de la historia de la salvación, Dios manifiesta “al vivo ante los hombres su presencia y su rostro” (LG 50).

En el tiempo en que vivimos, a la altura de la espera del segundo milenio, tres figuras gigantes de la más viva y genuina tradición eclesial se hacen presentes entre nosotros para des-

II

velar el rostro de Dios a un mundo marcado por “uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo” (GS 19): el ateísmo.

Francisco de Asís, Teresa de Jesús y Vicente de Paúl, cuyos centenarios celebramos, como nuevos profetas recuerdan a los hombres de nuestro tiempo que la experiencia del hombre vivida integralmente, no sólo conduce al encuentro del misterio de Dios, sino al reencuentro del misterio del hombre. Pues, “la experiencia lo atestigua hoy todavía: cuando un hombre realiza de manera auténtica (una) pura relación con Dios... cambia o crea algo en el orden de las relaciones horizontales... Parece que, al encontrar una perfecta coincidencia con Dios, un hombre de plegaria y de fe encuentra también una coincidencia con los hombres y sus necesidades, pero desde Dios. Interviene nuevamente, pero rebasándolos, en los asuntos humanos y aportándolos una nueva posibilidad” (Congar).

Esta será la clave del arco que cierra el dinamismo creador de estas tres figuras de la espiritualidad cristiana y su aportación más profunda a la “construcción de la Iglesia y del mundo”. Para recuperar al hombre, nuestra generación habrá de recuperar a Dios.

Con esta “fuerza de salvación” quedan superadas las antinomias en que se debate el hombre contemporáneo. ¿No resta mermado y alienado el hombre —se preguntan genios como un Nietzsche o un Marx— al integrar en la identidad humana la realidad y la experiencia de Dios? El testimonio de vida y obras de los santos de todos los tiempos, en favor del hombre —desde la experiencia histórica de la época que les tocó vivir—, indica lo contrario. Cuanto más se hundieron en el misterio de Dios, más se solidarizaron con el drama de los hombres, hijos del mismo Padre y hermanos suyos. Este es el

sentido radical de la verticalidad liberadora de que habla Juan Pablo II y que hemos puesto como marco a esta presentación.

Ahora bien: de la misma forma que el fenómeno del ateísmo es una purificación e interpelación a la Iglesia, por cuanto que “en la génesis del ateísmo pueden tener parte no pequeña los propios creyentes” (GS 19), la vivencia de Dios de estos nuevos profetas —Francisco de Asís, Teresa de Jesús, Vicente de Paúl— también interpela a la Iglesia y a los creyentes, a fin de que erradiquen de su visión y experiencia de Dios aquellas imágenes y formas que, en última instancia, son auténticos ídolos que deforman o borran el genuino rostro de Dios.

¿No ha sucedido, a menudo, en la historia de la Iglesia esta tragedia? ¿No hemos ofrecido al hombre, honestamente rastreador de sus destinos últimos, una “receta” de Dios tranquilizante, que le servía la “medicina” de una “caridad” caricaturizada?

El “poverello de Asís”, enamorado de la Dama pobreza; la “Santa andariega”, que cruzó por la vida tratando “de amistad, estando muchas veces a solas con quien sabemos que nos ama”; el “organizador de la caridad” desde y con la experiencia del pobre, indican a los hombres de hoy “los caminos del Dios vivo, Padre de todos los hombres”. Y acentúan uno de los ingredientes esenciales de toda praxis cristiana en todos los tiempos: la energía y fuerza liberadora de Dios en Cristo, que habrá de estar siempre presente en toda acción caritativo-social cristiana como eje y motor de la misma.

Con razón ha escrito Ratzinger, a propósito del significado del Vaticano II: “(ha supuesto) el derrumbamiento de la identi-

IV

ficación de lo cristiano con el mundo occidental y el estímulo para ver en el sufrimiento de los pobres, en la miseria de los oprimidos, una tarea cristiana. El cristianismo debe hacerse valer como humanismo, si quiere seguir adelante”.

Felipe Duque

TRES REFORMADORES

DE-DESDE-EN-PARA LA IGLESIA

Por Rafael Prieto

Reformadores de la Iglesia ha habido muchos. Son incontables y sus reformas muy distintas, según el estilo y el tiempo, según las necesidades. Ha habido reformadores escatológicos, utópicos, carismáticos, radicales, revolucionarios, incendiarios, belicosos, perfeccionistas, intimistas, moralistas, espiritualistas, elitistas, cerebrales, moderados, oficiales... Larga y dramática lista de reformas y reformadores de la Iglesia.

Pero reformadores de la Iglesia y *desde la Iglesia*, aceptando las leyes de la encarnación prolongada de Cristo; desde el Espíritu y cuando el Espíritu lo diga; desde el amor entrañable, desbordante, desde el amor que no descansa ni deja descansar, desde el amor que es fuego que purifica, empezando por el propio reformador —“reformadores reformatur”, que

diría P. de Grassis en el Lateranense V—; desde la caridad —que eso es al fin la Iglesia—, no desde la rabia o el fanatismo o el orgullo.

Reformadores *en la Iglesia*, sin romper la comunión, dentro de la Koinonía del Espíritu; en la Iglesia, aunque sienta todavía el peso del pecado o la cruz de la incomprensión o la agonía de la frustración; en la Iglesia, sin fáciles escapismos, sin heroicas rupturas o brillantes liderazgos; en la Iglesia, humildes y obedientes siempre hasta la muerte.

Reformadores *para la Iglesia*, hombres para-los-demás, como Cristo, para-los-otros, nunca para sí o para su institución; hombres para la comunidad, dispuestos siempre a servir, a curar, a dar, a morir para dar vida.

Reformadores eclesiales, más eclesiales que individuales, que se definan más por la relación que por su propio nombre, que vivan de esta relación, que sean más el “de-en-para” que ellos mismos.

Tales reformadores son pocos. Vamos a presentar tres ejemplos distintos entre sí por el tiempo y los espacios y los matices. Pero cercanos por el espíritu. Muy distintos en sus nombres, pero muy iguales en sus profundas y dramáticas relaciones con la Iglesia.

FRANCISCO DE ASIS

“Allí donde se hace suave la pendiente,
nació para el mundo un sol”.

(Dante, Divina Comedia. Paraíso XI)

1. Raíces de la reforma franciscana

Cuando nace Francisco a finales del siglo XII, hace ya 800 años, la Iglesia —o la Cristiandad, como se decía antes— a nadie satisfacía, a pesar de sus éxitos político-religiosos. Cuando nace Francisco de Asís —en Oriente, como gusta decir Dante—, la Iglesia era más fuerte y poderosa que nunca, brillante en sus jerarcas, en sus templos, en sus escuelas y universidades. Entonces, los obispos y canónigos poseían magníficos palacios, los monasterios eran ricos, los templos de todos los pueblos resultaban chicos. Entonces, el Papa, que representaba a Cristo, no sólo mandaba más que nadie, sino que de él procedía, según pensaban algunos, lo auténtico de todo poder. Entonces, por aquellos mismos años, el Papa Lucio III se ponía de acuerdo con el emperador Federico I Barbarroja para “castigar debidamente” a algunos herejes insensatos.

Pero era por eso precisamente por lo que no satisfacía. Los mejores cristianos de entonces se daban cuenta de que “el esposo Jesús, el paciente Jesús”, que diría Abelardo, no era tanto el Cristo Rey Pantocrator, Señor de señores, cuanto el amigo cercano y maestro de amor; no tanto el Juez que impone cargas, cuanto el médico que pone bálsamo en las heridas. Sabían ya que “el dulce Jesús, el fuerte Jesús, el crucificado Jesús”, según Bernardo, no utilizaba la espada y la corona, sino la mano abierta, amistosa y llagada. Captaban bien que “el

pobre Señor Cristo”, “el Cristo desnudo”, del que hablaba Pedro Waldo, no vivía en los palacios eclesiásticos ni en los riquísimos conventos, sino afuera en la tierra desnuda y en todo corazón humano que se le abra. Comprendrían que “el pobre y libre Jesús” de Arnaldo de Brescia debía liberar nuevamente a la Iglesia de Dios convertida “en casa de negociación y cueva de ladrones, que ahora eran los cardenales, sucesores de los escribas y fariseos. El Papa ya no es pastor de almas sino verdugo de las iglesias, que no hace en el mundo más que apacentar su carne, llenar sus bolsillos y vaciar los ajenos”. Y mucho de verdad debía de haber en estas palabras cuando el mismo gran Pontífice Inocencio III se quejaba de los clérigos que abrazan a Venus por la noche y veneran a la Virgen por la mañana. Y confesaba en la inauguración del IV Concilio de Letrán: “Toda la corrupción del pueblo procede principalmente del sacerdote... Ocorre muchas veces que los obispos, a consecuencia de sus muchas ocupaciones, de sus placeres carnales y sus acciones bélicas, y también por otros motivos, como su falta de conocimientos espirituales y de celo, son incapaces de administrar la palabra de Dios y anunciarla al pueblo... Perece la fe, la religión se deforma, la libertad se perturba, la justicia se pisotea, pululan los herejes, se insolentan los cismáticos, se enfurecen los pérfidos, prevalecen los agarenos”.

El espíritu del tiempo, los profetas del tiempo pedían reforma. Algunos incluso pedían revolución, como el desgraciado Arnaldo, que pretendía espiritualizar y democratizar la Iglesia. Terminó en la horca. O como Joaquín de Fiore, que soñaba con una solución escatológica, llovida del cielo. “Esta Iglesia tendrá que perecer... Entonces se establecerá el reino de la Iglesia virgen”. Pasada la edad del Padre y del Hijo, el estado de los casados y de los clérigos, está para llegar la edad del Espíritu, el estado de los monjes. Tendrá sucesores fanáticos. O como los cátaros, para quienes la Iglesia, el mundo, todo era malo

y luchaban por iglesias angelicales. La Iglesia había caído en la trampa de las tentaciones mesiánicas. Era peor que un pecado, un error. Cristo pobre, Cristo humilde, Cristo paciente: he ahí el ideal de aquellos reformadores. Volver a la Iglesia primitiva, a la vida de los apóstoles: he ahí el objetivo. “Vida apostólica”: ese fue el slogan. Y vida apostólica quería decir vida de apostolado, quería decir pobreza y predicación del evangelio. Toda la profunda y vasta corriente reformista de la época se polariza en estas dos exigencias: pobreza y predicación libre. Se rechaza, por lo tanto, no sólo las riquezas y los vicios consecuentes, sino al clericalismo acaparador de la Palabra. Conecta esta tendencia con una espiritualidad más subjetiva, más íntima, más libre y más democrática, que viene ya desde Abelardo.

Surge así un gran movimiento paupetístico en la Iglesia del siglo XII. Los pobres de Lyon o valdenses, los pobres de Lombardía, los pobres de espíritu, los pobres de Cristo, los pobres católicos. Cuando nace Francisco, había ya grupos que “no tenían casa propia, caminaban de dos en dos, con los pies descalzos, sin provisiones, ponen todo en común a ejemplo de los apóstoles y siguen desnudos a Cristo desnudo” (W. Mapes, *de nugis curialium*, pp. 64-65). No son los franciscanos todavía, son los pobres valdenses. Pero fueron condenados y fueron condenados brutalmente. “Sébase —decía el bárbaro Pedro II de Aragón— que si alguna persona descubre en nuestros reinos algún hereje y lo mata o mutila, o despoja de sus bienes, o le causa cualquier daño, no por eso ha de temer algún castigo, antes bien, merecerá nuestra gracia” (M. Menéndez y Pelayo, *Historia de los heterodoxos III*, 149-150). Y fueron condenados por algunas convicciones y exigencias que hoy nos parecen ideales, como defender que todos los discípulos de Cristo han

recibido la misión de predicar el evangelio y de anunciar la palabra divina en las asambleas eclesíásticas, aun los laicos y las mujeres.

Pobres, los pobres valdenses, incomprendidos por la Iglesia, a la que ellos tampoco comprendieron ni aceptaron. Algo le faltó a P. Waldo para ser santo.

2. Respuesta de Francisco a las esperanzas del tiempo

Es entonces cuando la Iglesia está en estado de fermentación, cuando el evangelio penetra profundamente en la conciencia de aquella Cristiandad abierta —y la “Europa abierta”, que diría F. Heer—, cuando aparece Francisco de Asís. Y Francisco será *el gran sí* a todas las grandes esperanzas de la época, la encarnación balbuciente de los mejores ideales, la gran afirmación que nada niega, sino que abre sus brazos a todos y a todo, la gran “Y” con brazos abiertos y crucificados, el gran Alleluia que culmina la obra acabada.

“Es grande alegría irradiante, grande dolor irradiante, gran paz y corrosiva inquietud, una sonrisa que acaricia al mundo entero, a todos los hombres, los animales y las cosas, y una seriedad que recuerda el rigor de los antiguos padres del desierto; espíritu de amor hecho de fuego; el rostro en sangre y en lágrimas. El rostro de un crucificado” (F. Heer, *El mundo medieval*, p. 244).

Recogerá de Abelardo su intimidad y su libertad, pero no su independencia; de Bernardo, su dulce y fuerte humanidad, pero no su gloria; de Arnaldo, su fuerza liberadora, pero no su violencia; de Joaquín de Fiore, su ardiente espiritualismo, pero no su escapismo. Recogerá también los deseos de reforma de

Gregorio VII, las utópicas proposiciones evangélicas de Pascual II, las santas ambiciones de Inocencio III. Concentrará todas las corrientes más o menos subterráneas del espíritu.

Por eso, Francisco no gusta de límites, de estructuras; no reforma “contra” nadie. Es de todos y para todos. Es universal. Ha dejado a su padre y su familia para ser el hermano universal. Sus hermanos serán incontables como las estrellas del cielo. Se deja conducir por el Espíritu, que hará de él un pobre, un descalzo, un desnudo, un enamorado y casado con la “Reina Pobreza”, un desheredado. Su herencia no será la de Pedro Bernardone, sino la de los leprosos, la de los hermanos, la de las estrellas. Francisco se trasciende, se transforma en un crucificado viviente y balbuciente que no puede contener tanto dolor, tanto amor y tanta dicha. Ha gustado el mosto de granadas y queda embriagado, dominado por una sublime libertad.

Quiere imitar al Señor pobre y también al Señor que predicaba y sanaba a los enfermos. Ha escuchado Mt 10, 5-16: “Id a las ovejas descarriadas. Por el camino proclamad que el reinado de Dios está cerca, curad enfermos... De balde lo recibisteis, dadlo de balde”. Y empieza a predicar por los caminos y los pueblos, y empieza a dar gratis lo que gratis había recibido. Y el pueblo acude a él en masa. Se ha iniciado un movimiento de fraternidad que resultará incontenible. Cien años después de su nacimiento, en 1282, la orden franciscana tendría 1583 casas. Sólo que él no quería orden ni quería casas (“¡Maldito, Pietro Staccia!”, que por construir una casa confortable estaba a punto de destruir la hermandad de los pobres); no quería privilegios; no quería propiedades; no quería derechos; no quería reglas. ¿Quién puede poner cadenas al Espíritu? El sólo quería evangelio, pura y simplemente el evangelio. En esto consistiría su reforma, en probar a la Iglesia de entonces y de siempre que el evangelio no es

utopía, que es posible y es necesario. “Este hombre pide solamente que le permitamos vivir conforme al Evangelio; ahora bien, si declaramos que tal conformidad es superior a las fuerzas humanas, afirmaremos que es imposible a los hombres seguir el Evangelio y seremos acusados de blasfemar contra Jesucristo” (Palabras de J. Colonna al Papa y cardenales).

3. “Mirad a mi siervo” (Is 42, 1)

Hace ochocientos años, la Iglesia estaba en ruinas y había que restaurarla. Muchos en aquel tiempo, de una u otra manera, oyeron la orden misionera: “Ve y repara mi casa, que amenaza ruina”. Y muchos lo intentaron, pero no lo hicieron bien. Se contentaban con hacer alguna chapuza o construir casas grandiosas, o quizás hacer una casa radicalmente distinta. Ni los cátaros, ni los joaquinistas, ni los valdenses, ni los speronistas, ni los cruzados, ni los inquisidores, ni los obispos y abades del Latesanenses IV, ni los cardenales, ni siquiera el gran Papa Inocencio III, lograban restaurar la casa convenientemente. Había que encontrar al hombre más pequeño, más pobre, más sencillo, más obediente y más ardiente. El Papa lo vio una noche en sueños: vio al hombrecillo sosteniendo sobre sus débiles hombros a la Iglesia que se arruinaba. El Papa y el pobrecillo llegarían un día a encontrarse y a reconocerse. Francisco era, efectivamente, la persona escogida. Era “una de las figuras más sencillas de la historia: todo él emerge directamente de la gracia y de su propio núcleo interior. Sin embargo, supo dar providencialmente una respuesta total a los problemas más profundos de su tiempo” (J. Lortz, *Historia de la Iglesia*, p. 284).

Francisco, restaurador de iglesias — ¡qué arranque el suyo cuando se pone a restaurar las ruinosas iglesias de San Damiano,

San Pedro, Santa María de los Angeles..., para lo que tuvo que vender su caballo y algunos paños del comercio de su padre!—. Después entendería bien el símbolo. Después tendría que vender y dejar muchas cosas, tendría que sudar y sangrar muchas veces, tendría que morir mucho para llevar a cabo esta misión reformista, este delicado y difícil trabajo de albañilería espiritual.

No se trataba de destruir para construir algo nuevo, sino de restaurar. Debía, entonces, ser como el siervo de Yaveh. “Mirad a mi siervo, quien sostengo, a mi elegido, a quien prefiero... No gritará, no clamará, no voceará por las calles. La caña cascada no la quebrará, el pábilo vacilante no lo apagará” (Is 42, 1-3). Eso fue Francisco, *siervo paciente*: “Escribe, hermano León: la perla más rara y preciosa de la corona de Dios es la paciencia. ¡Oh!, cuando pienso en la paciencia de mi Dios, me vienen más ganas locas de estallar en lágrimas”. *Siervo diligente*, recorre todos los caminos, las montañas, los pueblos; se hace cruzado y peregrino, enfermero y juglar, cantando por todas partes su mensaje alegre de hermandad y de amor. Decía en una noche de fuego: “Quisiera abrazar el mundo, amar a todos los hombres, amar y sufrir por ellos. Quisiera cubrir el mundo con el manto de la paz. Esta noche quiero alumbrar con mi lámpara a todos los caminantes, cautivos y desterrados. Correr con un cesto en la mano sembrando la paz”. Y *siervo obediente* hasta morir muchas veces con indecible agonía cuando le pedían su hijo primogénito, cuando querían destruir su obra recortando sus exigencias, buscando seguridades y reglamentando con prudencia. Lloraba Francisco sin entender, pero obedecía. “La fuerza misteriosa de la más viva obediencia heroica jamás se ha mostrado en todo el curso de la historia de la Iglesia como en Francisco. Consiguió re-

formar la Iglesia, porque renunció a su voluntad propia” (J. Lortz, Historia de la Iglesia, p. 286).

Como siempre, cuando Dios quiere salvar a su pueblo, no escogió a los grandes, sabios y valientes de la época —siguió rechazando a los brillantes hijos de Isaí, porque El no mira las apariencias—, sino que se fijó en un hombre que se sentía el más pequeño, que no se consideraba digno de recibir el sacerdocio, que no hizo carrera en la Curia o estudios en la Universidad, pero que escuchó dócilmente la palabra del Señor. Y, para vencer de nuevo al gigante, este hombre pobrecillo no quiso aceptar los arreos y armadura de Saúl, las riquezas y el poder de entonces, porque impedían el paso libre y confiado. No quería más armas que las del evangelio.

Así se convirtió en reparador y sostenedor de iglesias en ruina. Desde su pequeñez y debilidad sostiene aun a muchos. Quizás en gran medida nos sostenga también a nosotros. Porque,

“por fraile o por hermano,
todo el mundo es franciscano”.

TERESA DE JESUS

A Teresa no se la discute, porque, “hacer mudanza de las cosas que escribió un pecho en que Dios vivía, es atrevimiento grandísimo y error muy feo”.

(Fr. Luis de León)

1. Era de las reformas

A mitad de camino entre Francisco y nosotros está el nacimiento de Vicente de Paúl y el “dies natalis” de Teresa para el cielo.

Cuando nace Vicente y muere Teresa de Jesús a finales del siglo XVI, hace ya 400 años, la Iglesia tampoco satisfacía plenamente, a pesar de los éxitos político-religiosos.

Exitos. La Iglesia en expansión hacia nuevos mundos, fácilmente conquistados y evangelizados. Papas y soberanos hacían magníficas alianzas político-militares. Todavía resonaban los ecos de los rosarios y tedeum en acción de gracias por la brillante victoria de Lepanto sobre los infieles.

Exitos. La Iglesia estaba en estado de reforma. Se había gestado desde hacía doscientos años y por fin había llegado la hora del parto, que resultó múltiple y distinto. ¡Qué abanico de reformas, Dios santo! Por reformar, se reforma hasta el calendario.

Exitos. Los herejes iban siendo vencidos y aun masacrados en Francia, gracias al apoyo de los papas y las majestades católicas. Que los de Inglaterra se fueron preparando, porque la

misma majestad, con la bendición pontificia, preparaba una armada a la que no se podría resistir.

Exitos. El Concilio de Trento, recientemente clausurado, había unido y potenciado a todas las fuerzas católicas, convirtiéndose en una central nuclear de reformas, repartiendo energías espirituales y dogmáticas a papas, obispos, reyes, teólogos y santos. Santos en cantidad y calidad: 30 en el siglo XVI y otros tantos en el XVII.

Pero no satisfacía. Las reformas, hijas de la misma madre, se hacen entre sí una guerra cruel y despiadada. Se habla de reforma y de contrarreforma. Se habla de guerras de religión. Se mueven los tribunales a la caza del hereje, y en España, en Francia, en Ginebra, se encienden hogueras a la gloria de Dios. Pintan bastos. “Tiempos recios”, que diría la santa. Los puñales se mueven certeros, bendecidos, contra los tiranos. La fe se hace intolerante y a Cristo se le pinta con pistolas. No satisfacía, porque las actitudes de muchos no se habían reformado. Los decretos de Trento se abrían camino lentamente. Quedaba mucho por reformar. Aún no se había borrado la imagen desgraciada de los papas y la Iglesia del Renacimiento, de los obispos y cardenales “montados en buenas mulas y briosos caballos..., mostrando rollizos mofletes bajo el rojo sombrero y amplia capucha, manteniendo perros de caza y gastando mucho en comediantes y parásitos” (Pío II). Por poner sólo un ejemplo cercano, en 1573 —nueve años antes que Teresa de Jesús— moría en la diócesis de Plasencia el obispo Pedro Ponce de León, del que dicen los canónigos que fue “tan bueno e principal”. Tenía a su servicio, según consta en el testamento: “camarero, repostero de plata, secretario, paje de cámara, repostero de estrado, tres maestreslas, portero, letrado de cámara, servidor de copa, veedor de cocina, tres capellanes, alguacil, vicario general, visitador del

partido de Trujillo, trece pajes, agente en Roma, médico, caballero, cuidador de la capilla, visitador del partido de Béjar, racionero, fiscal, mayordomo del partido de Medellín, mayordomo del de Béjar, notario de su audiencia, repartidor de las raciones de su casa, provisor, veedor, mozo de cámara, cazador, lacayo, escribiente, barbero, otros tres lacayos, cocinero, repostero de ropa blanca, botillero y despensero... y cinco esclavos". "Doy libertad a Pedro, mi esclavo: que sirva seis años a mi contador y después queda libre". Así se podía ser obispo. Es sólo una muestra de aquella Iglesia necesitada de reforma.

2. "Un poquito" por la Iglesia

A Teresa de Jesús le dolía aquella Iglesia. "Cuando veo las grandes necesidades de la Iglesia, éstas me afligen tanto que me parece cosa de burla tener por otra cosa pena" (Rel. 3, 7); "no dejan de quebrarme el corazón" (C. 1, 4).

Veinte años antes de su muerte, en 1562, cuando su consejero y amigo, el franciscano Pedro de Alcántara, campeón de los pobres y abnegados, moría vestido de un tosco sayal, cuando Trento iba a deliberar sobre la honestidad de la vida de los clérigos, cuando en Francia se iniciaban terribles guerras de religión y en España se echaban los cimientos del Escorial, Teresa de Jesús decide hacer algo por la Iglesia.

Pero, ¿qué puede hacer ella, "una mujercilla tan sin poder como yo" (F. 2, 4); "mujer y tonta"; "flaca y ruin" (C. 1, 1); "pobre monja descalza"?

Puede orar y lo hace llorando: "No permitáis ya más daños a la Cristiandad" (C. 1, 2). Puede ofrecer su vida al Señor y lo

hace: está “dispuesta a dar mil vidas que tuviera” y “prefería renunciar al cielo y quedarse en el purgatorio a trueque de que la Iglesia se aumentase, aunque fuera en muy poquito”. Ayudaría así a la Iglesia desde la retaguardia (C. 3, 2).

Pero puede hacer algo más: “Determiné hacer ese poquito que era en mí, que es seguir los consejos evangélicos con toda la perfección que yo pudiese y procurar que estas poquitas que están aquí hiciesen lo mismo” (C. 1, 2).

Es entonces cuando reúne a cuatro mujeres “a fin de desagraviar a nuestro Señor por el sufrimiento que entonces le infligían los herejes... y todos los malos religiosos”. Reúne a su guerrilla particular y les inculca apasionadamente que se *dejen coger* en sus *entrañas* por la *dramática verdad* de la *Encarnación, Pasión y Redención* de nuestro Señor Jesucristo, y les mostraba el mundo en llamas, la Iglesia dilacerada y el cielo que no estaba lejos.

Dejarse coger, como ella: “Me cubría el Señor... que me parecía toda me rodeaba y que por ninguna parte podía huir, y así era” (V. 24, 2). Como una presa prisionera pudo oír: “Ya eres mía”; y también lo insospechado: “Y Yo soy tuyo” (V. 39, 21). La caza fue alcanzada y asegurada con clavos: “Mira este clavo, que es señal que serás mi esposa desde hoy” (CC. 22).

En sus entrañas, como ella, que tenía un “saber impreso en las entrañas”, que “hablaba de lo que el Señor le había enseñado por experiencia”, que “no diría cosa que no haya experimentado mucho”, que fue herida certeramente por “un dardo de oro y fuego que se metía en el corazón y le llegaba a las entrañas, arrancándolas, dejándola toda abrasada en amor grande de Dios” (V. 29, 13); o con un dolor que

“llega a lo íntimo de las entrañas... que parece desmenuza un alma y la muele” (V. m. 2, 11).

Dramática: después de larga lucha, pasando efectivamente por angustias de muerte. Porque hay que morir mucho como el gusanillo que aspire a mariposa. Porque la verdad de Cristo se impone avasalladora, quemando como un fuego a la pobre criatura, dejándola hecha polvo: “Porque esto parece un fuego... andándose este alma abrasándose en sí misma” (VI. m. 2, 2). Realidad dramática de quien se siente alcanzado por “un rayo que agudamente hiere en lo muy hondo o íntimo del alma... y todo cuanto halla de esta tierra lo deja hecho polvo” (VI. m. 11, 2). No es extraño que se sintiera obligada muchas veces a dar “quejidos”.

Verdad, como ella, a quien “se le dio a entender una Verdad que es cumplimiento de todas las verdades... Quedóme una Verdad de esta divina Verdad... Quedóme muy gran gana de no hablar si no de cosas muy verdaderas y así entendí qué cosa es andar un alma en verdad delante de la misma Verdad” (V. 40. 1, 3). Esta Verdad no se aprende en los libros. Esta Verdad sólo se aprende en el “Libro Vivo” (V. 26, 5), porque es la verdadera vida.

Después de la experiencia de esta dramática Verdad, todo se le hacía poco con tal de que “la Iglesia se aumentase”, todos sus muchos sufrimientos le parecían “trabajillos envueltos en mil contentos que se acabarán mañana”, con tal de llevar un poco de su fuego a cualquier rincón de la Iglesia que estuviera oscuro y frío, regalar antorchas encendidas, despertar y multiplicar las luciérnagas de la noche y convencer a todos de que Jesús es “la verdadera calor” (F. 31, 2).

Encarnación y Redención de Jesucristo. A aquellas cuatro mujeres y a todos enseñaba Teresa que la verdad y la medicina, la clave y la piedra angular y la puerta están en el Dios encarnado, en el Dios hombre, en la humanidad de Dios. Sí; era tiempo de humanismo. Los signos de los tiempos en aquella época post-renacentista apuntaban hacia lo humano. El hombre volvía a ser el centro de las preocupaciones, el canon y medida de las cosas. Y Teresa asegura que, efectivamente, la salvación está en el Hombre, en el Hijo del Hombre. Aquel dulce Jesús, de Bernardo, aquel niño y crucificado Jesús, de Francisco, es para Teresa “el buen Jesús”, que es Guía, Camino y Puerta. “Porque si pierden el guía, que es el buen Jesús, no acertarán el camino” (VI. m. 7, 6). Y “he visto claro que por esta Puerta hemos de entrar” (V. 26, 6). Se ríe Teresa de aquellos que “se apartan de todo nuestro bien y remedio, que es la Sacratísima Humanidad de nuestro Señor Jesucristo” (Ibíd.) y que “no pueden pensar en la Pasión... Yo no puedo pensar en qué piensan”. Serán tal vez espíritus angélicos. Pero “para los que vivimos en cuerpo mortal”, “mientras vivimos y somos humanos, es gran cosa traerle humano” (V. 22, 9).

3. El mejor humanismo

“¡Mientras somos humanos!”. Y ¡qué humana se nos muestra! Es encantadora, espontánea, original, con poderosa capacidad de relación e influencia, de amor, apasionada, volitiva, inteligente, intuitiva, mujer.

Humana. Conoce maravillosamente los secretos del corazón, como Agustín. Describe con espontánea clarividencia los complejos movimientos, pasiones, ansias y enfermedades del alma. “A su lado, los más agudos analistas del ‘yo’ son

niños inexpertos”, se ha dicho de ella. “¡Qué grande es: es única, es humana... Irradía en torno de sí la llama de su vitalidad humana!” (Pablo VI).

Humana. Doctora y educadora del hombre, a quien enseña magistralmente el camino de su liberación, el camino de su perfección. Y lo hace mejor que el mismo Erasmo, príncipe de los humanistas, que también quiso reformar la Iglesia. Erasmo escribía con más elegancia pero no ardía, podía hacer reír pero no arrastraba. A Teresa la siguen con entusiasmo. “No había quien pudiese despedirse de ella”. “Llevaba tras de sí a la parte que quería y al fin que deseaba a todos los que la oían y parece que tenía el timón en la mano para volver los corazones”.

Humana. Teresa apuesta por el hombre perfecto. Pero la perfección no la encuentra en el modelo renacentista. La encuentra en el Hombre-Dios y sabe, porque lo vive, que en cada hombre está Dios, que el hombre “no está hueco”, que en el centro último, en la habitación más secreta de su castillo, se encuentra Dios como un Sol que todo lo enciende. Si Dios se ha humanado, el hombre se ha divinizado. Por eso el hombre es algo más que imagen divina. Dice con gracia: “Es mejor mirar a una mujer que a una imagen de la Virgen, pues tiene mejor parecido”. (Poco antes, San Francisco de Paula huía al encontrarse con una mujer).

Humana. Atenta al hombre cercano y concreto, sin perderse en abstracciones y sueños imposibles. “Aparte de la oración, no queráis aprovechar a todo el mundo, sino a los que están en vuestra compañía... No hacer torres sin fundamento, que el Señor no mira tanto la grandeza de las obras como el amor con que se hacen” (VII. m. 4. 14-15). Pisemos en la tierra, “que no, hermanas, que no, obras quiere el Señor, y si ves a una

enferma a quien puedes dar algún alivio, no se te dé nada perder esa devoción y te compadezcas de ella, y si tiene algún dolor, te duela a ti, y si fuese menester, lo ayunes porque ella coma... y si vieres loar mucho a una persona, te alegres más que si te loasen a ti” (V. m. 3, 2). Y, para rematar, un aviso a “las muy encapottadas, que parece no se osan bullir ni menear el pensamiento cuando están en la oración, hácenme ver cuán poco entienden del camino por donde se alcanza la unión” (Ibíd.). Ahora lo sabemos. El camino por donde se alcanza la unión es el Hombre Jesucristo; pero es también el hombre, el prójimo, el necesitado.

4. Siguiendo al “Capitán del Amor”

En aquel tiempo de reformas y contrarreformas, de intolerancias y guerras religiosas, cuando se luchaba con todos los medios contra el enemigo de la fe, Teresa quiere iniciar también su guerrilla particular dentro de la Iglesia. Sus armas no son los cañones y el puñal, sino la oración y el amor, bajo las banderas del “Capitán del Amor” (C. 6, 9). Pero la guerra no será contra nadie, sino contra sí misma —ella, su propio campo de batalla—. Guerra muy violenta a veces: “Haciéndome violencia extrema, porque me parece cada hueso se me apartaba por sí” (V. 4, 1). Pero con la ayuda del Capitán estaba segura de la victoria: “Aquí me dio ánimo contra mí” (Ibíd.). “Fue El quien peleó para el vencimiento” (VI. m. 1, 10). Muchos se unirían a este ejercicio desarmado. Las victorias de Teresa y de estos magníficos soldados ganarían para la Iglesia más almas que todos los ejércitos pontificios y los de su majestad católica. Y mejor: aun después de su muerte, Teresa sigue consiguiendo innumerables victorias.

Como siempre y una vez más. Se trataba de reformar la Iglesia en una época de oro y aparece, escogida por Dios, una mujer “tonta y sin letras”, de ascendiente judío, que tenía miedo a “los señores de la Inquisición”, que sólo por obediencia se puso a escribir: “Para qué quieren que escriba... Por amor de Dios, que me dejen hilar mi rueca y seguir mi coro” (M P. Gracián, 16). Pero ella fue la escogida para enseñar a la Iglesia unas verdades muy vivas y unos caminos muy seguros, que siguen orientando y alimentando al hombre de nuestros días. Murió contenta de ser hija de la Iglesia, pero no se daba cuenta de que era también su madre.

VICENTE DE PAUL

“Mi santo es Vicente de Paúl”.
(Voltaire)

1. “Si uno no nace de nuevo” (Jn 3, 3)

A la muerte de Teresa de Jesús, nace Vicente de Paúl. Como si la santa española quisiera pasar el testigo al francés. De hecho, las hijas de Teresa irían a Francia a echar los fundamentos de una grandiosa renovación espiritual. Teresa da la mano a Vicente, trámite Berulle. Y la Iglesia española daría paso a la francesa en el protagonismo de la reforma.

Pero Vicente de Paúl —“Monsieur Vincent”— nació de verdad bastante más tarde. Quizás a los 36 años, allá por el 1617, cuando empezaban a dar luz los primeros frutos de su amor y se le escapaban de las manos bondadosas, en el momento preciso que Dios quería, los milagros de su caridad organizada, poderosos reactores de energías humanitarias.

O quizás unos años antes —entre 1613 y 1616—, cuando se desposa con la Dama Caridad, cuando decide —resolución firme e inviolable— dar toda su vida, por amor a Jesucristo, al servicio de los pobres.

O quizás en 1610, cuando después de los primeros contactos con P. Berulle, el que acaba de introducir el Carmelo en Francia, empieza a tener experiencia muy honda de Dios.

“A Dios no se le encuentra si no por los caminos enseñados en el Evangelio”, escribía Pascal en una noche de fuego.

Y Vicente de Paúl encontró el camino del evangelio. No sería el camino del abandono quietista, ni el de la pasiva confianza luterana, ni el de la ascética desnaturalizada de Port Royal. No sería el biblicismo humanista erasmiano, ni la oración metódica de la “Devotio moderna”, ni sería el camino real de la Santa Cruz, a secas, sin su Cristo. Vicente de Paúl encontró a Dios por el camino evangélico del hombre pobre y doliente; se uniría a Dios en el amor activo y abnegado, hecho misericordia concreta; vería imágenes de Dios en cada miseria encarnada que se le presentaba. Para él la Iglesia de Dios no sería el templo de las imágenes, sino “la ciudad de los pobres”. “Vosotras —escribía en el Reglamento de las Hijas de la Caridad— tenéis por monasterio la habitación de los enfermos; por celda, un piso de alquiler; por claustro, las calles del pueblo”. Y “cuando abandonéis la oración para atender a algún pobre, recordaréis que con ello prestáis vuestro servicio al mismo Dios... Dios no se siente abandonado si de El nos apartamos a causa de El mismo” (Ap 25, 46).

Por estas mismas fechas —1616—, a mucha distancia de Vicente, otro hombre bueno y apasionado pensaba también lo mismo y encontraba a Cristo en los esclavos negros. Cristo negro crucificado, la misma mirada doliente y penetrante, el mismo peso en las espaldas. Pedro Claver: sobre sus espaldas, millares de veces este yugo negro que le parecía ligero y ponía bálsamo en sus cinco o cinco mil llagas.

Para Vicente, el pobre es Cristo y como tal hay que servirle. Ellos son los señores: servirles con preferencia, “con renovado cariño, tratando de localizar a los más abandonados, ya que nos han sido dados como dueños y patronos” (Ibíd.).

¡Qué poco se parecía este nuevo Monsieur Vincent al viejo prebendado de los primeros años, al joven preceptor de familias

nobles, limosnero de reyes, ansioso “mercader de la sopa”, sacerdote prematuro —apenas tenía 20 años— no tanto por el deseo de tener a Cristo entre sus manos, cuanto el de tener un beneficio en su bolsillo!

2. Desposado con la Dama Caridad

Ahora ha cambiado como cuando una persona se enamora, Monsieur Vincent se enamora de la más hermosa Dama y se casa con ella indisolublemente: la Caridad. Se compenetra con ella, la deja penetrar en sus entrañas, se funde, se hace él mismo caridad, testigo y prolongación del amor de Cristo: en su presencia, palabras, gestos, acción. “No podía oír hablar de ninguna maldad humana, sin que en seguida el dolor y la compasión se dibujaran en su rostro” (Abelly). Veía el rostro de su Dama en los más variados y miserables rostros: en los sacerdotes, primero; en los presos, que se pudrían lentamente; en los condenados a galeras, chándalas miserables; en los esclavos de los turcos, necesitados de redención; en los pecadores ignorantes y pobres de miserias infinitas. Todos ellos son un sacramento, lugar de encuentro con Cristo. Monsieur Vincent añade un sacramento más a los siete tridentinos. Teresa de Jesús nos aseguraba que la Humanidad de Cristo era el Camino y la Puerta para el encuentro y la unión con Dios. Vicente de Paúl nos enseña que la humanidad doliente es el Camino y la Puerta para el encuentro y la unión con Cristo.

Se pondrá a trabajar incansablemente. El amor no descansa. Siempre se sentía en deuda. Siempre quería amar más. “Señora, aún más”, contestaba a la reina, cuando ésta le decía que qué más podría hacer. Se levantaba a las cuatro de la madrugada, se disciplinaba, y a trabajar en el amor. Empezará así su misión y su reforma. El sacerdote tiene que hacer lo que

haría Cristo: “Si se hubiera preguntado a nuestro Señor qué habéis venido a hacer a la tierra, contestaría que a asistir a los pobres. ¿Y qué más? ¡Los pobres! ¿Y qué otra cosa? ¡Los pobres! Estoy aquí para asistir a los pobres”. Que todo el evangelio se concentra en “dar a conocer a Dios a los pobres... Decirles que está cerca el Reino de Dios y que ese Reino es para los pobres” (S.U.P. XII, p. 80).

Su misión fue la del *buen*, la del *gran samaritano*, y su reforma consistía en ungir con aceite y vino las heridas, en regalar vendas, en cargar con los apaleados y en quedarse sin denarios para pagar todos los gastos. *Samaritano*: con su silueta encorvada, con su rostro de mirada inteligente y bondadosa, pasaría por los caminos de Francia haciendo el bien. *Samaritano*: en una sociedad frívola y brutal, arruinada y rota por las terribles guerras de los 30 años, sembraría a manos llenas las semillas de la misericordia y la reconciliación, el amor inteligente y eficaz, y extendería su abrazo para congregar a todos los dispersos. *Samaritano*: en un tiempo de guerras de religión, él haría la guerra del amor y ganaría diariamente mil batallas en cada niño que acoge, enfermo que cura, pobre que atiende. *Samaritano*: en una Iglesia necesitada de reforma, impura e ignorante en muchas de sus capas, aseglarada y venal en otras, sería un purificador, “un fuego de fundidor, una lejía de lavadero” (Mal 3, 2). Predicó y enseñó la fe al pueblo. “Purifiqué a los hijos de Leví” (Mal 3, 4) y pudo ofrecer al Señor un semillero de sacerdotes y obispos escogidos, agradables “a Yaveh, como en los días de antaño, como en los años antiguos” (Mal 3, 4). *Samaritano*: y padre de nuevos *samaritanos* y *samaritanas*, los hijos numerosos de su fecundo matrimonio con la Caridad, que prolongarían y multiplicarían su acción misericordiosa y reformadora, que continuarían sus pasos peregrinos, recorriendo el mundo entero. Los nombres de estos hijos son: *Lazaristas* o la caridad de la Palabra, por

aquello de “si te piden pan, no les des palabras; pero si te piden una palabra, no les des pan”; *Damas de la Caridad*; *Hijas de la Caridad*, una de las instituciones que más honran a la Iglesia y que nos impiden desesperar de la humanidad; *Hermandad de la Caridad*, germen de las futuras Conferencias de San Vicente; *Colegio de Bons Enfants*, para niños abandonados; *Conferencias del Martes*; *Retiros de los Ordenandos...*

3. Restaurando la Iglesia en sus fundamentos

Aludíamos a una Iglesia necesitada de reforma en Francia, donde se notaba poco la influencia tridentina.

Saint Cyran, amigo por mucho tiempo de nuestro santo, le confesaba un día: “Dios me ha dado luz para conocer que no existe la Iglesia desde hace más de seiscientos años. Antes de eso, la Iglesia era un gran río de aguas puras y claras; hoy no lleva más que fango y suciedad”. Era la visión jansenista del problema. Lo mismo que, categórico, asegura: “De diez mil sacerdotes, ni uno sólo”. Pero la visión de Monsieur Vincent también era pesimista. ¿Los obispos? Ciertamente que hay algún Borromeo francés, pero “temo que ese maldito tráfico de obispados atraiga la cólera de Dios sobre este reino”. Hay verdaderas “familias de obispos”. ¡Pobre Iglesia dirigida y puesta en manos de mercenarios y mercaderes! ¿El clero? Sí que hay buenos sacerdotes, aunque no los conozca Saint Cyran; pero “los sacerdotes que viven como lo hace hoy día la mayoría, son los peores enemigos con que cuenta la Iglesia de Dios”. Y continúa lamentándose el santo. “La depravación del estado eclesiástico es la causa principal de la ruina de la Iglesia”. Porque —aseguraba desde una convicción muy sentida y exigente, verdaderamente eclesiástica— “los pueblos son como

sean sus sacerdotes... Si un buen sacerdote puede hacer tanto bien ¡ay, cuántos males acarrea uno malo!... Nada hay tan grande como un buen sacerdote”.

No nos interesa ahora detallar los vicios de este clero ignorante, interesado y perezoso. “La pereza es el vicio del clero”, confesaba Monsieur Vincent. Un clero despreocupado del bien espiritual de sus ovejas. Un clero excesivo en cantidad y minúsculo en calidad. Un clero asiduo en la Corte y la ciudad, a la caza de un beneficio y ausente de sus parroquias. Un clero locuaz y desenvuelto en bailes y tabernas, y apenas capaz de farfullar un poco de liturgia y unas fórmulas sacramentales.

No nos interesa describir éstos y otros vicios, con sus funestas consecuencias. Pero la impresión que se recibe contemplando las iglesias de Francia es desoladora. Se impone un sentimiento de lástima como el de Jesús: “Le dio lástima de ellos, porque andaban como ovejas sin pastor” (Mc 6, 34).

Y lástima profunda le daba a Vicente. Pero no una lástima deprimente y quejumbrosa, sino estimulante y creadora. Esta reacción es lo que ahora nos importa destacar.

A Vicente le duele esta Iglesia, como a otros muchos buenos espíritus de la época. Quizás no sepa definirla tan bien como Saint Cyran, que, hablando de esto un día, le llamó “ignorante” —ignorancia que él reconoce humildemente: “Mi ignorancia es todavía mayor de lo que usted se imagina”—. Pero le duele la Iglesia porque la siente, porque la ama. Y desde el amor emprenderá la reforma eficaz de esta Iglesia. El amor es activo.

Su acción reformadora se centró en el clero. “Señores, hermanos míos —exclamaba—: formar buenos eclesiásticos es

la obra más difícil, más alta y más importante para la salvación de las almas”. Ciertamente difícil, porque el mal era viejo y extendido. Ciertamente importante, porque se quería llegar al fondo, restaurando los mismos fundamentos del gran edificio eclesial. Aquí nos encontramos con otro magnífico restaurador de iglesias en ruinas. “Yo levantaré sus ruinas” (Is 44, 26). Su reforma irá fructificando, cuándo y cómo la Providencia marque en múltiples iniciativas con éxito, como los Retiros de los Ordenandos, las Conferencias del Martes y los primeros Seminarios. Y de aquí surgirán excelentes sacerdotes y obispos que darán vida y hermosura a la Iglesia de Francia.

En esta tarea reformista, los dos amigos —Vicente y Saint Cyran— seguirán caminos muy distintos, hasta llegar a distanciarse total y radicalmente. Ambos —el católico y el jansenista— quieren sinceramente el bien de la Iglesia, pero varían en el modo, en los objetivos y en la misma concepción de esta Iglesia. Vicente quiere restaurar a fondo, pero simplemente restaurar; Saint Cyran quiere destruir y volver a empezar. Vicente quiere reformar desde la comprensión y la paciencia: “La caña cascada no la quebrará” (Is 42, 2); Saint Cyran, desde el desprecio y la intransigencia. Vicente espera —el amor es paciente— la hora de Dios; Saint Cyran se mueve agitado y nervioso. Vicente irradia alegría y entusiasmo; Saint Cyran atemoriza y complica a los espíritus con rigores inhumanos. Vicente es luminoso y humilde; Saint Cyran es sombrío y orgulloso. Vicente quiere una Iglesia humana y encarnada; Saint Cyran quiere una Iglesia ascética y angelical. Vicente crea comunidades de hermanos, iglesias en el mundo; Saint Cyran crea comunidades de solitarios, alejados del mundo. Vicente sueña con una Iglesia sacramento de amor, desbordante de misericordia; Saint Cyran sueña con una Iglesia purísima, en estado de perfección. El Dios de Vicente está muy cerca y se hace débil, necesitado; el Dios de Saint Cyran está muy lejos, es muy exigente y temeroso. Vicen-

te busca a Dios en el hombre y lo encuentra amando; Saint Cyran busca a Dios en el cielo y quiere encontrarlo negando, a la espera de sobrenaturales deleites victoriosos. Vicente no duda en “abandonar a Dios” para ir al hombre; Saint Cyran termina abandonando al hombre para ir a Dios.

Vicente no escribió libros de teología ni tratados sobre la gracia o la Iglesia como los jansenistas. Pero hoy todos apostamos por la teología de Vicente. Ojalá tuviéramos muchos de estos “supinos ignorantes” que no supieran quizá definir bien a la Iglesia, pero que la llevaran tan dentro y se entregaran tanto por ella como lo hacía Vicente.

RESUMIENDO

Concluimos. Muchas han sido las crisis, las necesidades y los pecados de la Iglesia. Muchos los que se han presentado como reformadores y redentores. Pero sólo hay un Redentor. Y el Redentor no abandona nunca a su Iglesia, porque es su Esposa, porque la desposó con su sangre, porque es eternamente fiel a su alianza, porque la ama como sólo un Dios puede amar.

El Redentor se presenta a veces con rostros humanos como encarnándose en siervos elegidos. En cada época adquiere un vestido carnal distinto, porque las necesidades y las exigencias son distintas.

Unas veces se viste de pobre y libre juglar, para el que todo es festiva melodía, para el que todo es gracia y belleza, herido de amor, y el amor que lleva dentro se le escapa por unas llagas de fuego, y se pone a reparar iglesias pequeñas y a reformar la Iglesia grande, y lanza al mundo y la historia un mensaje de fraternidad universal, cósmica.

Otras veces se viste de esposa-virgen, con el corazón traspasado y se descalza y se pone a recorrer caminos, prendiendo por doquier hogueras de amor y de oración, y cuenta familiarmente sus experiencias de fuego o describe los limpios aposentos de un maravilloso y ardiente castillo, y eleva unos palmos de la tierra a la humanidad entera.

Otras veces se viste de práctico samaritano, atento a cualquier gemido que se oiga en la vereda; cargado con abundancia de aceite, vino y vendas; magnífico servidor de todos los necesitados, en los que sirve a Dios; poniendo en marcha empresas

desinteresadas que venden gratis la mejor de las mercancías; y dando origen a una descendencia innumerable de pequeños samaritanos.

Puede ser un hombre cualquiera, pero siempre humilde, siempre pobre, siempre obediente, siempre ardiente, siempre libre, siempre con la paz en sus manos desnudas. Si alguien se presenta con otro estilo —más orgulloso, más poseído, más agrio, más amargo, más guerrero, más triunfal...— no lo hagáis caso por más que se vista de luz.

Francisco, Teresa y Vicente: tres manifestaciones del mismo Cristo: el verdaderamente Pobre, el radicalmente Obediente, el enteramente Libre y Liberador; tres prolongaciones del mismo Cristo, que en distintos tiempos aparece revelando al Padre, evangelizando a los pobres y amando hasta el extremo; tres rostros del mismo Cristo, siempre vivo, siempre humano, siempre victorioso Renovador de su Esposa la Iglesia.

TERESA DE JESUS, UNA POBRE PARA LOS POBRES

Por Jesús Barrena Sánchez

I

VIGENCIA DE TERESA DE JESUS

Hay personas que estarán siempre presentes en la sociedad, no limitando su vigencia al momento histórico en que vivieron, sino como ciudadanos atemporales de la Humanidad. Se han convertido en presencias necesarias.

Estamos hablando de los santos, que son tirones hacia lo bello y lo justo y lo más exquisito de todo lo humano. Y también hacia lo divino. La vigencia de un santo es comparable a la de la luz o del oxígeno y es una posibilidad que se nos ofrece de sentir cercana la presencia de Dios.

El santo, cualquiera de ellos, es emisor de mensajes esenciales, fundamentales, iluminadores de situaciones históricas que vivieron y repetirán, en contexto diferente, los pueblos. Más aún; el santo expresa no sólo teóricamente su inspiración, su intuición, sino que se presenta como sujeto que la encarna y testimonia.

Un santo importa siempre al pueblo laico, a la sociedad civil y al Pueblo de Dios, a la Iglesia, pues es como la representación de ansias universales, de deseos imperecederos, de hambres constantes y, al mismo tiempo, como respuesta ofrecida por Dios en él. Respuesta que, como el sol, ilumina a todos los hombres.

Viniendo al mensaje de Teresa de Jesús, su vigencia depende, lógicamente, de lo que entrañe de respuesta a nuestro momento histórico. Ello implica dos aciertos. Por una parte, haber sabido analizar y captar el cogollo del contenido doctrinal y gestual teresiano; por otra, diagnosticar con solvencia objetiva o muy aproximada la situación o estado en que se halla la salud mental, cordial, religiosa, política y social de nuestra tierra.

Aunque no resulte fácil tener en las manos esos dos aciertos, sin embargo, sí podemos sugerir varios aspectos del mensaje teresiano que, sin duda, tienen valor nutritivo suficiente para eliminar nuestras carencias y anemias de cualquier signo. Fijarnos en este o aquel rasgo o aspecto, responde, claro está, a lecturas muy personales de los escritos de Teresa de Jesús y también al modo de interpretar sus modales y comportamientos.

En mi opinión, Teresa recuerda al humanismo materialista de este final de siglo, al hombre consumista y deshabitado interiormente por invertir la tabla de valores, aparcando los

espirituales, que “es menester que entendamos con verdad que hay otra cosa más preciosa, sin ninguna comparación, dentro de nosotras que lo que vemos por fuera. No nos imaginemos huecas en lo interior, que esto importa mucho, que tengo por imposible, si trajésemos cuidado de pensar que tenemos tal huésped dentro, que nos diésemos tanto a las vanidades y cosas del mundo, porque veríamos cuán bajas son para las que dentro poseemos. Bien entendía yo antes que tenía alma; mas lo que merecía esta alma y quien está dentro de ella, no lo entendía; ahora con verdad entiendo que en este palacio pequeñito de mi alma cabe tan gran rey”¹.

En mi opinión, la vigencia del mensaje teresiano debemos encontrarla, en parte, en la necesidad de vida interior que no puede disimular el hombre moderno. No quiero decir que sintamos esa necesidad, sino que, de hecho, carecemos de interioridad. Y si Teresa ofrece testimonios válidos al hombre actual, uno anda por aquí. Ella se presenta repleta de Dios; de un Dios que la ha plenificado incluso humanamente.

Otra vigencia la veo en la invitación que nos hace para retomar a nuestras raíces, Dios, donde hallaremos la razón del existir y la referencia obligada para nuestro comportamiento. Sabe ella que, consiguiendo esta vuelta, el hombre, además de encontrarse consigo mismo, lo hace con Dios y con los hermanos, con Jesús y su Iglesia.

Teresa de Jesús tiene la vigencia que entraña cualquier emoción religiosa profunda, en cuanto que es fuente de renovación personal y social, puesto que la vida espiritual personal o comunitaria llega hasta donde se manifiesten sus expresiones sociales. Es claro que, si Dios no habita la sociedad, es porque tampoco mora en el hombre. Y aquí Teresa es clara. Está pidiendo a gritos la reforma de la Iglesia. Lo que nos ha ocu-

ruido a nosotros es que nos hemos detenido y entretenido leyendo, comentando y admirando la Reforma del Carmelo. Pero ésta no agota ni acalla el ansia urgente de la Reformadora. Es preciso apuntar más allá, ser más radicales. Insistir en la vuelta de Jesús a su Iglesia, que se está quedando sin alma.

Teresa se plantea y acepta el progreso y la promoción del hombre. Ya es importante el detalle. Pero aún me parece más si observamos que lo hace desde lo religioso. Es decir, se puede y se debe exigir el progreso y la tecnificación desde la plataforma de Dios. No se trata de bautizar la ciencia o la técnica, sino de pensar que la fe religiosa es una urgencia para mejorar la realidad temporal.

Teresa de Jesús no ha menospreciado la tierra, sino que la ha superado. Sencillamente eso. En ella convivió Dios con las compras, las ventas, los pleitos, las rentas y con todas las gestiones de una mujer empresaria.

Teresa rompe y abre su ser hacia el infinito, sin miedo al compromiso temporal que forma parte de su conciencia cristiana. Y esta síntesis teresiana de acción y contemplación no aporta sólo un valor psicológico, es decir, no se trata únicamente de que su vida de oración no se viera obstaculizada por las preocupaciones que acarreaban sus trabajos físicos, eso se reduciría a su capacidad de concentración. La síntesis de Teresa es intelectual y cordial. Lo temporal puede ser entendido y amado desde Dios.

Teresa se abre al trato con todas las personas, ricos o pobres, cultos o analfabetos, reyes o albañiles. Para ella todos disponen de la misma tarjeta de visita: la de hijos de Dios. ¡Buen principio democrático! Y es que Dios hace lo mismo. No discrimina. A todos nos acoge. Si rezar es entrar en comu-

nión con Dios y amar es buscar en todo su contenido, conocemos ya el camino para acercarnos al Señor, que puede ser recorrido “por un pastorcito humilde” quizá mejor que por un teólogo con sus “teologías muy ordenadas, si no van con tanta humildad”². Como veremos más adelante, a un mundo que cuenta en su haber con un colectivo sorprendente de miserables y humillados, Teresa le reserva una palabra de entrañable urgencia cristiana.

Espero que las líneas anteriores sirvan como aproximación a la actualidad y vigencia del mensaje teresiano.

II

CENTENARIO TERESIANO, ¿PARA QUIEN?

Todos los personajes que han pasado por la tierra comprometiéndose con ella son ya patrimonio del pueblo. Así los políticos que abrieron camino a los conciudadanos, los artistas que recrearon la belleza, los sabios que cooperan a la habitabilidad de la tierra, los santos que se desgastaron de tanto amar.

Las fechas que rememoran acontecimientos protagonizados por estas figuras son como una invitación universal a tomar conciencia de su doctrina, de sus acciones, de su vida. Nadie puede ni debe sentirse excluido. A todos nos pertenecen y a todos nos importan, pues la solidaridad nos entrelaza.

En Teresa de Jesús hay tierra y cielo, mujer y santa. Por ello, a unos y a otros, a creyentes y no creyentes, les puede estar reservada una agradable sorpresa si se deciden a encon-

trarse con ella. Yo estoy seguro de que a nadie de buena voluntad defraudará. Los que sin dejarse entusiasmar demasiado por los santos, sin embargo, son inquietos buscadores de hombres que rezumen confianza en la persona, alegría en el vivir diario o esperanza en el amor, encontrarán, por ejemplo, serias afirmaciones de los valores humanos, de los derechos de la persona, primer paso para devolver a la persona su autonomía. No es poco, pues, poderse encontrar con una mujer por los cuatro costados.

El agnosticismo o el ateísmo, o simplemente la tibieza religiosa, no justifican la indiferencia ante la representación de la figura de Teresa. Es un valor, un eslabón histórico, que interroga y cuestiona a los que estamos alejados de ella más por el tiempo que por la realidad de los problemas, aunque se presenten con matices históricos muy específicos.

Sin embargo, la celebración del centenario teresiano convoca más directamente a nosotros, los creyentes, los que compartimos no sólo la tierra sino la posibilidad del cielo. Los que nos hemos empeñado en mejorar esta tierra con el cielo, pero desde ella.

En la planificación y programación del centenario se ha acentuado con fuerza y con sinceridad su objetivo religioso. No podía ser de otro modo. Instrumentalizar los santos ya no es propio del estilo eclesial actual. Y esperamos que no lo vuelva a ser. Lo difícil, no obstante, es conseguir una visión clara en dos puntos muy concretos: qué es lo religioso y el ámbito de su vivencia. No cabe duda de que, siempre que una persona o una comunidad experimentan la presencia o el paso de Dios, ocurre algo sorprendente en ellas. Por allí ronda el Señor. Si no sucede algo entre el alma personal o comunitaria, sospechemos de eso "religioso".

Toda experiencia, también la religiosa, se transmite por sí misma. Es vida. La vida se escapa, se fuga como el aroma, o como el agua, o como el viento. Sin embargo, no todo es claro en este terreno para los cristianos, para nosotros. Quiero poner un ejemplo. La persona o personas que conviven con un sabio, aunque no “estudien”, simplemente por convivir con él, consiguen cierto nivel de conocimientos, de cultura. El sabio suscita personas cultas. No siempre sucede lo mismo con el cristiano. Compañeros de trabajo, vecinos, habitantes de un mismo pueblo o ciudad que se dicen poseedores de la misma fe, no comparten la vida diaria.

Somos demasiados los cristianos que nos resistimos a aceptar las bienaventuranzas, aunque nos agrade leer el sermón de la montaña y presumamos de tener una carta magna tan bella. Si Teresa se encontrara entre nosotros, encararía con su palabra de fuego a tantos tibios como, no obstante, nos acercamos a la mesa del Señor. Lo que ella increpaba a sus Hermanas lo haría con muchos creyentes, o religiosos, o instituciones eclesiales: “No, hermanas mías, no es tiempo de tratar con Dios negocios de poca importancia... No son éstas las cosas que se han de suplicar a Dios en San José”³.

Dios quiera que al final del año del centenario no sean los sectores del turismo, de la economía, etc., los más obligados a agradecer al cielo la gracia del centenario teresiano. Por ello, al tiempo que remozamos las fachadas o los interiores de iglesias, monasterios o catedrales, y decoramos las plazas o mejoramos las rutas para facilitar el camino a los turistas o peregrinos, deberíamos ir haciendo nuestra la actitud de Teresa hacia sus Hermanas: “Sé que no falta el amor y deseo en mí para ayudar en lo que yo pudiese a que las almas de mis hermanas vayan muy adelante en el servicio del Señor”⁴.

Este año es oportunidad para que, releyendo los escritos de Teresa, interioricemos su amplia vivencia eclesial. Aún se resiente el laicado de su ausencia práctica en las responsabilidades apostólicas. Teresa vivió una Iglesia rota por los luteranos, y las más devotas oraciones de sus Carmelos las invertía en ayudar a los que podían influir en la reunificación religiosa europea. Yo no sé si hoy, este año del centenario, deberían realizarse esfuerzos para que la Iglesia institucional capitalice más y mejor a los seglares.

¿A quién más debe importar el centenario? Con bastante frecuencia veo a un anciano, recostado en la fachada del monasterio de las Carmelitas de San José, de aquí, de Avila, esperando que los que nos acercamos a rezar depositemos en sus manos una limosna. Y gracias a esta estampa he podido preguntarme alguna vez, allí mismo, dentro de la iglesia, algo parecido a esto: ¿qué hemos previsto durante el centenario para ESTOS, los sencillos, los humillados, los olvidados? Ellos esperan el pan, o el vaso de vino, o la botella de leche... Lo esperan de las manos de los que hemos entrado a rezar... Un día, en Roma, Francisco de Asís cambió los papeles con un pobre, en la mismísima fachada de la iglesia de San Pedro. Quería tener la experiencia de la vergüenza de pedir... Ya sé que esto no es para todos. Pero que tampoco sea para todos, por Dios, continuar con las manos tan cerradas como si nada ocurriera en torno nuestro.

Una Iglesia que consiente en el secuestro real del verdadero Jesús por no haber amor suficiente entre los hermanos, no pasa de ser “bronce que suena o címbalo que retiñe”.

III

DESPOSEIDOS Y "POBRES"

San Pablo denunció a los corintios la existencia entre ellos de dos Iglesias, la de los hambrientos y la de los ebrios que avergonzaba a los que nada tenían. Había entre ellos "muchos flacos y débiles" que siempre han constituido la otra Iglesia, la de los dejados de la mano de Dios, en expresión irónica de la sabiduría popular.

Sí. Siempre, entre nosotros, han abundado los desposeídos, los sin nada, más que los "pobres", los que tienen alma de bienaventurados. Ya hablamos de nuevos desposeídos, los deficientes físicos o mentales, que superan a los primeros en tener viva conciencia de no ser, de no valer, de no servir para nada. Los que interpretan el seguir viviendo como un lujo que no es para ellos.

Si al menos todos los desposeídos cubrieran con sus despojos un alma de pobre evangélico, casi podríamos dormir tranquilos porque, al menos, ellos serían el Reino. Pero no. No es así.

La pobreza es experiencia religiosa que nace en la aceptación gozosa de lo poco que "somos". El pobre es un tesoro, porque todo él es conciencia, sensatez, que acepta el último puesto porque es el suyo, el que merece. Estos pobres no estorban. Más aún: los necesitamos. El día que los perdamos, nos quedamos sin santos.

Estamos hablando de la pobreza como opción de salvación, como la hizo Francisco, el Pobre de Asís, y por la que

se quedó sin porte, sin mirada, sin manos, sin entrañas, sin alma. Es la opción de Vicente de Paúl, quien ha enseñado al mundo a pedir perdón a los necesitados después de servirlos.

Los desposeídos, sí, nos sobran. Entre otras razones, porque a cada paso nos están recordando que son el espejo de nuestro egoísmo, la miseria de nuestra injusticia. A Teresa le duelen “los pobrecitos que tienen algún negocio pero les costará rodeos y favores y trabajos para tratar con su señor”. Hará esfuerzos maravillosos, no aireados, para desclasarse socialmente y ser y vivir con orgullo como una pobre remendada.

IV

SENTIDO DE LA POBREZA EN TERESA DE JESUS

Teresa es una creyente que se somete a un proceso extraordinario de desposesión interior y exterior. De ahí el sentido complejo que adquiere en ella la pobreza, que viene dada por las zonas que abarca, la del ser, la del no tener y la de la solidaridad. Para ella, pues, ser pobre implica vivir en la conciencia de la propia nada, desposeída libremente de bienes necesarios y esforzándose por desclasarse socialmente para entrar en comunión con los más débiles.

1. Teresa es la pobre de Dios

Si pudiéramos hablar de final en el proceso de conversión a Dios, el de Teresa coincide con el hallazgo de sus propias limitaciones. Es ésta la pobreza esencial, experiencia óptica de la

fragilidad del propio ser. De este ser nuestro que no se mantiene de pie, que demanda el cimiento de Dios para subsistir.

Esta pobreza esencial es el modo de autoperibirse, poniendo y viviendo en verdad cada día la propia vida. Es coraje para no vivir de apariencias que en vano pretenden ocultar lo que no somos. Esta pobreza es una constante llamada a la persona para bajar a lo profundo del ser y abrazarse humildemente a la propia impotencia.

Estos pobres carecen del riesgo del espectáculo y están asistidos por la fortaleza del Señor. El encuentro y careo con Dios, su mirada amorosa que penetra hasta los entresijos, nos pone en verdad haciéndonos pobres.

Estos pobres esenciales son hombres seguros y no necesitan mentir para sobrevivir en la sociedad, y su mirada se dirige al Señor, aceptando que El es la raíz sana e insustituible de la vida humana. A esta experiencia es a la que Teresa llama humildad y yo, ahora, pobreza. A ella, como a los pobres sociales que comen y viven de prestado, no le es costoso, porque la sensación que percibe de sí misma es que es un milagro de la gracia y de la misericordia del Señor. Se siente sin base propia y se adelanta a Cervantes en el consejo que Don Quijote dará a Sancho: has de poner los ojos en quien eres, procurando conocerte a ti mismo, que es el más difícil conocimiento que puede imaginarse. Del conocerte saldrá el no hincharte como la rana que quiso igualarse al buey. No. A Teresa no le quedan ganas de hincharse después de haberse conocido tan profundamente. Se ha encontrado "ruin".

La percepción de sus ruindades no termina en pesimismo, sino en el recurso a la bondad de Jesús. Es un estremecimiento

que se vive en humildad y verdad, pues “espíritu que no vaya cimentado en verdad, yo más lo querría sin oración”⁵.

La pobreza esencial teresiana es como la miel de la humildad labrada en el alma como la abeja labra la miel en la colmena. Y tiene de maravilloso que ayuda a la persona a adquirir no sólo nuevos hábitos de comportamiento interior y exterior, sino hasta un nuevo modo de ser. Sucede que, a fuerza de “mirar su grandeza, acudimos a nuestra bajeza”⁶.

Estos son los pobres bienaventurados, los que tienen derecho a poseer la tierra, que es tanto como habitarla con respeto en solidaridad. Estos pobres no acechan, no desafían, no presionan, no despojan, no acunetan ni aparcan a nadie en su barrio, en el pueblo, en la fábrica. No hacen juego a la sociedad fraudulenta, ambiciosa, corrompida.

Cuando la sociedad se vacíe de estos pobres, se ha quedado sin nivel ético. Era la queja apesadumbrada del Concilio Vaticano II, al constatar que se busca con insistencia un orden temporal más perfecto sin que avance paralelamente la calidad de los espíritus. Muy bien lo expresa Teresa a María Bautista, priora de Valladolid: “No sé qué me diga de este mundo, que en habiendo interés no hay santidad”⁷.

Estos pobres como Teresa aportan modernidad sociopolítica a los pueblos, pues reponen humanidad desgastada y oxidada, oponiéndose visceralmente a las tres actitudes que caracterizan la inmadurez del hombre: la mentira, la duda, entendida como inseguridad, y la hipocresía. Situaciones las tres que revelan un denominador común, la alienación de la persona. Teresa ha conseguido “tener el mundo debajo de los pies”.

Estos pobres son los ciudadanos modernos en la medida en que se han liberado de tal manera que “hablan verdades y no temen”. No se han hipotecado a ningún tercero oculto.

2. Teresa, la pobre entre los pobres

Teresa pasa de la pobreza esencial, del ser, a la que consiste en el “no tener”, viviendo en la zona de una confiada desposesión de bienes materiales. Entre otros reajustes personales, su conversión al Señor le ha permitido elaborar una valoración sapiencial de lo temporal. Frente al absoluto, que es Dios, lo otro, lo temporal, adquiere exclusivamente un valor relativo.

La aceptación de la pobreza por parte de Teresa es fruto de un claro proceso espiritual, que tiene el inicio en lo que llamamos su segunda conversión. Definitivamente se decide a seguir al Señor con todas las consecuencias que ello implique, una de las cuales será la vida en pobreza.

Teresa, desde esta su segunda conversión, lee el mundo y su historia con ojos diferentes, religiosos, divinos. Con ello evita un doble riesgo, la consideración de las criaturas, de lo temporal, como “basura” o como realidad que merezca detener el corazón del hombre. Se sitúa en un equilibrio sorprendente y admirable. Por eso no dudamos en afirmar que Teresa de Jesús fue un ejemplo de fidelidad a la tierra, a la carne y a la sangre de la que estamos adobados. Como Moisés en las crestas del monte Sinaí, ella en el fondo de su exquisita sensibilidad ha percibido que la tierra es santa. Para ella, la tierra es como la palabra cósmica de Dios y su morada, que debe ser cultivada como “un arrabal del cielo”, en expresión de Eduardo Marquina.

María de San José ha encontrado dos palabras que expresan con precisa exactitud la interioridad de Teresa respecto al mundo que dejaba para ingresar en el Carmelo. Escribe en el Libro de recreaciones que el querer ser religiosa no era por *aborrecer* las cosas del mundo, antes pareciéndole bien quería *renunciar*. Renunciar el mundo es amarlo, pero sin preferirlo.

Que Teresa, pues, opte por una vida materialmente vivida en pobreza, se debe a que su alma está siendo trabajada finamente por el Espíritu con toda la potencia de sus dones.

Esto supuesto, ¿cuáles son las fuentes o puntos referenciales que continúan inspirando la práctica de la pobreza? Muy bien podríamos enunciarlos por este orden: el convencimiento, fundado en la Palabra de Dios y en la propia experiencia, de que la paternidad de Dios cuida minuciosamente de nuestra vida; que la desposesión real de bienes materiales es una óptima actitud de apertura a la gracia; el afán de imitar en todo la pobreza de Jesús; y, por último, instalarse en el mundo de los pobres. Como ejemplo, recordemos que, al finalizar el primer monasterio de la reforma del Carmen, San José, de Avila, se inquieta algo porque le parece que resulta un poco angosto. De momento tiene el pensamiento de comprar más terreno y hacer una ampliación. Más tarde cae en la cuenta de que no es necesario, pues de este modo el convento se parece más al portal de Belén. Si el Señor encontró espacio suficiente para nacer en un portal cualquiera, sus monjas no deben aspirar a más.

Quiero detenerme en tres campos concretos, en los que Teresa vive la pobreza como desposesión. La honra, la desclasificación social y el dinero.

HONRA

Teresa nace y crece en un ambiente social donde la honra y el honor son estimados en gran manera. Se presume de limpieza de sangre y, aunque su padre no quiso que en la casa hubiera esclavos, sin embargo, no faltaron los siervos. Don Alonso vivió muy hipotecado al mito de la honra. La honra de los caballeros de Castilla. Esclavo del "qué dirán". Cuidaba su imagen ante la alta sociedad abulense como lo haríamos cualquiera de nosotros. Sabemos que fue un hidalgo venido a menos económicamente, pero disimuló siempre la pobreza por temor a la deshonra.

Pues bien, este mito de la honra pasa a su hija Teresa, quien siente verdadero pavor ante la posible pérdida del honor y la estima social. Nos refiere como ejemplo que, cuando no contaba con amor de Dios para vivir su fe, "le quedó sólo el temor de la honra; con pensar que no se sabría, me atrevía a muchas cosas contra Dios" ⁸. Y en un principio ella consiente a la tentación de la pureza de la sangre y participa de la sensibilidad a los módulos de evaluar a la persona por el "tener" más que por el "ser".

Teresa, no obstante, logra deshipotecarse de aquellos criterios que determinaban los comportamientos sociales usuales. Afrontó la interiorización de la religión, en oposición al concepto sociológico y político de la cristiandad. A Dios se le ama desde dentro o no se le ama. Logra entender la verdadera raíz de la dignidad de la persona, que está al margen de signos externos. La razón de la valía del hombre la encontramos en Dios. Del mismo modo, la pureza de sangre la llega a dar de lado y así lo manifestó al padre Jerónimo Gracián.

Teresa se despoja del mito de la honra, lo que implica en aquellos días una medida o una reacción personal de aceptar cierta desclasificación social que hoy no podemos valorar en su justo precio. Es un gesto de pobreza social, renunciando a signos externos que en tanto se estimaban. Hay unas palabras, en la carta que escribe a su hermano Lorenzo, que desvelan la hondura del gesto y que nos pueden ayudar a que nosotros también lo valoremos. Le escribe: “Y creo que fue movimiento de Dios el que vuestra merced ha tenido para enviarme a mí tantos dineros; porque para una monjuela como yo, que ya tengo por honra, gloria a Dios, andar remendada...”⁹.

Teresa dialoga con el poder y la riqueza, pero no se identifica con ellos. Y menos venderse. Desde que Jesús la ayudó a redescubrir el honor verdadero, se desencadenarán en ella nuevos horizontes existenciales, sociales y eclesiales. Cuando Jesús pone las cosas en su sitio con aquel aldabonazo “Tu honra es la mía”, Teresa comienza a leer la vida y su sentido desde perspectivas diferentes.

Al despojarse del mito de la honra, Teresa adopta una actitud contestataria socialmente. Y no sólo socialmente sino eclesialmente. Y la hará sufrir como todo lo que rezuma pureza evangélica. Ella sabe muy bien que las personas de alta alcurnia te atienden y te escuchan dependiendo, con mucha frecuencia, del porte externo, de lo lucido del tipo.

Teresa llega a ser una mujer que, limitándose materialmente a la reforma del Carmelo, sin embargo, su actitud y su doctrina son un “no” sin paliativos a una sociedad que se autodefinía como cristiana. Personalmente estimo que Teresa de Jesús, sin adoptar una postura de ruptura con el sistema sociorreligioso establecido en su tiempo, se decide por una línea progresista, urgida por la entraña del evangelio. Es tremenda-

mente dura a fuerza de ser clara criticando los comportamientos diarios de eclesiásticos, religiosos o sacerdotes. Parece —escribe en la Vida— que dejamos la honra en ser religiosos y no nos han tocado en un punto de honra, cuando no se nos acuerda la hemos ya dado a Dios... Ríese —continúa— entre sí algunas veces cuando ve a personas graves de oración y religión hacer mucho caso de unos puntos de honra que esta alma tiene ya debajo de los pies... El demonio también inventa sus honras en los monasterios...

No es frecuente que unamos pobreza y honra. Quizás hayamos reducido el término pobreza a desposesión material o marginación social. Teresa, sí las une. De ahí el comentario que vamos haciendo. Y no sólo las une y emparenta, sino que llega a considerar a la pobreza como una gran honra. ¿Qué se me da a mí —escribe en el Camino de Perfección (2, 5)— de las honras de los reyes y señores si tengo entendido en lo que está ser muy honrado un pobre, que es en ser verdaderamente pobre? La verdadera pobreza trae una honra consigo que no hay quien la sufra.

CULTURA

A principios de siglo, Ramón Menéndez Pidal se propuso encontrar y fijar los móviles, las razones a las que se debe la espontaneidad léxica del lenguaje teresiano. Nuestro sabio encontraba extraño que una mujer tan culta como Teresa, tan releída, de un estilo tan personal, introdujera ciertas desviaciones terminológicas en relación con la norma léxica doctrinal. Palabra tan conocida para ella como “iglesia”, la escribe vulgarizada. Esto ¿por qué? Pues bien, “la renuncia a la voz precisa hemos de explicarla —escribe Menéndez Pidal— como un acto

de humildad; quiere mostrarse olvidada de sus libros, lecturas; le ruboriza emplear un tecnicismo, no piensen que quiere aparecer docta”.

En realidad, Teresa de Jesús está empeñada en culturizar a fondo el Carmelo. Ha comprendido que es preciso alcanzar unos mínimos culturales en lectura del latín, en doctrina espiritual, etc., pues el proceso fecundo del enriquecimiento espiritual está condicionado por parte nuestra, no de Dios, a cierta preparación intelectual básica. Dice que un “letrado” aprovecha más en la oración que otra persona que no lo es. Sin embargo, Teresa tiene miedo a las personas “resabidas”, “bachilleras”, “latinas”. Una carmelita debe desprenderse de todo lo mundano. Dispuesta a apartarse del mundo, tiene que desclasarse su lenguaje y adoptar un habla rústica, la del pueblo sencillo y llano.

Para mí es evidente que Teresa hace un llamamiento a vivir la pobreza en este desclasamiento cultural. María de San José, al deponer como testigo en el proceso de beatificación y canonización, dice que “era muy llana en tratar con la gente y enemiga de ceremonias, hipocresías y fingimientos...”¹⁰.

Desde su segunda conversión, Teresa ha quedado como positiva y espiritualmente traumatizada por la pobreza que vivió nuestro Señor a su paso por la tierra. El nacimiento en un portal de Belén es una realidad que lleva impresa en la entraña. Allí nada fue necesario y se vivió en íntima dependencia del buen Padre Dios. Pues bien, esta realidad de desposesión, de despego, es la que salta al campo cultural en este momento.

Yo entiendo que en este momento, en el que nosotros comenzamos a hablar de “nuevos pobres”, en cuyo colectivo incluimos también a los marginados culturalmente, este plantea-

miento teresiano de la pobreza recobra una actualidad sorprendente. Ciertamente que no está en ella la posibilidad de “solucionar” los problemas de esa marginación, pero intuye el filón de salvación que existe en la imitación de Jesús pobre.

Quiero ver un doble aspecto en este tipo de pobreza teresiana. Por una parte, encontramos la necesidad de imitación del modelo impuesto por el cielo: Jesús; por otra, la solidaridad con los más sencillos, los más desprovistos, que en este momento son el nuevo Belén. Desposesión, desclasificación y solidaridad. Tres realidades que están implicadas en esta pobreza de Teresa de Jesús.

He apuntado que no estaba en ella la posibilidad de ayudar a los desposeídos culturalmente. Ciertamente. Pero en la medida que las circunstancias se lo permitieron procuró que se realizara. Repasemos la fundación del monasterio de Malagón. Allí encontramos todo un esfuerzo de planificación cultural a favor del pueblo, imaginado por ella, y que se realizaría con la ayuda de las carmelitas, por una parte, y del sacerdote de la parroquia, por otra. Era preciso enseñar a aquella juventud las verdades de nuestra religión al tiempo que se le iniciaba en las labores femeninas de coser y bordar.

Como ella misma nos indica, no quiere “monjas bobas” pero sí pobres, desasidas de todo lo que el mundo considere o estime. En el Camino de Perfección había aclarado la santa que “todo el estilo que pretendemos llevar es de no sólo ser monjas sino ermitañas, y así se desasen de todo lo criado”¹¹. La perfección de la carmelita reformada consiste en el hablar bien con Dios, pues “algunas personas hablan bien (en la vida social) y entienden mal (en las cosas del espíritu), y otras hablan corto y tienen entendimiento para mucho bien”¹². Como vemos, lo

que Teresa pretende es desterrar de sus monasterios la cultura como signo de clase social.

DINERO

De alguna manera, instintivamente relacionamos la pobreza con la escasez de medios materiales exclusivamente. Para evitar nosotros esa tentación, hemos adelantado las ideas sobre la honra y la desclasificación cultural. Pero no cabe duda de que ahí están también los desposeídos económicamente, por las causas que sean, por falta de preparación cultural, que les haya impedido remontarse a trabajos socialmente más estimados y retribuidos, o por razones de tradición familiar, o por una clara injusticia.

Teresa de Jesús vive con todo rigor la pobreza material, careciendo de los recursos más elementales. Más de una vez no ha tenido qué comer ni veía de dónde vendría el pan del día siguiente, si la Providencia no ponía remedio. Su empeño era ser pobre como los pobres, corriendo su mismo riesgo.

En primer lugar, creo necesario distinguir entre el planteamiento personal y comunitario que hace de la pobreza material. Personalmente tiene una gran estima de esta virtud en cuanto que por ella imita, como hemos referido ya, las necesidades de Jesús en la tierra. Si Él careció incluso de lo más preciso, ella no puede avanzar por derroteros diferentes. Por otra parte, experimenta que, en la medida que se va desprendiendo de las cosas temporales, el alma se siente más libre para acercarse al Señor y la apertura a la gracia es más total y confiada. La plenificación divina espera encontrar en la persona vaciedad interior y exterior. Y, en tercer lugar, Teresa desea la virtud de la pobreza como experiencia de confianza filial en su buen Padre Dios. Ella se preocupará de buscar el Reino; de lo demás, del comer

y vestirse, de la “añadidura”, allá El, es cosa suya, según nos lo prometió. Y ciertamente que nos sorprenderán los límites hasta donde lleva Teresa el desafío a la Providencia.

Teresa también repiensa el tema de la pobreza material desde la perspectiva comunitaria. Es un problema que le acarrió dolores de cabeza sin fin. No acertaba con el planteamiento adecuado, según ella. Partía del supuesto siguiente: las carmelitas reformadas hemos elegido una nueva fórmula de vivir el monacato volviendo a la raíz, a la soledad, buscando la oración como “puerta” que nos conducirá al “castillo interior” donde mora el Señor. Esta vida interior no puede ser obstaculizada ni interrumpida por nada. Es lo fundamental. Pues bien, vivir en pobreza o disponer de renta suficiente para no tener que preocuparse de nada son las dos opciones que tiene delante y entre las cuales debe elegir. El criterio para tal elección es claro y evidentísimo: preferiremos aquello que más nos ayude a vivir *despreocupadas*.

Si en teoría el planteamiento era hasta fácil, resolver en la práctica no lo fue. ¿Solución? La misma de siempre: consultar con los letrados, entre los que se contaba el P. Pedro Ibáñez, dominico, quien con la sutileza de sus profundos razonamientos había llegado a concluir que debía fundar con renta. No así pensaba Fray Pedro de Alcántara, el “santo viejo”, como cariñosamente le llamaba Teresa. Un “santo hombre” de “lindo entendimiento”. Pero más que por el entendimiento “ví desde los principios que me entendía por experiencia, que era todo lo que yo había menester, y me dio grandísima luz”¹³. Pues bien, la contestación de Pedro de Alcántara, espiritualmente hermano gemelo de Francisco de Asís, el Pobre, es evangélica, no pasada por el tamiz de los teólogos ni letrados. Sin recriminar a Teresa, se muestra sorprendido porque “me espanté de que vuestra merced ponía en parecer de letrados lo que no es de su facultad; porque si fuera cosa de pleitos o caso de

conciencia, bien era tomar parecer de juristas y teólogos. Mas en la perfección de la vida no se ha de tratar sino con los que la viven. Si quiere tomar consejo de letrados sin espíritu, busque harta renta, aver si le valen ellos y ella más que el carecer de ella por seguir el consejo de Cristo”.

Como sabemos, Teresa se decidió por fundar sus monasterios sin renta, en pobreza. Efectivamente, la pobreza personal se hace comunitaria. El Señor tiene bolsillos lo suficientemente repletos para alimentar a sus hijas.

Hay un texto teresiano que adquiere valor de credenciales ante Dios. Dice así: “Hela aquí una pobre monja descalza, sin ayuda de ninguna parte, sino del Señor, cargada de patentes y buenos deseos y sin ninguna posibilidad para ponerlo por obra. El ánimo no desfallecía ni la esperanza”¹⁴. Es emocionante saber que era verdad lo de la “pobre monja”. Emocionante para nosotros y para la misma Teresa, pues “ahora que lo estoy escribiendo, me estoy espantando y deseando que nuestro Señor dé a entender a todos cómo en estas fundaciones no es casi nada lo que hemos hecho las criaturas”¹⁵; “muchas veces, cuando considero en estas fundaciones, me espanto de las trazas de Dios”¹⁶.

Teresa vigila mucho el aspecto material, arquitectónico y suntuoso de los nuevos conventos, pues “qué poco hacen estos edificios y regalos exteriores para lo interior. Por su amor os pido, hermanas y padres míos, que nunca dejéis de ir muy moderados en esto de casas grandes y suntuosas”¹⁷. Como dice con santa ironía que no se han cerrado para contemplar las paredes. Ya que “sólo de una celda es lo que gozamos continuamente, que ésta sea muy grande y bien labrada. ¿Qué nos va? Sí, que no hemos de andar mirando las paredes”¹⁸.

Uno siente temblor al leer afirmaciones tan sencillamente expuestas como ésta: “Encerrámonos en una pieza adonde estaba paja, que era lo primero que yo proveía para fundar la casa porque teniéndola no nos faltaba cama”¹⁹. Sí, sí, a uno le queda la emoción de lo divino. Estamos ante una pobre, un puñado de pobres de verdad. No han limitado su voto a una palabra, a una promesa huera, a una ficción. Lo que allí se respiraba era vida y conciencia de pobres, de inseguras, de desamparadas.

Si tuviéramos que repetir que la inspiración de la pobreza de Teresa la encontramos en la confianza de hija en su Padre Dios, lo haríamos con gusto. Con gusto, porque es la verdad. Es lo que nos recuerdan estas palabras: “Para hacer muchos monasterios de pobreza sin renta, nunca me faltaba corazón y confianza, con certidumbre que no les ha Dios de faltar; y para hacerlos de renta y con poca, todo me falta; por mejor tengo que no se funden”²⁰.

Llegados a esta altura del trabajo, quiero retomar un momento dos ideas expuestas ya ampliamente pero que nos pueden ayudar nuevamente para entender la actitud de Teresa, que vive la pobreza con tal sinceridad y realidad. La primera de ellas es la de la pobreza que he denominado esencial. Y la recuerdo para insistir en que sin ella, sin haber gustado cada cual su poquedad, es difícil *necesitar* la vida de esta otra pobreza existencial, material. Únicamente se olvidan del dinero los que han sufrido el trauma de Dios. De otro modo, ni las personas ni las instituciones anclarán en la pobreza desnuda. Y habrá que inventarse sutilezas y sofismas para justificar lo que no es evangélico; pero lo inventaremos y aparentaremos que nos lo creemos. Pero todos sabemos que no es así. No, no lo digo yo, sino Teresa. Es ella la que lleva el hilo y la fuerza de la exposición.

Quando comenta el “paternóster”, las palabras, la petición de que “no nos dejes caer en la tentación”, expone claramente: “Haceos el demonio entender que sois pobres, y tiene alguna razón porque habéis prometido pobreza con la boca, se entiende; digo con la boca, porque es imposible que, si con el corazón entendiésemos lo que prometimos, nos pudiese traer el demonio veinte años y toda nuestra vida en esta tentación; sí, que veríamos que engañamos al mundo y a nosotros mismos. Ahora bien, prometida la pobreza y diciendo aquel que piensa que es pobre: ‘Yo no quiero nada...’, ‘esto tengo porque no puedo pasar sin ello...’, en fin, ‘he de vivir para servir a Dios...’, ‘Dios quiere que sustentemos estos cuerpos...’, y mil cosas de estas que el demonio enseña aquí como ángel, le hace entender que ya es pobre y que tiene esta virtud. Pero vengamos a la prueba (a las obras): esa persona tiene renta necesaria para lo que es menester y no que si puede pasar con un mozo tenga tres. Pónenle un pleito por algo de ello o le deja de pagar un pobre labrador; esto le da tanto desasosiego como si no pudiera vivir sin ello. Dirá que lo hace para que no se pierda por mal recaudo. El verdadero pobre tiene en tan poco estas cosas, que nunca se inquieta porque nunca piensa le ha de faltar y, aunque le falte, no se le dá mucho, pues es una cosa acesoria”²¹.

No podemos restar fuerza crítica al texto, que es como una denuncia a muchos comportamientos personales e institucionales eclesiásticos, donde bien está la seriedad administrativa, pero que no se convierta en vertebral en las relaciones personales, sean quienes sean los sujetos afectados.

La otra idea que deseo recordar es la del optimismo providencialista, cómo es preciso vivir la filiación divina. Como sugiere Teresa: “Si crees en la palabra de Dios, cree”; es decir, no podemos carecer de actitudes consecuentes con la fe; no debe tocarnos la desconfianza, pues “no es esto (las riquezas)

lo que las ha de sustentar, sino la fe y perfección y fiar de sólo Dios". Y es muy reiterativa Teresa en la confianza en el Señor, porque lo está viviendo en sí misma, ya que "¿de dónde pensáis que tuviera poder una mujercilla como yo para tan grandes obras, sujeta, sin sólo un maravedí ni quien con nada me favoreciera?"²². Y todo porque "Dios es poderoso para mantener los muchos monasterios como los pocos".

Teresa es pobre como los más pobres. Y lo mismo sus monasterios. En ellos se pasa verdadera necesidad. Es sabido que alguna religiosa que "estrenó" el primer monasterio de la reforma, San José, de Avila, se vio obligada a abandonarlo por enferma; enfermedad que contrajo como consecuencia de la falta de alimento básico. Y muy al final de la vida de la reformadora, en noviembre de 1581, escribe a María de San José, priora de Sevilla, alegrándose de que ya hayan desaparecido las necesidades del monasterio. Le informa de que las Hermanas de San José han rezado mucho por ellas. Y aprovecha para pedirle la misma moneda a ellas, pues en San José continúan difíciles los problemas. Lo expresa sin eufemismos: "Páguennoslo ahora que estáis vosotras sin estas necesidades, porque por acá hay hartas, en especial en esta casa de San José, de Avila, adonde me han hecho ahora priora por pura hambre"²³.

Al final de la vida, Teresa es todo ternura y amor maternal. Si siempre había sido espontánea al manifestar su interioridad, cuando se acerca a la madurez, toda ella se va en cada palabra o suspiro. En cada Hermana, en cada fraile descalzo, ve un hijo entrañable. Sus últimas cartas escurren ternura y no ocultan secretos. Y las necesidades por las que atraviesan las monjas la prueban duramente la fe. Al P. Jerónimo Gracián, estando en Salamanca, le escribe la Madre desde Avila y vuelve a insistir sobre la falta de medios para alimentarse. Le cuenta que ha

pasado por allí Antonio Ruiz y le ha dejado “dos piezas de a cuatro escudos, para que las enviase a vuestra reverencia. Hasta tener mensajero cierto no se lo envió. Harto hago en no me quedar con ello, que según andan las cosas no será mucho que me dé tentación de hurtar”.

A pesar de todo, en los monasterios de Teresa de Jesús siguen entrando muchachas, algunas de ellas, bastantes, sin entregar la dote, porque son hijas de familias pobres. Así se lo comunica a la priora de Valladolid, en mayo de 1579: “Porque en alguna casa han tomado once hermanas de balde y no por eso está peor sino la mejor librada”.

Cuando nos preguntábamos al principio del trabajo por los destinatarios del centenario, contestaba que me parecía que éramos todos los hombres, especialmente los creyentes. Pues bien, ahora Teresa levanta el grito como una leona herida, arremetiendo sin compasión contra la tibieza de unos cristianos y religiosos que en nada entienden el compartir sus bienes con los más necesitados. Y tiene derecho a subir el tono de voz ella, que, con sus Hermanas, saben de pobreza y de miseria. Releamos este texto: “Porque decir a un rico que modere su plato para que coman otros siquiera pan, que mueren de hambre, sacaré mil razones para no entender esto sino a su propósito; decir a un religioso que ha prometido pobreza, que la guarde sin rodeos, que esto es lo que el Señor quiere, no hay remedio aun ahora de quererlo hacer”²⁴.

No podemos dudar de los destinatarios del centenario. Cada cual se examine y obre en consecuencia. Y no olvidemos de repasar nuestros ahorros al final del centenario para ver si hemos aceptado la gracia de repartir parte de ellos a los más necesitados que nosotros. Es voluntad de Teresa. No caben otras interpretaciones de su pensamiento y voluntad.

No seamos torpes, cristianamente torpes. Quiero decir que no se nos ocurra aprovechar este año de gracia para pedir aún más de lo que tenemos. Qué ironía, si además de acumular ahorros en nuestras cartillas tuviéramos la suerte de lucrarnos con la gracia de la indulgencia plenaria. Todo puede ser. Hasta ahí puede llegar la suerte. Yo espero que no; pero, como ya se adelanta Teresa a decir que nos inventamos razones para todo, vaya usted a saber.

Yo sugeriría, y perdón por la osadía de la iniciativa, desempolvar, estudiar y predicar más la doctrina de contenido social que tenemos en los escritos de Teresa. Que yo sepa, no se ha hecho este estudio. El tiempo se nos ha ido en profundizar su pensamiento teológico y su vivencia mística o, a lo más, hacer un estudio psicológico de su personalidad. Todo es necesario y enriquecedor, pero incompleto. Especialmente en este tiempo, cuando los hombres estamos tan sensibilizados a todo lo que comporte solidaridad, es un momento propicio por la acogida que se prestaría a las urgentes sugerencias de Teresa. Pero, sobre todo, todos deseamos que el año de gracia tereciano lo sea realmente. Y lo será si es de caridad, de fraternidad, de abertura de brazos a los hermanos más desamparados por nosotros mismos.

3. Teresa o la solidaridad social

Es evidente que Teresa vive personal y comunitariamente la pobreza hasta los límites de miseria humana, por un extremo, y de confianza ilimitada en la Providencia de Dios, por otro. Pero no se agota ahí su ser pobre. Hace esfuerzos exquisitos por encarnarse en la debilidad de los débiles y por prestar su lengua a la boca de los sin voz. De los de siempre. De los acunetados. De los que son la espalda del progreso y de nuestra peculiar modernidad.

Teresa no olvida que lo que hagamos con uno de los pequeños llamados al Reino, lo hacemos por el mismo Señor. Y es esta revelación evangélica la que despierta en su alma solidaridades preciosas con miembros indiscriminados de la sociedad. Está animada por la voz interior que llega del mismo Jesús y que nuestro filósofo Ortega y Gasset exponía de este modo tan bello: "Jesús parece amonestarnos: no te contentes con que sea ancho, alto y profundo tu yo; busca la cuarta dimensión de tu yo, la cual es tu prójimo, el tú, la comunidad"²⁵.

Teresa, que cree en el hombre cristiano, ha depositado también su fe en el hombre a secas. Bueno, en realidad es que el hombre a secas no existe. Dios va montado a la espalda de cada uno de nosotros. El hombre en el que cree Teresa de Jesús ha nacido para vivir, no sólo para morir. Vivir, claro, aquí en la tierra y allí en el cielo.

La miseria y la desposesión son la injusticia con rostro de hombre, engendradas por otros hombres menos dignos que ellos, aunque de la misma especie. La pobreza, no. Hemos repetido que la pobreza es una opción de salvación. Es una bienaventuranza. Es parte ya del Reino. Teresa vive y aconseja la pobreza y clama, como rabioso profeta no escuchado, contra la desposesión. Y esto porque para ella, como escribe en las moradas primeras, cualquier hombre es "el aposento donde un rey tan poderoso, tan sabio, tan limpio, tan lleno de todos los bienes, se deleita".

Teresa quiere ser fiel al hombre que ha descubierto desde la óptica de Jesús y sabe que tal fidelidad implica una adhesión activa a su promoción. A su promoción total, de cuerpo y espíritu, de carne y alma, haciéndose de este modo inspiración del

Concilio Vaticano II, cuando nos invitaba a salvar al hombre “todo entero, cuerpo y alma, corazón y conciencia, inteligencia y voluntad”.

La reformadora, la Madre Teresa, es santa, lo que quiere decir que es una mujer libre, apta para encararse con la conciencia de quien sea, contra los que llenan de pobres Castilla o contra los que predicán desde el púlpito, sin ser altavoces de Dios.

Su pobreza le da derecho a apostar por los derechos del hombre, sin mentir, sin decepcionar, sin escandalizar. Apostar por los derechos del hombre es hacerlo por la dignidad de la persona, raíz de todos.

a) *Solidaria con la dignidad de la persona.*

Dios es el rasero con el que se iguala a todas las postulantes en el Carmelo descalzo, pues él es la razón de la dignidad personal por la que Teresa está apostando. Todas las muchachas que llamaron a sus puertas contaban con el mismo derecho a ser admitidas y escuchadas. Y lo eran de verdad. “Crea, padre mío —le escribe a Domingo Báñez—, que es un deleite para mí cada vez que tomo alguna que no trae nada, sino que se toma sólo por Dios, y ver que no tiene con qué, y la habían de dejar por no poder más”.

Que una postulante fuera rechazada en virtud de no poseer la dote necesaria, hubiera supuesto una discriminación atentatoria contra la mismísima dignidad personal. Pero no era así. Y Teresa no admite interpretaciones torcidas a este respecto. Así lo comunica al P. Mariano de San Benito, manifestándole que el problema de la postulante presentada por él nada tiene

que ver “con la falta de dote, pues ya sabe vuestra reverencia, y si no infórmese de ello, las muchas que hay en estos conventos sin ninguna dote”.

Posiblemente la trascendencia de este problema que estudiamos no sea valorada por nosotros en toda la importancia que tenía en el momento socio-económico teresiano; de la sociedad en la que vivió Teresa, queremos decir. En una sociedad en la que los pobres y maleantes abundaban en gran cantidad y el hambre y la miseria amordazaban a las personas hasta considerar ordinaria la vida mendicante, Teresa apuesta por la persona, por el derecho a que sea atendida y respetada como tal, aunque pueda presentar dificultades económicas a los monasterios.

Teresa lleva clavado en el alma que los pobres no caben en ningún sitio. La misma Iglesia ha hecho con ellos más obras de caridad que defensa de sus derechos, prácticamente. Acude con demasiada frecuencia a la prudencia para no hostigar a los poderosos.

Sería inacabable la referencia de casos que prueban el apoyo de Teresa al “ser” del hombre más que al “tener”. En el libro de las Fundaciones nos confía que “los pobres me dilataban el espíritu y daban un gozo tan grande que me hacían llorar de alegría. Esto es verdad”. A las prioras les insiste en que “a buena monja, no miren dote... Contentas de la persona, si no tiene ninguna limosna que dar a la casa, no por eso se deje de recibir”.

Ser o tener. Palabras muy manidas en la jerga democrática. Palabras que corren como calderilla en nuestras conversaciones y que Teresa las realizó hace siglos. En el pequeño libro

Visita de descalzas, indica al visitador que “les vaya amonestando a las prioras que en las que recibieren tengan en más los talentos de las personas que lo que trajeren”.

Teresa es la pobre que se solidariza con los pobres en dinero, pero ricos en personalidad y dignidad. Es esto lo que debemos dejar muy a la luz de su historial. Es una insistencia machacona la que aparece. Escribiendo a María Bautista, priora de Valladolid, le recuerda que “las quiere Dios pobres y honradas, que les dio a Casilda que lo es y vale más que todos los dineros”.

Es entrañable apostando y apoyando al humilde. Al dirigirse a doña Catalina de Tolosa, en Burgos, le manifiesta que “a la Maruca he rogado me ayude a rezar”. Pero ¿quién es esta Maruca? Una portera del convento de Palencia “que todo lo hace bien” y que después profesó en Valencia. Sería un espectáculo, tan sencillo como bello, contemplar a Maruca ayudando a rezar a Teresa, Teresa de Jesús, la madre fundadora.

Teresa no consiente discriminación alguna dentro del monasterio. Por ello aconseja que “sean tratadas las freilas con toda caridad y hermandad, y provéanlas del comer y vestir como a todas”. Y aconseja que “la tabla de barrer se comience desde la madre priora”. Esto lo manda Teresa en una sociedad en la cual pesaba la deshonra legal sobre el trabajo; es decir, los oficios mecánicos, bajos y viles incapacitaban para la hidalguía. Ella rompe prejuicios sociales y pone las cosas al revés, como diciendo que no es el trabajo el que dignifica al hombre, sino el hombre quien ennoblece al trabajo.

b) *Solidaria con todos los hombres, sin distinción de razas.*

Hablando pronto y bien, como decimos en Castilla, Teresa perteneció a una sociedad de tipo machista y racista. Porta en su sangre la experiencia de esta doble lacra social. Recordemos que su abuelo paterno, Juan, si no quiso exponerse a ser discriminado por llevar sangre judía y profesar religiosamente el judaísmo, se convirtió al cristianismo, único modo de evitar la expulsión de España. Pero el abandono de su fe implicaba la desestima social de su sangre, de su pueblo y de su raza. Soportó también don Juan el baldón de todos los judaizantes, cuando, al renovar su conversión a la Iglesia católica, se le obligó a hacer penitencia pública a las puertas de Toledo.

Por una parte, esta experiencia familiar y, por otra, el descubrimiento que viene haciendo desde su encuentro con Jesús, la ayudan a apostar la no discriminación racial. Siendo ya mayor, el P. Gracián la interrogó alguna vez sobre sus antepasados; la respuesta fue que la bastaba con ser hija de la Iglesia y que más la inquietaría el haber cometido un pecado venial que el descender de los hombres más bajos y viles del mundo.

Teresa no consentirá de modo alguno que en el Carmelo renovado se pueda rechazar a alguien por razón de la sangre o del color, lo que no era infrecuente en el siglo XVI. Un gesto muy elocuente, que refrenda esta afirmación, lo encontramos cuando en Sevilla se presenta el problema de admitir o no a una postulante negra. El caso, como decimos, tiene su importancia en aquel momento de discriminaciones en España. Y sucedió de este modo. La priora de Sevilla, María de San José, consulta a la Madre Teresa la admisión de una postulante de color negro. Teresa, el 28 de junio de 1577, le contesta diciendo que "en cuanto a entrar esa esclavilla, en ninguna manera resista" ²⁶.

Su admisión debe ser incondicional, según la opinión de la fundadora. Más aún. Se sospecha entre líneas que las dotes naturales de la postulante negrita no son muy excepcionales. Sin embargo, Teresa desea que nada sea considerado como obstáculo. Incluso va más allá. Sugiere el modo de tratarla en la iniciación a la vida monacal, adelantando que “no tiene para qué tratar con ella de perfección, sino de que sirva bien, y podrá estar sin hacer profesión toda su vida, si no es para ello”²⁷. Y trece días después insiste en que “tome la negrilla enhorabuena, que no les hará daño” y que hagan lo mismo con su hermana.

Que Teresa, sumida en un siglo y en una nación donde se decreta la expulsión de los judíos y con excesiva frecuencia se promulgaban estatutos de sangre, haga la defensa de la no discriminación racial, es un gesto que ennoblece su persona y la eleva al rango de profeta de la modernidad, solidarizándose con los hombres de cualquier color y raza.

c) *Teresa, defensora de la posesión justa y suficiente de bienes materiales.*

Teresa de Jesús vive en pobreza, la comparte realmente con los pobres y se convierte en voz de los marginados. No se le pasó de largo el problema de la riqueza y pobreza, de los ricos y los pobres.

En el libro *Meditaciones sobre los cantares* describe cómo entendemos la paz los cristianos de modo tan engañoso. El mundo tiene sus caminos de paz, que no son los mismos que los de Jesús. Los cristianos “podríanse engañar en la paz que da el mundo por muchas maneras”²⁸. En este contexto introduce el tema de la riqueza, que puede ser una situación de injusticia.

ticia no advertida por los cristianos que viven pacíficamente, simplemente “porque se guardan de hacer pecados graves”²⁹.

La descripción que nos ofrece del hombre creyente que no respeta los derechos del prójimo a poseer justamente los bienes que necesita para su sustento y desenvolvimiento social, es admirable. No sólo admirable, sino que es válida para hoy y aplicable, desgraciadamente, a la mayoría de los cristianos. Por lo menos, así se deduce de la insistencia con que los últimos papas se refieren al tema, deseando que los cristianos no permitamos que otros nos aventajen en la iniciativa del progreso social.

Teresa demuestra una capacidad sorprendente de observación. Se imagina una persona que no carece de nada y además “posee muchos dineros en el arca”. Vive “gozándose de lo que tiene” y “dando limosna de cuando en cuando”. Por otra parte, se consideran muy cristianos, pues, no limitándose a dar limosnas, no cometen “pecados graves”. Nos suponemos, claro, lo que entienden ellos por tales “pecados graves”. Total, que su vida discurre en paz y gloria. Podemos advertir que el cuadro que nos ha pintado Teresa responde a la realidad, al modo real de vivir el cristianismo un número incontable de cristianos.

Aquí entra la voz de Teresa para ayudarnos a comprender que tales creyentes “no miran que esos bienes no son suyos, sino que se los dio el Señor como a mayordomos para que partan a los pobres”³⁰. De momento, pues, apunta un criterio de posesión: no somos propietarios absolutos ni definitivos de los bienes, sino administradores, y, como tales, dispondremos de los mismos teniendo en cuenta las necesidades que existen en nuestro entorno.

Pero Teresa va más allá. Manifiesta que “daremos estrecha cuenta a Dios por el tiempo que lo tienen de más en el arca”, sobre todo “si los pobres están padeciendo”. Es evidente que este texto se sitúa en unas circunstancias temporales en las que el dinero se guardaba y custodiaba en la propia casa y, por ello, no era rentable. Ateniéndonos a la letra, no tiene fuerza de reproche, no denuncia situaciones actuales, porque el que más y el que menos ha depositado sus haberes en las instituciones adecuadas. Pero nos queda el espíritu del deseo de Teresa. Lo que ella nos sugiere es que no podemos acumular riquezas mientras junto a nosotros haya personas que padecen hambre. El pensamiento teresiano puede ser formulado con esa frase bien acuñada y que se ha hecho slogan con quemadura evangélica: mientras haya un pobre junto a mí, lo que me sobra no es mío. Ese es el corazón del texto de Teresa. Lo que poseo como *superfluo* es lo que un hermano necesita para cubrir sus necesidades.

Es contra lo sobrante, contra lo que habla la fundadora. Esté donde esté. Así, quería que los edificios, los monasterios, fuesen muy humildes, nada curiosos y poco costosos, y le parecía mal que con limosnas ajenas se construyesen “torres de viento”, según expresión de Isabel de Santo Domingo.

En este planteamiento de la posesión y disfrute de los bienes temporales, queda claro que Teresa ha tomado conciencia de un hecho, de una realidad ponderada tanto desde la óptica social como religiosa: la solidaridad. La vivencia de intercomunicación en ella es vertebral. ¿Cómo un hijo, parece decirnos, puede sentirse unido con su padre si ignora las necesidades de los hermanos que conviven familiarmente? Sería tanto como pensar que al padre tampoco le importan los otros hijos, sus hermanos, y que entre su padre y él se agota todo el amor doméstico. Esto no nos cabe en la cabeza a ningún hijo

ni a ningún padre. Sin embargo, esto es posible y real entre cristianos. Y si decimos que la caridad es el distintivo de los discípulos de Jesús, aún somos muchos los que no solamente estamos lejos de pertenecer vivamente al Reino, a su Iglesia, sino que olvidamos incluso la norma social que debe ser prioritaria a la hora de estructurar justamente la tierra, la gran casa humana, la mansión universal: el reparto adecuado de los bienes.

Fijándonos en el tema acuciante del paro obrero, es claro y vergonzoso para los creyentes que no disponemos de imaginación religiosa para buscar soluciones. Criticamos ladinamente, aunque con verdad, la incompetencia o debilidad de los gobiernos, los esfuerzos patronales, y acusamos a muchos obreros de rehusar el trabajo, convirtiendo su situación de parado en una injusta y cómoda fuente de ingresos, muchas veces. La picaresca que pueda encontrarse en este terreno, actualmente deprimente, no nos exime a los cristianos de cumplir lo que creemos y hasta predicamos.

Mientras “los pobres padecen”, como indica Teresa, los cristianos, los herederos de Jesús, tendremos que cuestionarnos si nuestra fe es experiencia de unión con Dios y con sus hijos, compartiendo con ellos los bienes de los que únicamente somos administradores.

Esto se llama apostar valientemente por los pobres y marginados desde la pobreza real en la que Teresa vivía con sus Hermanas. En sus bocas no entraría un pedazo de pan que perteneciera a otro hermano. Por eso aconseja a las monjas que salgan de su “embebecimiento” para que no “les acaezca como al rico epulón”, que se comía la parte del pobre en su misma presencia. Lo dice con esta claridad o un poco más, pues ruega a

sus monjas que “sirvan a Su Majestad de manera que no coman lo que es de los pobres”³¹. Si esto urgía a sus carmelitas, a las que llamaba “las pobres de San José”, ¿qué comentaría de nosotros?

Uno piensa muchas veces que con los cristianos no podemos hablar de cosas serias. Charlar de si debemos recibir la sagrada comunión sobre la lengua o sobre la mano, merece la pena, pero sin quemar muchas energías intelectuales o concediendo al tema la importancia que tenga dentro del contexto eclesial y evangélico. Pero si un día cualquiera, por magia de caprichos que Dios puede permitirse, se les apareciera Teresa, la amiga de Dios y de los pobres, la de los verdaderos arroba-mientos, y les dijera: vamos a hablar de temas importantes; ¿dónde tienes colocado tu dinero?, ¿cómo lo compartes con los pobres?, ¿cómo no renuncias al pluriempleo o al trabajo de tu esposa, puesto que económicamente no te es necesario y así das paso al trabajo de un padre de familia que no lo tiene y que se desespera cada mañana?

Me parece que de estas cosas serias, de las que habla la Iglesia y el evangelio, no nos gusta mucho hablar. Pero, a Teresa, sí. Ella, con su amor a los pobres y con sus monjas pobres, es un grito no callado que debe golpear la conciencia dormida de los que nos empeñamos en conjugar nuestra fe en Dios mientras “nos comemos lo que es de los pobres”.

Yo quiero que ahora, al final de estas páginas, comprendamos mejor cuál es la vigencia de Teresa de Jesús y para qué y para quiénes celebramos el cuarto centenario de su muerte.

NOTAS

1. Camino 48, 3.
2. *Ibíd.* 37, 4.
3. *Ibíd.* 1, 5.
4. *Ibíd.*, prólogo, 3.
5. Vida 13, 16.
6. M.I. 2, 9.
7. Epistolario 123.
8. Vida 2, 5.
9. Epistolario 2.
10. Procesos, V.I., p. 320.
11. Camino 20, 1.
12. *Ibíd.* 21, 2.
13. Vida 30, 4.
14. F. 2, 6.
15. *Ibíd.* 13, 17.
16. *Ibíd.* 15, 8.
17. *Ibíd.* 14, 4.
18. *Ibíd.* 14, 5.
19. *Ibíd.* 19, 4.
20. *Ibíd.* 20, 13.
21. Camino 66, 6.
22. F. 27, 11.
23. Epistolario 387.
24. Camino 57.
25. José Ortega y Gasset, o.c., T.I., p. 520. Rev. Occidente, Madrid.
26. Epistolario 195.
27. *Ibíd.*
28. Meditaciones 2, 8.
29. *Ibíd.*
30. *Ibíd.*
31. *Ibíd.* 2, 11.

CARIDAD DEL 'POVERELLO' FRANCISCO

Por el P. Orencio Llamazares, capuchino

“A todos los cristianos, religiosos, clérigos y laicos, hombres y mujeres; a cuantos habitan en el mundo entero, el hermano Francisco, su siervo y súbdito: mis respetos con reverencia, paz verdadera del cielo y caridad sincera en el Señor”.

Carta de San Francisco a todos los fieles.

El 4 de octubre de 1981, fecha inaugural del VIII Centenario del nacimiento de San Francisco, el cardenal Terence J. Cooke, arzobispo de Nueva York, la capital del mundo capitalista, decía a sus diócesanos: “Hoy, en un tiempo en que los pobres y marginados esperan pidiendo paz y derechos humanos básicos, la memoria viviente de San Francisco es una bendición especial para el mundo. San Francisco de Asís consumió su vida en servicio a los pobres, enfermos, incapacitados, jóvenes, an-

cianos y todos los privados de derechos humanos. La renovación espiritual que él comenzó es para nosotros un modelo de compasión. Esa compasión es absolutamente necesaria hoy, si nosotros en la Iglesia pretendemos de verdad mover la conciencia de la sociedad para que escuche los gritos de los pobres y los necesitados" ("Catholic New York").

¿Es San Francisco un modelo de pobreza y caridad para hoy? ¿Pueden los cristianos de nuestro tiempo, comprometidos en la lucha contra la pobreza en el mundo, aceptar este modelo medieval? ¿La pobreza voluntaria del "Poverello" puede proponerse como modélica? ¿Hay derecho a hablar a los pobres del mundo, que son mayoría absoluta, del "ideal" de la pobreza? ¿Los hombres de la sociedad del consumo y del confort, profundamente materialista, aceptarán a Francisco? ¿La caridad, tan individualizada, del "Seráfico", puede proponerse como ejemplar a unos cristianos comprometidos en la lucha por la justicia y la caridad más sociales?

Alguien pudiera pensar que la única respuesta a esta serie de interrogantes sería "no"; Francisco de Asís no puede ser modelo válido de pobreza y caridad para nuestros días.

Sin embargo, multitud de testimonios están testificando la vigencia del modelo Francisco para hoy. En su carta-mensaje de los Padres Ministros Generales de las Ordenes Franciscanas, con motivo del VIII Centenario de San Francisco, dicen al respecto:

"Conociendo por experiencia personal e inmediata la sociedad de su tiempo, dilacerada tanto sobre el aspecto social como el político, Francisco de Asís trajo a la Iglesia una renovada sensibilidad hacia el hombre y sus problemas, apuntando hacia la eliminación de aquellos males que comprometían la

convivencia humana y agravaban los sufrimientos. El soñó siempre con una orden religiosa que fuese la imagen menos imperfecta posible de una Iglesia pobre y atenta a los pobres. De hecho sólo quien esté desembarazado de las riquezas y de las rémoras del egoísmo puede comprender las necesidades de los que menos tienen y reconocer los derechos de los pobres” (pág. 27).

El “Poverello” y “Seráfico”

Al “mínimo y dulce Francisco de Asís” (Rubén Darío) se le han dado muchos sobrenombres. Dos destacan entre ellos: “Poverello” y “Seráfico”.

El sobrenombre de “Poverello” le viene del calificativo “parvulus” que a sí mismo se da Francisco en su testamento: “Et ego frater Franciscus parvulus, vester servus” (Test. n. 40), y que en la versión española se interpreta: “Y yo el hermano Francisco, vuestro pequeñuelo siervo”. Es el sobrenombre que le da San Buenaventura: “a la voz del pobrecillo” (LM 7, 13) y “Francisco, el pobrecillo de Cristo” (LM 11, 14). Desde estas primeras fuentes franciscanas aparece ya Francisco con el sobrenombre de “Poverello”, y así se le reconocerá en la historia, porque este poético calificativo italiano es una síntesis del espíritu de pobreza, humildad y servicio del “Serafín de Asís”.

El sobrenombre de “Seráfico”, “Serafín de Asís” y “Seráfico Patriarca” aparece también ya en las primeras fuentes franciscanas. Son constantes las referencias al amor ardiente de Francisco en sus biógrafos Tomás de Celano, San Buenaventura y los Tres Compañeros, sobre todo después de su experiencia

mística al sentirse traspasado en manos, pies y costado por la aparición de un serafín alado, en el monte Alvernia, en 1224, dos años antes de su “tránsito” o muerte, que quiso celebrar como una auténtica Pascua de liberación.

Pobreza y amor son los dos grandes motivos que admira Dante en Francisco, cuando le dedica el canto XI del Paraíso, en la “Divina Comedia”.

Pobreza y caridad en la etapa de conversión (1202-1208)

Pobreza y caridad, caridad y pobreza, son las dos coordenadas que hemos de tener en cuenta para comprender el itinerario espiritual de Francisco de Asís. Y el caso es que, humanamente hablando, todo parecía predestinarle para la riqueza y la violencia.

Nace en Asís (Umbría), probablemente a finales del año 1181. Su padre, Pietro Bernardone, es un próspero mercader en telas. Viaja por Europa y tiene todas las apetencias de aquellos burgueses que pugnan por liberarse del dominio de los aristócratas señores que dominan la ciudad en nombre del Imperio. Durante la juventud de Francisco tiene lugar un hecho social sangrante en Asís. En la primavera de 1198, los habitantes de la ciudad asedian y asolan la Rocca, el castillo, símbolo del poder imperial. Pero inmediatamente estalla la guerra civil en Asís, dividida entre partidarios del Papa, entonces príncipe temporal, y el Emperador de Alemania. Termina por establecerse la “Communa”. ¿Participó Francisco en estas luchas? De alguna manera tuvo que vivirlas. Eran los años 1199-1200;

estaba en plena forma juvenil y era considerado como “el rey de la juventud”.

En 1202, en noviembre, estalla la guerra entre Asís y Perugia. En esta guerra sí participó Francisco. La derrota de los asisienses en el puente de San Juan dio con Francisco y otros jóvenes en la cárcel. Algo más de un año debió estar en prisión. Puesto en libertad, una grave enfermedad le lleva al borde de la muerte, lo cual no impide que, ya repuesto, decida alistarse para otra guerra en el sur de Italia, siguiendo la llamada del Papa. Es el año 1205.

Pero, en Espoleto, Dios le sale al encuentro y voces misteriosas le hacen comprender la insensatez de aquella su carrera en pos de la gloria. Vuelve a Asís, siendo considerado como cobarde desertor. La gracia comienza a trabajar a Francisco, aun cuando participa en algunas fiestas.

A finales de 1205, Francisco vaga melancólico por los alrededores de la ciudad. En la ermita ruinoso de San Damián oye la voz de Cristo que, desde un crucifijo bizantino, le dice: “¡Francisco, ve y repara mi casa, que amenaza ruina!”. Interpreta al pie de la letra la orden y comienza la obra de restaurar materialmente la ermita de San Damián. Un día carga el caballo con piezas de tela del comercio familiar y las vende en Foligno para, con su importe, sufragar las obras.

Este gesto hace que Francisco entre en conflicto con su padre, Pietro Bernardone. Este lleva el asunto al obispo Guido. Ante el tribunal, Francisco se despoja de sus ropas, se las devuelve a su padre y, desnudo, comienza un itinerario largo de búsqueda vocacional. Venía de la riqueza y de la violencia; se lanzaba a la aventura de la absoluta pobreza y la entrega a todos.

De momento, huye a Gubio, pero, en el verano de 1206, regresa a Asís, adopta el hábito de los penitentes ermitaños y continúa la obra de reparar San Damián. Luego continuará reparando la iglesita de San Pedro y La Porciúncula. Simultanea estos trabajos con el servicio a los pobres, especialmente a los leprosos, aquellos marginados sociales condenados a vivir en grutas y chozos. Andando el tiempo, cuando Francisco dicta su testamento espiritual, lo inicia así: "El Señor me dio de esta manera, a mí, hermano Francisco, el comenzar a hacer penitencia; en efecto, como estaba en pecados, me parecía muy amargo ver leprosos. Y el Señor me condujo en medio de ellos, y practiqué con ellos la misericordia. Y, al separarme de los mismos, aquello que me parecía amargo se me tornó en dulzura de alma y cuerpo; y después de esto permanecí un poco tiempo y salí del siglo" (Test. ns. 1-3).

Es la primera etapa de la conversión de Francisco, la que Franco Zefirelli plasma en cuadros de gran contraste, quizá exagerado, en el filme "Hermano Sol, Hermana Luna". Ya aparecen aquí las dos grandes coordenadas de la vida de Francisco: pobreza y caridad. Pobreza, que le hace libre para el amor a Dios y el servicio al prójimo.

Pobreza y caridad en la etapa de fundador (1208-1212)

Los cuatro años que van desde el descubrimiento de su vocación específica, 24 de febrero de 1208, hasta la investidura del hábito a Santa Clara, noche del 18 al 19 de marzo de 1212, resultan especialmente ricos y significativos en la vida de Francisco. Merece la pena transcribir uno de los textos que narran el primero de estos acontecimientos. Cuenta Tomás de Celano:

“Cierta día, se leía en esta iglesia (La Porciúncula) el evangelio que narra cómo el Señor había enviado a sus discípulos a predicar; presente allí el siervo de Dios, no comprendió perfectamente las palabras evangélicas; terminada la misa, pidió humildemente al sacerdote que le explicase el evangelio. Como el sacerdote le fuese explicando todo ordenadamente, al oír Francisco que los discípulos de Cristo no debían poseer ni oro, ni plata, ni dinero; ni llevar para el camino alforja, ni bolsa, ni pan, ni bastón; ni tener calzado, ni dos túnicas, sino predicar el reino de Dios y la penitencia, al instante, saltando de gozo, lleno del Espíritu del Señor, exclamó: ‘Esto es lo que yo quiero, esto es lo que yo busco, esto es lo que en lo más íntimo de mi corazón anhelo poner en práctica’ ” (1ª Celano 22).

Fue como un súbito deslumbramiento ante el Evangelio de la misión de los Apóstoles (Mt 10, 7-14), que entonces se leía en la fiesta de San Matías. Era el 24 de febrero de 1208. Será preciso recordar esta fecha, porque marca un hito en la historia de la Iglesia. Francisco descubre el Evangelio como forma de vida, en absoluta pobreza, a la manera itinerante de los Apóstoles, para predicar la paz y el bien del Reino de Dios. Se inicia, humildemente, un movimiento de vuelta a las fuentes de toda vida humana y cristiana según el espíritu de las Bienaventuranzas.

El hecho estelar del descubrimiento de su vocación específica lo sintetiza Francisco en las cuatro palabras antes citadas: “Y salí del siglo” (Test. n. 3).

Con él “salieron” algunos más, que ya por entonces le acompañaban. El 16 de abril de 1208, se le juntan definitivamente Bernardo de Quintavalle, noble caballero, y Pedro Cataneo, graduado por Bolonia y canónigo laico de la catedral

de San Rufino (Asís); luego, el 23 de abril, les seguiría Gil, pobre en bienes y rico en fe, y Silvestre, clérigo piadoso aunque avaricioso...

A estas primeras vocaciones se refiere el Dante cuando canta: “Entiende que Francisco y la Pobreza son estos amantes a los que me refiero en mi largo discurso. Su concordia y sus felices semblantes, su maravilloso amor y la dulzura de sus miradas, fueron causa de santos pensamientos, hasta el punto de que el venerable Bernardo se descalzó el primero y corrió en pos de tanta paz, y corriendo le parecía que tardaba. ¡Oh, ignota riqueza! ¡Oh, fecundo bien! Descálzase Gil, descálzase Silvestre, siguiendo al esposo por lo que a la esposa querían. Desde allí se va aquel padre y maestro con su esposa y con aquella familia, que ya estaba atada por el humilde cordón. Ni bajó la frente sintiéndose envilecido en el corazón por ser hijo de Pedro Bernardone, ni por parecer asombrosamente despreciable, sino que su dura regla presentó a Inocencio y de él recibió la primera aprobación de la orden” (Dante. “Divina Comedia”. El Paraíso, canto XI).

Acontecía esto en la primavera de 1209, cuando Francisco y los primeros compañeros se presentaban ante el Papa Inocencio III con la pretensión de que les aprobara una regla con forma de vida. Substancialmente eran unos cuantos consejos evangélicos que tenían por núcleo el discurso de la misión de los Apóstoles. Reticente ante esta radicalidad evangélica y aconsejado por sus cardenales, el Papa trató de hacerle desistir, quizá prevenido por experiencias de movimientos de penitentes y pobres que resultaron contestatarios contra la Jerarquía.

Aquella noche, “refirió (Inocencio III) haber visto en sueños cómo estaba a punto de derrumbarse la basílica lateranense y que un hombre pobrecito, de pequeña estatura y de

aspecto despreciable, la sostenía arrimando sus hombros a fin de que no viniese a tierra. Y exclamó: 'Este es, en verdad, el hombre que con sus obras y su doctrina sostendrá a la Iglesia de Cristo' " (San Buenaventura. Leyenda Mayor 3, 10).

Inocencio III aprobó, aunque sólo oralmente, la "regla" de Francisco. Nació oficialmente la Primera Orden Franciscana, para vivir la pobreza evangélica. Esta es vivida en Rivotorto y en La Porciúncula. Los seguidores de Francisco se multiplican durante los años 1209 a 1212.

En la noche del domingo de ramos de 1212, Clara huye de casa de sus padres, los Offreducci, y es investida del hábito de penitencia en La Porciúncula. Se inicia la Segunda Orden Franciscana y nace con el nombre de "Damas Pobres de San Damián". Siguen a Clara Favarone, sus hermanas Inés y Beatriz, luego su madre Ortolana.

Entre La Porciúncula y San Damián, entre los "Hermanos de Penitencia" y las "Damas Pobres", se entabla una piadosa emulación por conseguir la "altísima pobreza", como condición esencial para alcanzar la más estricta vida evangélica.

Tres "reglas" para la pobreza y la caridad

Francisco redactó tres "reglas" para orientar hacia la vida evangélica aquella familia naciente, con dos coordenadas constantes: la pobreza y la caridad.

La primera regla, ya lo hemos dicho, era apenas una recopilación de los consejos evangélicos que al santo más le habían

impactado. Tenía por núcleo los pasajes evangélicos referentes a la “misión de los Apóstoles”. Los “penitentes de Asís” se definirían “peregrinos y forasteros en todas partes”, pobres y libres para ser mensajeros de la paz y del bien. La regla inicial fue aprobada oralmente por Inocencio III y sirvió de base para la aprobación oficial de la Orden cuando, en 1215, el IV Concilio de Letrán regulaba todo lo referente a las órdenes religiosas y particularmente a los movimientos penitenciales que brotaban por doquier en la Iglesia con un marcado signo de contestación a la Jerarquía.

La segunda regla.—se la suele denominar “primera”, porque de ésta sí se conserva el texto— es presentada por Francisco al Capítulo General de la Orden, el 30 de mayo de 1221. La Orden ha crecido extraordinariamente y se hace preciso estructurarla. No es posible mantenerse en aquel nomadismo itinerante de los comienzos en Rivotorto y La Porciúncula. Ahora la familia es una auténtica Orden, con presencia institucionalizada en los países de cristiandad, con superiores generales, provinciales y locales; con conventos aptos para la vida regular y los estudios... ¿Cómo mantenerse fieles al espíritu de la pobreza inspiradora, en medio de las adaptaciones que se hacen imprescindibles? Es ésta la gran cuestión que origina tensiones dentro de la Orden, aun en vida de Francisco, y que a lo largo de los siglos motivará “reformas”, nunca nacidas por ansias de mitigación, sino de minorías que deseaban volver a la primera pobreza inspiradora de la vida franciscana.

Pero volvamos a esta regla de 1221. Fue redactada por San Francisco, con la ayuda técnica de Cesáreo de Spira, aunque sólo para fundamentar con textos bíblicos las exhortaciones evangélicas. Consta de 23 capítulos. Introduce algunas disposiciones legales para estructurar la Orden naciente: noviciado, oficio divino, ordenación de las misiones, reglamentación de

los capítulos y elección de los superiores, etc. Fundamentalmente, más que un texto legal, es una amplificación de la experiencia religiosa vivida por el santo y de aquella primera "regla" constituida por unos cuantos consejos evangélicos que giraban en torno a la pobreza y a la caridad, vividas en fraternidad itinerante, a la manera de los Apóstoles.

Esta regla no llegó a ser aprobada por el Papa; por eso, se la denomina "regla no bulada". Razón de que no llegara la aprobación: "El descontento con que la recibió el sector de los prudentes, en especial los ministros. Ellos preferían un código de vida más preciso y disciplinado, y no podían ver con agrado aquella insistencia en armar a los hermanos frente a los ministros para la defensa del puro ideal, tal como aparecía en los capítulos quinto y sexto" ("Historia Franciscana", por Lázaro Iriarte, pág. 65). Estaba ya al frente de la Orden como Ministro General, fray Elías, un gran organizador.

Fue preciso que San Francisco redactara otra regla, en Fonte Colombo. Tampoco ésta pareció del agrado de fray Elías y demás ministros, pero la mediación del cardenal Hugolino, armonizador de las convicciones del santo con las pretensiones de los ministros, hizo que el texto, corregido, abreviado y estructurado pasara el examen y fuera aprobado por el Papa Honorio III, el 29 de noviembre de 1223, mediante la bula "Solet annuere". Esta regla, "bulada" y definitiva, llena de unción, aunque con más energía, reafirma la vocación evangélica de la Orden. Comprende doce capítulos. El sexto, central en todos los sentidos, es el de la pobreza.

Concluido el ciclo evolutivo de la ley fundamental, comenzaba el largo camino de las "interpretaciones", que sirvieron para una mayor purificación interior del alma de San Francisco en la recta final y plenamente mística de su vida. Apartado del

gobierno e imposibilitado para acudir al Capítulo General de 1224, envió al mismo su "Testamento", que es un memorial de su itinerario espiritual, del ideal de vida evangélica, especialmente de la pobreza. El "Testamento" es salvaguarda de la regla y es también la más auténtica interpretación de su espíritu.

Los gestos proféticos del "Poverello"

El combate caballeresco de San Francisco por su Dama Pobreza, más que en su obra de fundador y legislador, resulta admirable en multitud de gestos proféticos. Nos haríamos interminables recogiendo estas "florecillas", pero será útil seleccionar algunas. Ellas hablan más y mejor que muchas palabras.

Cuenta Tomás de Celano que un día, en la primera etapa de su conversión, Francisco hablaba con entusiasmo de llevar a cabo nobles y grandes gestas en su propia patria, sin necesidad de marchar a la guerra de Pulla. "Quienes le oían pensaban que trataba de tomar esposa y por eso le preguntaban: '¿Pretendes casarte, Francisco?'. A lo que él respondía: 'Me desposaré con una mujer, la más noble y bella que jamás hayáis visto y que superará a todas por su estampa y que entre todas descollará por su sabiduría'. En efecto, la inmaculada esposa de Dios es la verdadera Religión que abrazó, y el tesoro escondido es el reino de los cielos, que tan esforzadamente él buscó; porque era preciso que la vocación evangélica se cumpliera plenamente en quien iba a ser ministro del Evangelio en la fe y en la verdad" (1^a Celano 7).

También de aquellos primeros días de su conversión es esta anécdota: "Una vez, en Roma —cuenta Celano—, adonde había llegado como peregrino, se quitó por amor a la pobreza

el rico traje que llevaba puesto y, cubierto con el de un pobre, se sentó gozoso entre los pobres en el atrio de la iglesia de San Pedro (que era el lugar de afluencia de pobres) y, teniéndose por uno de ellos, con ellos comió de buena gana. Y mucho más a menudo hubiera hecho esto de no haberlo impedido la vergüenza de ser visto de los conocidos. Al acercarse al altar del príncipe de los apóstoles, sorprendido de las escasas aportaciones que dejaban allí los concurrentes, arroja dinero a manos llenas, indicando que merecía especial honor de todos el que había sido honrado por Dios sobre los demás” (2^a Celano 8).

El gesto profético más conocido lo realiza cuando entra en conflicto con su padre Pietro Bernardone y éste le lleva ante el tribunal del obispo Guido, para reclamarle los pocos bienes que aún mantenía Francisco. Ante el concurso, dijo: “Desde ahora diré con libertad: ‘Padre nuestro, que estás en los cielos, y no padre Pedro Bernardone, a quien no sólo devuelvo este dinero, sino que dejo también todos los vestidos. Y me iré desnudo al Señor’” (2^a Celano 12).

Menos conocido es el gesto profético del abrazo al leproso. “Cierta día —cuenta San Buenaventura—, mientras cabalgaba por la llanura que se extiende junto a la ciudad de Asís, inopinadamente se encontró con un leproso, cuya vista le provocó un intenso estremecimiento de horror. Pero, trayendo a la memoria el propósito de perfección que había hecho y recordando que para ser caballero de Cristo debía, ante todo, vencerse a sí mismo, se apeó del caballo y corrió a besar al leproso. Extendió éste la mano como quien espera recibir algo y recibió de Francisco no sólo una limosna de dinero, sino también un beso” (LM 1, 5). Al final de su vida, en su “Testamento”, Francisco recordará este encuentro con el leproso como un momento decisivo en su vida.

Son innumerables los gestos proféticos del “Poverello” para con los pobres. Nacían de esta actitud básica: “Poseía ciertamente una clemencia ingénita, duplicada por una piedad infusa. Por eso, el alma de Francisco desfallecía a la vista de los pobres; y a los que no podía echar una mano, les mostraba el afecto. Toda indigencia, toda penuria que veía, lo arrebatava hacia Cristo, centrándolo plenamente en él. En todos los pobres veía al Hijo de la señora pobre llevándolo desnudo en el corazón a quien ella llevaba desnudo en sus brazos. Y, aun cuando se había desprendido de toda envidia, no pudo desprenderse de una, la única: la envidia de la pobreza; si veía a alguien más pobre que él, de seguida lo envidiaba; y, en combate de emulación con la pobreza, temía quedar vencido en la lucha” (2ª Celano 83).

Altamente significativo es su gesto profético de dar de limosna los primeros Evangelios que tuvo la Orden. “Viene un día al santo la madre de dos hermanos (religiosos) y le pide limosna confiadamente. Compadecido de ella, el padre santo dijo a su vicario el hermano Pedro Cattani: ‘¿Podemos dar alguna limosna a nuestra madre?’. Es de saber que llamaba su madre y madre de todos los hermanos a la madre de cualquier hermano (religioso). Le respondió el hermano Pedro: ‘No queda en casa nada que se le pueda dar’. Pero añadió: ‘Tenemos un ejemplar del Nuevo Testamento, por el que leemos las lecciones en maitines los que carecemos de breviario’. Le replicó el bienaventurado Francisco: ‘Da a nuestra madre el Nuevo Testamento, para que lo venda y remedie su necesidad, ya que en el mismo se nos amonesta que socorramos a los pobres. Creo por cierto que agraderá más a Dios el don que la lectura’. Se le da, pues, este libro a la mujer; y así, el primer ejemplar del Testamento que hubo en la Orden fue a desaparecer en manos de esta santa piedad” (2ª Celano 91).

El combate de Francisco por la pobreza culminó con los gestos para celebrar la muerte como una Pascua. Este “anawim”, pobre bíblico, celebró así su tránsito: “Acabado, pues, con aquella enfermedad tan grave que puso fin a todos sus dolores, hizo que lo pusieran desnudo sobre la desnuda tierra, para que en aquellas horas últimas, en que el enemigo podía todavía desfogar sus iras, pudiese luchar desnudo con el desnudo... El santo se goza y exterioriza el júbilo del corazón, porque ve que ha guardado fidelidad hasta el fin a la dama Pobreza” (2^a Celano 214-215).

Los gestos proféticos del “Seráfico”

Extraordinariamente dotado por la naturaleza para el amor, Francisco, una vez convertido, desarrolla esta capacidad hasta el punto de que pasa a la historia como el “Seráfico”. Los serafines, jerarquía angélica a la que se atribuye el amor como cualidad distintiva, jugaron un papel importante en su vida, particularmente en el momento culminante de su vida mística en el Alvernia. Nada, pues, tiene de particular que a Francisco se le reconozca como el “Serafín de Asís”.

Si tratáramos de espigar los textos en que Francisco reconoce y canta el amor de Dios manifestado por Cristo e incluso por todas las criaturas, que son también revelación del amor creador y providente, nos haríamos inacabables. Lo mismo nos acontecería si quisiéramos seleccionar en los textos legislativos y exhortativos del santo las frases que impulsan a sus seguidores a vivir la gran fórmula franciscana: “Por amor del amor”.

Por eso, vamos a seleccionar unos cuantos gestos proféticos del “Serafín de Asís”.

Es tradición atribuir a San Francisco la frase: “¡El Amor no es amado!”. Se dice que el santo, alguna vez, salió del bosque, donde había estado en oración, con lágrimas abundantes mientras gemía: “¡El Amor no es amado!”. Literalmente este pasaje no se halla en ninguno de los biógrafos del santo, pero Celano nos cuenta que no podía oír la expresión “amor de Dios” sin conmoverse hondamente: “Entre otras expresiones usuales en la conversación, no podía oír la del ‘amor de Dios’, sin conmoverse hondamente. En efecto, al oír mencionar el amor de Dios, de súbito se excitaba, se impresionaba, se inflamaba, como si la voz que sonaba fuera tocara como un plectro la cuerda íntima del corazón. Solía decir que ofrecer ese censo a cambio de la limosna era una noble prodigalidad y que cuantos lo tenían en menor estima que el dinero eran muy necios. Y cierto es que él mismo observó inviolable hasta la muerte el propósito que —entretenido todavía en las cosas del mundo— había hecho de no rechazar a ningún pobre que pidiera por amor de Dios” (2^a Celano 196).

Al superior del eremitorio de Borgo San Sepolcro, cerca de Monte Casale, porque había reprendido ásperamente a tres bandoleros del bosque, cuando forzados por el hambre acudieron a pedir limosna, Francisco, siempre evangélico, le ordenó: “Ya que has obrado contra la caridad y contra el santo Evangelio, te mando, por santa obediencia, que, sin tardar, tomes esta alforja de pan que yo he mendigado y esta orza de vino y vayas buscándolos por montes y valles hasta dar con ellos; y les ofrecerás de mi parte todo este pan y este vino. Después te pondrás de rodillas ante ellos y confesarás humildemente tu culpa y tu dureza. Finalmente, les rogarás de mi parte que no hagan ningún daño en adelante, que teman a Dios

y no ofendan al prójimo; y les dirás que, si lo hacen así, yo me comprometo a proveerles de lo que necesiten y a darles siempre de comer y beber” (Floreциllas, cap. 26).

Esta metodología de la caridad la expresaba San Francisco en carta a un superior: “En esto quiero conocer que amas al Señor y me amas a mí, siervo suyo y tuyo, si procedes así: que no haya en el mundo hermano que, por mucho que hubiere pecado, se aleje jamás de ti después de haber contemplado tus ojos sin haber obtenido tu misericordia, si es que la busca. Y, si no busca misericordia, pregúntale que si la quiere. Y, si mil veces volviere a pecar ante tus propios ojos, ámale más que a mí, para atraerlo al Señor; y compadécete siempre de los tales” (Carta a un ministro).

De gesto profético de caridad podemos calificar el célebre “Cántico de las Criaturas”. Con este cántico llega a su culminación la caridad cósmica y fraternal de aquel Hermano de los hombres y las cosas. Llagado y consumido por las enfermedades, Francisco compone este “tedéum” y “magnificat” como un cántico de evangelización, pues lo empleaban los frailes para predicar la paz y el bien. Recordemos especialmente la estrofa que dice: “Loado seas, mi Señor, por aquellos que perdonan por tu amor”. La compuso Francisco para reconciliar al obispo y al podestá de Asís, escandalosamente enfrentados. “Es una vergüenza para nosotros, servidores de Dios, que no haya nadie para restablecer la paz entre el podestá y el obispo mientras ellos se odian”... “Luego, llama a uno de sus compañeros y le dice: ‘Vete a estar con el podestá y dile de mi parte que vaya al obispado con los notables de la ciudad y cuantos pueda reunir’. Cuando éste hubo partido, dice a otros: ‘Id y, en presencia del obispo, del podestá y de toda la asamblea, cantad el Cántico del hermano Sol. Confío que el Señor

pondrá en su corazón humildad y paz, y que vuelvan a su antigua amistad y afecto” (Leyenda Perusina 44).

Estos gestos proféticos definen a Francisco como profeta del amor y la paz.

Fuente de la caridad y la pobreza franciscanas

Es fácil perderse en lo anecdótico de San Francisco y no percibir la total coherencia entre su “ser” y su “actuar”. Son tantas las “floreillas”, que uno se olvida de la “tierra” de donde brotan y la “fuente” que las vivifica. Hay que desconfiar siempre de la aparente simplicidad de San Francisco. Este “idiota y sin letras” —así se titulaba él, con un sentido etimológico— es siempre de una profundidad inagotable, porque su aventura humana y espiritual es siempre fruto de una gran fe. Esta es la fuente del rico caudal de caridad y de pobreza franciscanas.

No se puede comprender la vida y obra de Francisco, si se olvida esta fuente original. Aparece ya clara en aquel momento estelar de su opción fundamental, cuando se ve forzado a renunciar a su padre temporal para ponerse en manos del Padre de los Cielos: “Hasta el presente te he llamado padre en la tierra (dice a Pietro Bernardone), pero de aquí en adelante puedo decir con absoluta confianza: ‘Padre nuestro, que estás en los cielos’, en quien he depositado todo mi tesoro y toda la seguridad de mi esperanza” (Leyenda Mayor 2, 4).

El gesto de despojarse de los vestidos y renunciar a los bienes y a la familia, es el comienzo de una absoluta fe y con-

fianza en Dios Padre. Prescinde de toda apoyatura material para confiarse en manos de la Divina Providencia. La radicalidad evangélica de su vida nace de esta fe absoluta en la paternidad de Dios. “Todos los hermanos estemos muy vigilantes, no sea que, so pretexto de alguna merced, o quehacer, o favor, perdamos o apartemos del Señor nuestra mente y corazón. Antes bien, en la santa caridad que es Dios, ruego a todos los hermanos, tanto a los ministros como a los otros, que, removido todo impedimento y pospuesta toda preocupación y solicitud como mejor puedan, sirvan, amen, honren y adoren al Señor Dios, y háganlo con limpio corazón y mente pura, que es lo que El busca por encima de todo; y hagamos siempre en nosotros habitación y morada a Aquel que es Señor Dios omnipotente...” (Primera Regla XXII, ns. 25-27).

Esta fe profunda es la fuente ontológica de la caridad y la pobreza franciscanas. Desde esta fuente inicial, las dos virtudes clave en San Francisco adquirirán pronto dimensiones universales. En el momento en que descubre que Dios es Padre como “bien, todo bien, sumo bien” (Alabanzas al Dios altísimo), Francisco está descubriendo la fraternidad cósmica y universal para con las criaturas y las personas.

“La piedad del santo —dice San Buenaventura— se llenaba de una mayor temeza cuando consideraba el primer y común origen de todos los seres, y llamaba a las criaturas todas —por más pequeñas que fueran— con los nombres de hermano y hermana, pues sabía que todas ellas tenían con él un mismo principio” (Leyenda Mayor 8, 6).

Este descubrimiento de la paternidad de Dios, sumo bien, de quien proceden las cosas y las personas como un don gratuito, es siempre la clave interpretativa de la espiritualidad de Francisco y explica ese binomio caridad-pobreza, que es la

fuelle perenne de donde brotan sus actitudes vitales. Pues las cosas y las personas proceden de un Padre común, todos son "hermanos" y deben ser amados; y también, pues todo es "don", el hombre no debe apropiarse de nada ni ha de temer perderlo. La raíz del pecado del hombre y del fracaso de las relaciones humanas es la dramática ilusión de creerse propietario de sus dones, de la tierra y de los bienes. Constituye un pecado de idolatría esta desviación de los bienes hacia su fin y es una perversión de la voluntad humana. El hombre que no reconoce la paternidad universal de Dios —en teoría o en la práctica—, está siempre expuesto a la tentación de convertirse en explotador de su hermano acaparando los bienes de la creación.

Francisco luchará toda su vida contra el inmoderado afán de propiedad que lleva consigo el temor a perder las cosas, impide la libertad y corrompe la fraternidad. Convencido de que todo es don del Padre, no tiene porqué temer la pérdida de los bienes sino que su gran preocupación será el compartir. Así, la pobreza y la caridad se funden en la fraternidad universal.

Cristo, razón de la fraternidad universal

Francisco no es un hombre de razonamientos abstractos y no hace teorías. Es un hombre de una gran fe contagiosa que fundamenta siempre en el ejemplo de Cristo. Poco tiempo antes de morir, el santo manifestaba así su última voluntad a Santa Clara: "Yo, hermano Francisco, pequeñuelo, quiero seguir la vida y la pobreza de nuestro altísimo Señor Jesucristo y de su

Santísima Madre, y perseverar en ella hasta el fin; y os ruego, mis señoras, y os aconsejo que viváis siempre en esta santísima pobreza. Y estad muy alerta para que de ninguna manera os apartéis jamás de ella por la enseñanza o consejo de quien sea” (Ultima voluntad a Santa Clara).

Este texto del final de su carrera resume su itinerario espiritual. Entra en el camino de la pobreza, desde el momento en que se decide a seguir a Cristo según el Evangelio. La pobreza es su peculiar manera de revivir el misterio de Cristo al hacerse hombre. Al obispo que se sentía contrariado porque, habiéndole invitado a su mesa, acudió llevando algunos mendrugos recibidos de limosna, el santo le responde: “El Señor se complace con la pobreza, sobre todo con la que se practica con la mendicidad voluntaria. Y yo tengo por dignidad real y nobleza muy alta seguir a aquel Señor que, siendo rico, se hizo pobre por nosotros” (2ª Celano 73).

A los religiosos que se avergonzaban de pedir limosna, les exhortaba así: “Amadísimos hermanos, el Hijo de Dios, que se hizo pobre por nosotros en este mundo, era de condición más noble que la nuestra. Por amor de El hemos elegido el camino de la pobreza. No tenemos que sentirnos avergonzados de ir por limosna” (2ª Celano 74).

Y esta misma es la motivación de su amor entrañable a los pobres: “El alma de Francisco desfallecía a la vista de los pobres; y a los que no podía echar una mano les demostraba su afecto. Toda indignancia, toda penuria que veía, lo arrebatava hacia Cristo, centrándolo plenamente en él. En todos los pobres veía al Hijo de la Señora Pobre llevando desnudo en el corazón a quien ella llevaba desnudo en sus brazos” (2ª Celano 83).

Esta es la forma intuitiva y directa de seguir a Cristo que tiene San Francisco. Los ejemplos evangélicos son los que le arrastran a vivir la pobreza voluntaria y a la fraternidad con los más necesitados. No es una teoría para conseguir la liberación interior y exterior, sino la encarnación de Cristo en el mundo de los pobres. El recuerdo de Cristo pobre, desposeído de todo poder y despojado hasta de sus vestidos cuando muere en la cruz, está presente siempre en su memoria, en su oración y en su acción apostólica. Francisco siente la imperiosa necesidad de identificarse con Cristo pobre y con los que son su viva imagen, sin hacer distinciones por la conducta de éstos.

A un fraile que se permitió opinar de un mendigo enfermo diciendo que “no hay tal vez en toda la provincia otro más rico que él en deseo”, Francisco le corrigió con vehemencia: “Hermano, cuando ves a un pobre, ves un espejo del Señor y de su Madre Pobre. Y mira igualmente en los enfermos las enfermedades que tomó él sobre sí por nosotros” (2ª Celano 85).

Cuando San Francisco ama la pobreza y a los pobres, lo hace por Cristo y su Evangelio. Cristo es la gran razón de su forma de pensar y de vivir. Antes que una ascésis liberadora, está la gran razón de aquél que supo tomar en serio el Evangelio y hacer del mismo su “forma de vida”.

Validez de la espiritualidad de San Francisco

A los ochocientos años del nacimiento de San Francisco, es normal interrogarse sobre la validez de su espiritualidad para nuestro tiempo. Para dar una respuesta adecuada a esta pre-

gunta, creo que deben evitarse algunos riesgos, porque siempre habrá quien piense que nada tiene que decir un santo medieval a aquellos que están empeñados en el combate contra la pobreza y por la liberación del hombre; como habrá quienes opinen que hemos de volver a San Francisco e imitar literalmente sus ejemplos de amor a la pobreza y a los pobres. Es la doble tentación de creer que todo tiempo pasado fue mejor, o todo tiempo pasado fue peor.

No parece factible una imitación literal de San Francisco, aunque haya grupos de personas que lo hayan intentado, tanto dentro de la institución franciscana como fuera de la misma. Tampoco parece aceptable la hipótesis contraria de rechazar como imposible su actualización. Quizá estos dos extremos se dan porque nos acercamos al "Seráfico Poverello" con la mentalidad de nuestros días, muy evolucionada sobre todo en las formas de vivir la justicia y la caridad con relación a la dignidad y los derechos del hombre en una civilización secularizada y de signo planetario.

Y, naturalmente, San Francisco no es ninguna panacea. A ochocientos años de distancia, en un clima socio-político-religioso tan distinto del medieval, él no puede ofrecernos fórmulas mágicas para erradicar la pobreza del mundo, crear la fraternidad universal, salvar la naturaleza, construir la paz, vivir la catolicidad...

Pero resulta sorprendente el "fenómeno Francisco". Cada día es más actual. Su figura despierta simpatías entre creyentes y descreídos, entre poetas y políticos... Entendida en su sentido más amplio, la "espiritualidad" de San Francisco es aceptada casi con unanimidad. "¿Por qué a ti, Francisco?", nos preguntamos como fray Maseo.

El testimonio de Kurt Walheim, ex-secretario de las Naciones Unidas

“El octavo centenario del nacimiento de San Francisco —ha escrito Kurt Walheim— debiera ser para todos nosotros una fuente de inspiración. San Francisco, por su ejemplo y su enseñanza, se ha convertido en un símbolo de la paz, de protección a la naturaleza y de amor a los pobres. Encontramos su mensaje recogido en algunos de los más altos ideales de la Carta de las Naciones Unidas. El predica la paz entre todos los pueblos y exige a sus seguidores no llevar armas... La Carta de las Naciones se firmó en un círculo que lleva el nombre del santo: San Francisco. Hay mucho que hacer antes de que se realice el proyecto de San Francisco de un mundo pacífico, justo y armonioso”.

Este es el breve y exacto mensaje de Kurt Walheim, cuando todavía era secretario general de las Naciones Unidas. No era la primera vez que en su sede de Nueva York se hacía memoria de San Francisco. Recordemos que el Papa Pablo VI eligió la fecha del 4 de octubre, festividad del “Poverello”, para hacer una apremiante llamada a los poderosos de la tierra para construir la paz y fundamentar el bien.

Juan Pablo II y Helder Cámara hablan de San Francisco

A los pocos meses de su pontificado, Juan Pablo II peregrina a la tumba de San Francisco, en Asís, y allí ora: “Ayúdanos, San Francisco... Tú, que llevaste en el corazón las vicisi-

tudes de tus contemporáneos, ayúdanos a abrazar las luchas de los hombres de nuestra época, los difíciles problemas sociales, económicos y políticos, los problemas de la cultura y de la civilización contemporáneas, todos los problemas del hombre de hoy, sus dudas, negaciones, abandonos, tensiones, complejos e inquietudes. Ayúdanos a traducir todo esto al lenguaje sencillo y fructífero del Evangelio. Ayúdanos a resolverlo todo en clave evangélica, a fin de que el mismo Cristo pueda ser 'Camino, Verdad y Vida para el hombre de nuestro tiempo' ”.

Cuantas veces vuelvo a considerar esta oración de Juan Pablo II a San Francisco, veo en ella la clave interpretativa de todo su abundante mensaje pontificio. No es sólo una oración. Es un programa. De hecho, el Papa ha vuelto varias veces a referirse a esta oración, la última en el radiomensaje a unos 10.000 franciscanos reunidos en San Pedro de Roma para la vigilia inaugural del Año Franciscano.

Mons. Helder Cámara, el obispo-profeta de Recife, pequeño en estatura, como San Francisco, pero, igual que él, grande en espíritu, ha dicho del “Poverello”: “Hay hombres que, viviendo profundamente la problemática de su tiempo y de su pueblo, son tan humanos que permanecen como inspiración para todos los tiempos y todos los pueblos. Francisco de Asís es uno de esos hombres raros que, a lo largo de los siglos, de las latitudes y longitudes, interpelan, cuestionan, desinstalan”.

“Los problemas sociales de nuestros tiempos son tan agudos —ha dicho Helder Cámara en otra ocasión— que, al entonar el ‘Cántico de las Criaturas’, hay también que recordarles a las dos terceras partes de la humanidad: ‘Hombre, hermano mío, tú eres una criatura, pero has sido pisoteada

hasta tal punto que debemos recordar, ahora más que nunca, esta verdad eterna... Tú no eres una subcriatura... Por expresa voluntad de Dios, tú participas de la naturaleza divina, encargado de dominar la naturaleza y completar la creación. Por expresa voluntad de Dios, tú eres co-creador' ”.

¿Por qué al “mínimo y dulce Francisco de Asís” —que cantara Rubén Darío— todos parecen tomarle como fuente de inspiración?

San Francisco, fuente de inspiración

Casi ochocientos años lleva el carisma franciscano inspirando la restauración de la Iglesia por una vuelta a la radicalidad del Evangelio. La historia del franciscanismo (véase Agostino Gemelli o Lázaro Iriarte) constituye una parte importante de la vida de la Iglesia, y nuevas congregaciones o institutos están proliferando inspirados en el mismo ideal como un fenómeno inigualable. La doctrina de la escuela franciscana, inspirada en la experiencia de Dios vivida por el “Poverello”, ha tenido una actualización en el Vaticano II, que ha sido “restauración de la Iglesia” por la “vuelta a las fuentes”, como en tiempos de San Francisco. La inspiración que el “Poverello” y “Seráfico” ha supuesto “en la historia, en la leyenda y en el arte” (véase V. Faccinetti) continúa en los modernos medios de comunicación, como son el cine y la televisión. Por supuesto, en la vida mística, San Francisco está siempre en primer plano.

Pero este artículo es limitado y vamos a fijarnos en algunas pistas de esa inspiración que el “Seráfico Poverello” puede

brindar al hombre de a pie en nuestro tiempo, sobre todo desde ese binomio caridad-pobreza, que parece constituir la clave de su existencia.

1. Retorno al Evangelio

San Francisco es un hombre que se deja llevar por el Evangelio, que lo toma siempre en serio como palabra dicha a él y los suyos para cada circunstancia. Podrá concederle Dios revelaciones extraordinarias, pero es sobre todo a través de las Escrituras como le llega la acción del Espíritu Santo. Todas sus acciones y palabras hay que interpretarlas siempre en “clave evangélica”, como diría Juan Pablo II. Desde la revelación de su vocación específica, el texto de la “misión de los Apóstoles”, núcleo de la Regla, hasta la celebración de su muerte como una Pascua, es un constante retorno al Evangelio. Y en esto el “Poverello” siempre será modélico y actual. Su recurso constante al Evangelio para dejarse interpelar e inspirar siempre será válido, pero más en nuestro mundo sometido a este signo de los tiempos que son los cambios profundos, rápidos y universales.

2. Retorno a Cristo

Siempre será esencial en la inspiración franciscana la seducción que Cristo ejerció sobre el “Seráfico Poverello”. Es una base sólida para la espiritualidad cristiana de cualquier tiempo. Pero a Francisco le tocó vivir esto en una situación de cambio y abrir caminos en medio de unas instituciones sociales y eclesiales que dificultaban el seguimiento de Cristo. En un estado de “cristiandad”, las relaciones sociales dejaban mucho que desear por las grandes diferencias y violencias. Ya no bastaba con

“imitar” a Cristo, sino descubrir el sentido de su Reinado en medio de un mundo nuevo que pugnaba por nacer y mostrarle mediante opciones significativas. San Francisco nos da esta lección válida para hoy: es esencial buscar a Cristo y su Reinado en la marcha de la historia, “lugar teológico” desde el cual el espíritu de Dios nos habla y nos interpela.

3. Retorno a Dios Padre

Cualquiera que haya tomado el mínimo contacto con los escritos de San Francisco y sus biógrafos, habrá podido darse cuenta de su experiencia de Dios y el sentido religioso profundo que impregna toda su vida y la concepción del mundo como primera revelación. Era, ciertamente, una época de “cristiandad”, aunque, con frecuencia, formalista y exterior. “En nombre de Dios” se emprendían las acciones más violentas. Francisco redescubre al Dios Amor, todo Bien, total Bien, de quien proceden todos los bienes. Esta es la experiencia de Dios vivida por el “Poverello”, que siempre será actual y cautivadora, incluso en nuestra época que ya no es “de cristiandad” sino profundamente secularizada y de una cultura materialista. Estamos en un mundo en revolución permanente, en donde los espacios para Dios parecen reducirse. Necesitamos una vuelta a San Francisco, no tanto para su imitación literalista cuanto para volver a inventar un “cántico de las criaturas” en un mundo científico y técnico, necesitado de una nueva religiosidad.

4. Retorno al hombre

G.K. Chesterton ha escrito una de las más pasionadas biografías de San Francisco, llena de paradojas geniales, como es

lo suyo. “He dicho que San Francisco, deliberadamente, no veía en el bosque una masa confusa de árboles. Es todavía más cierto que, deliberadamente, no vio a los hombres como una masa confusa... Vio solamente la imagen de Dios multiplicada, pero nunca monótona. Para él un hombre era simplemente un hombre y no desaparecía en la espesa multitud como no desaparecía en el desierto. Honraba a todos los hombres, esto es, no sólo los amaba, sino que, además, los respetaba. Lo que le dio su extraordinario poder personal fue precisamente esto: que desde el Papa al mendigo, desde el sultán de Siria en su pabellón hasta los ladrones harapientos saliendo arrastras del bosque, nunca existió un hombre que mirase a aquellos ojos pardos y ardientes sin tener la certidumbre de que Francisco Bernardone se interesaba realmente por él, por su propia vida interior, desde la cuna al sepulcro; que era estimado y considerado seriamente y no añadido a los restos de una especie de programa social o a los nombres de algún documento burocrático” (“San Francisco de Asís”, por G.K. Chesterton (1925), pp. 122-125).

Tras estas palabras del gran escritor inglés hay multitud de palabras y gestos de Francisco corroborándolo. Esta estima del hombre por el hombre es una de las fuentes inspiradoras que hacen del Hermano Universal, como se le ha llamado a Francisco, uno de los maestros más actuales del más equilibrado humanismo, tan necesario en una sociedad masificada y manipulada. Juan Pablo II ha clamado por este retorno al hombre por ser hombre y también como camino hacia Dios (encíclica “Redemptor hominis”).

5. Retorno a la naturaleza

“Entre los santos y preclaros varones que han mirado las cosas naturales como un admirable don de Dios al género hu-

mano, con justicia hemos de citar a San Francisco de Asís. El las sintió como obras del Creador e inflamado por el espíritu las cantó con el bellissimo "Cántico de las Criaturas", para dar por ellas la debida alabanza, gloria, honor y toda bendición al Dios altísimo, omnipotente y bueno, especialmente por el hermano sol, la luna y las estrellas del cielo... Nombramos a San Francisco de Asís celestial Patrono de los ecologistas" (Bula del 29-XI-1979).

San Francisco es nombrado Patrono de los ecologistas, porque su comportamiento con todas las criaturas animadas e inanimadas constituye una fuente de inspiración. Coincide con muchos hombres de buena voluntad: ecologistas, sociólogos, economistas, políticos, moralistas... en su preocupación por el futuro de la naturaleza, aunque las razones sean muy distintas. Para Francisco, toda criatura es espejo y vestigio de Dios, hermanas menores.

6. Retorno a la pobreza

A ochocientos años de distancia del nacimiento de San Francisco, resulta normal pensar que nada hay en común entre su mundo y el nuestro, el mundo feudal y el mundo democrático. Pero no podemos olvidar que en el comienzo de la conversión de Francisco juega un papel importante su repulsa al materialismo de su propio padre, Pietro Bernardone, traficante en telas, una de las primeras industrias favorecedoras de la acumulación de capital y de las luchas sociales, como aquellas de los burgueses enriquecidos de Asís contra los señores feudales de la Rocca. Un proceso social inevitable, pero que estaba ya evidenciando el poder lúbrico y tortuoso del dinero para disputar los corazones a Dios y ejercer el dominio del hombre

sobre el hombre. Francisco tendrá otras razones más profundas para desconfiar del dinero y de los bienes materiales —será pobre porque Cristo fue pobre—, pero el mensaje del “Poverello” recobra cada día nueva actualidad. Siempre será necesario luchar contra la pobreza degradante del hombre —y hoy son mayoría aplastante los pobres del mundo—, pero igualmente es preciso liberar al hombre del inmoderado afán de bienes, de consumo y de confort, que le enajenan.

Hay en el “Poverello”, fundador de una Orden de Mendicantes, una fuente constante de inspiración. Todo un florilegio podríamos hacer al respecto: “La limosna es la herencia y justicia que se debe a los pobres” (Primera Regla XI, n. 8). “Yo no quiero ser ladrón; se nos imputaría a hurto si no lo diéramos a otro más necesitado” (2^a Celano 87). “Si alguna vez le daban cosas necesarias para la vida, no solamente las entregaba generosamente a los pobres que le salían al paso, sino que incluso juzgaba que debían serles devueltas” (Leyenda Mayor 8, 7). “Señor —dijo al obispo de Asís—, si tuviéramos algunas posesiones, necesitaríamos armas para defendernos” (Tres Compañeros, n. 35).

Con las necesarias transposiciones del mundo de San Francisco al nuestro, su opción radical por la pobreza liberadora, voluntariamente asumida y como inspiradora de unas relaciones fraternas, es una constante fuente de inspiración. Es uno de los aspectos más atrayentes de la vida del “Seráfico Poverello”.

“Era el día de San Francisco de Asís, uno de los personajes de toda la historia de la humanidad que a mí más me apasionan... Me preguntaron con quién me gustaría cenar, imaginando que nombraría a un político de hoy o a una vertiginosa luminaria de ayer. Yo contesté que con San Francisco de Asís.

Aunque reconozco que acaso hubiéramos cenado como mucho un mendrugo de pan... A mí me entusiasma su confesión de que para vivir necesitaba muy poquitas cosas y, las pocas que necesitaba, las necesitaba muy poco” (Antonio Gala, en “El País”).

7. Retorno al trabajo

Francisco y sus compañeros “mendicantes” voluntarios lo pasaron mal en los comienzos de la Orden (Tres Compañeros, n. 35). Incluso cuando ya ésta funcionaba como una gran institución, la “mendicidad” originó polémicas en la Sorbona de París, y San Buenaventura tuvo que salir al paso. La “mendicidad” vivida por el “Poverello” y sus frailes es, no obstante, un recurso “a la mesa del Señor”, cuando el trabajo no resulta suficiente para la supervivencia. Quizá sea éste uno de los aspectos más desconocidos de San Francisco.

Antes de legislar sobre la pobreza y la mendicación, San Francisco dice en su Regla: “Aquellos hermanos a quienes ha dado el Señor la gracia del trabajo, trabajen fiel y devotamente, de forma tal que, evitando el ocio, que es enemigo del alma, no apaguen el espíritu de la santa oración y devoción, a cuyo servicio deben estar las demás cosas temporales. Y como remuneración del trabajo acepten, para sí y para sus hermanos, las cosas necesarias para la vida temporal, pero no dinero o pecunia” (Segunda Regla V).

Es la forma normal que instituye San Francisco para vivir en solidaridad con los hombres: la “gracia de trabajar”. Los primeros franciscanos continuaban en sus trabajos habituales, incluso después de ingresar en la fraternidad. Quizá después, por

la creciente clericalización de la Orden y los ministerios consiguientes, trajo como consecuencia esta disminución de la presencia de los franciscanos entre los “menores” trabajadores. Pero siempre ha sido una de las fuentes de inspiración del “Poverello” la llamada al trabajo, incluso el manual, para vivir la pobreza y la minoridad. El, que hablaba de la “gracia de trabajar”, supo anticiparse a la más genuina valoración del trabajo, tal como, por ejemplo, se expone en la encíclica “Laborem exercens” de Juan Pablo II.

San Francisco viene a enseñarnos hoy, a los ochocientos años de su nacimiento, que los caminos del Evangelio se abren en la historia de los hombres, sobre todo por el compromiso de compartir el trabajo y los bienes con los más pobres para transformar el mundo. Todo esto: retorno al Evangelio encarnado en el mundo, retorno a Cristo clave de la historia, necesidad de una nueva espiritualidad para una sociedad técnica y secularizada, vuelta al personalismo en una civilización masificada, respeto a la naturaleza y al equilibrio ecológico como patrimonio común, superación de los egoísmos dentro de un nuevo orden internacional, derecho a trabajar como uno de los bienes fundamentales y la forma normal de vivir la solidaridad... todo esto supo vivirlo el “Seráfico Poverello” en su mundo del siglo XIII. Naturalmente no con soluciones ya hechas para nuestras necesidades, pero sí desde las intuiciones y opciones fundamentales.

Por esto el “Seráfico Poverello” despierta hoy unanimidad de simpatías, la vía franciscana conserva su actualidad y el franciscanismo tiene una palabra que decir al mundo.

BIBLIOGRAFIA ELEMENTAL SOBRE FRANCISCANISMO

- “San Francisco de Asís. Escritos-biografías-documentos de la época”. B.A.C., Madrid 1978.
- “Historia Franciscana”, del P. Lázaro Iriarte. Editorial Asís. Valencia 1979.
- “Escritos de San Francisco y Santa Clara de Asís”. Traducción Lázaro Iriarte, 1981.
- “El Santo Incomparable”, por J. Lortz.
- “San Francisco de Asís”, por G.K. Chesterton.
- “Sabiduría de un pobre”, por Eloy Leclerc.
- “La Pascua de San Francisco”, por Ignace Etienne Motte y Gérald Hégo.
- “San Francisco de Asís”, por Luis de Sarasola.
- “Yo, Francisco”, por Carlo Carreto.
- “Hermano de Asís”, por Ignacio Larrañaga.
- “Muéstrame tu rostro”, por Ignacio Larrañaga.
- “El Hermano Francisco”, por Daniel Elcid.
- “Vuelve a Asís”, por M.A. Santaner.
- “Vocación franciscana”, por Lázaro Iriarte.
- “El franciscanismo y su fuerza de atracción en el mundo de hoy”, por Constantino Koser.
- “Carta mensaje” de los Ministros de la Orden Franciscana, en el VIII Centenario.

VICENTE DE PAUL O EL VALOR DE UNA EXPERIENCIA

Por Felipe Duque

Quiero agradecer a los organizadores de las Jornadas Vicencianas su gentileza al invitarme a participar en esta conmemoración del IV Centenario del nacimiento de San Vicente de Paúl. Como delegado episcopal de Cáritas Española, era un deber mi presencia en este auténtico acontecimiento eclesial. En la historia del servicio de la caridad, Vicente de Paúl es un precursor de lo que hoy llamamos Cáritas, a nivel parroquial, diocesano y nacional. Justo es que Cáritas Española rinda homenaje a una figura genial de la espiritualidad y de la caridad cristianas.

Por otra parte, si nobleza obliga y mi presencia en este encuentro vicenciano está justificada desde Cáritas Española, no es menos cierto que se me brinda la oportunidad de saldar una

* Conferencia pronunciada en Salamanca, con motivo del IV Centenario del nacimiento de San Vicente de Paúl.

deuda con vuestro fundador. En efecto: mi itinerario pastoral está marcado por la huella de Monsieur Vicent. Buena parte de mi vida pastoral se ha desarrollado en el servicio parroquial. En él, las Hermanas de la Caridad y los Caballeros de las Conferencias de San Vicente de Paúl fueron mis mejores colaboradores “en la difusión del evangelio”.

Desde aquí rindo tributo de admiración y agradecimiento a aquellas hermanas —algunas ya pasaron a la casa del Padre— y a las Conferencias de San Vicente de Paúl.

I

No es mi propósito ofreceros una conferencia docta sobre la vida y las obras de San Vicente de Paúl. Especialistas vicencianos os dirigen la palabra con reconocida competencia. Por ello me permito dar un giro al título que me habéis sugerido para esta intervención. No pretendo valorar críticamente, desde fuera, la obra vicenciana. Intento aproximarme a ella, desde mi propia experiencia personal.

Hay un rasgo en la vida y en la obra de Vicente de Paúl que, en buena parte, ha servido de hilo conductor en mi experiencia parroquial. En la parroquia —lugar privilegiado de la acción pastoral— descubrió a los pobres; y en y desde su experiencia con y de los pobres descubrió el motor y la energía de una comunidad viva y renovada. El pobre —verdadero lugar teológico— será la fuerza de su acción pastoral y del movimiento de reforma que protagoniza en la historia de la Iglesia.

Esta línea de fuerza iluminó mis primeros pasos en la tarea de la evangelización. Al filo de la experiencia iremos viendo, vital y progresivamente, el valor teológico-pastoral, en nuestro tiempo, de la intuición vicenciana. Vienen a la memoria las recientes afirmaciones del Papa: “San Vicente es un santo moderno. Ciertamente, si hoy regresase, su campo de actividad no sería el mismo. Se ha logrado curar muchas enfermedades que él había aprendido a cuidar. Pero encontraría seguramente *el camino de los pobres, de los nuevos pobres*, en las concentraciones urbanas de nuestro tiempo, como antaño en las campiñas” (Mensaje al Superior General de la Congregación de la Misión, en el IV Centenario de San Vicente de Paúl, 23-VII-81).

II

Hay tres momentos claves de este iter vicenciano en mi experiencia.

Antes de pasar a exponerlos, hago unas preguntas previas. Las mismas que me hice en el momento del encuentro con la espiritualidad vicenciana.

— ¿Puede tener vigencia para nuestro tiempo una intuición pastoral nacida hace cuatro siglos?

— La caridad vivida por Vicente de Paúl, cuya herencia es patrimonio de sus obras, ¿lleva consigo, “como una de sus consecuencias esenciales, la participación en el combate por la justicia, en un mundo egoísta y pecador”?¹.

— ¿Será verdad la imagen de la caridad caricaturizada entre el pueblo con la expresión de “a ver si te crees que soy una hermanita de la caridad”?

La respuesta no necesita muchos razonamientos. Hay un hecho histórico, real, que vale más que cualquier fundamentación teórica. Me refiero a esa espléndida teoría de mujeres de nuestro tiempo (más de 40.000) que, siguiendo la huella de Vicente de Paúl, entregan su vida al servicio de los pobres. No es posible que un colectivo humano, extendido por todo el mundo y consagrado al servicio de los pobres y marginados, juegue su vida y su destino por algo que no responde a las preocupaciones y problemas del tiempo en que viven. Más bien es signo de que “el Profeta”, en torno al cual han arriesgado sus vidas, sigue presente en el corazón del mundo y de la historia de hoy.

Por otra parte, el esfuerzo renovador de las obras vicencianas, en nuestra época, para adaptarse a las nuevas exigencias del hombre y de la sociedad —como en todas las instituciones eclesiales—, ha sido, sin duda, una constante. Las Jornadas Vicencianas que estamos celebrando en su décima edición, son buena prueba de ello.

Si en otro tiempo la imagen de la caridad vicenciana ante el público pudo dar pie para identificarla con una “mera beneficencia”, sin abordar las causas de la pobreza y afrontar el combate de la justicia como exigencia de la caridad, hoy, en su conjunto, no es posible sostener seriamente esta identificación ².

Cuando la superficialidad de la gente reduce la fuerza y eficacia del amor vicenciano al “parche momentáneo y circuns-

tancial” de “una limosna” (por lo demás también necesaria ante tanta gente que carece de lo más elemental), es que no se conoce el caudal de entrega personal y acogida humana que lleva consigo el ejercicio de la caridad cristiana en todas las obras vicencianas y la denuncia social que comportan. Como escribe justamente uno de vuestros especialistas: “Con esta visión de los pobres, la justicia, la solidaridad, serán más exigentes y transformadas por la ‘alquimia’ de la caridad. Entonces el hombre desarrollará un movimiento de ‘compasión’, una prolongación de salvación, vivirá más conscientemente con Dios y con Cristo el riesgo del drama que se realiza a través de la evolución de este mundo, querido por Dios y rescatado por Cristo”³.

III

Primera experiencia. A la búsqueda de un camino pastoral

Un joven sacerdote ha terminado sus estudios. Viene al campo concreto de la pastoral equipado con su “formación” teológica. Experiencia pastoral, ninguna. De pronto, se encuentra con una parroquia urbana y rural a la vez. Rodeada de un cinturón de chabolas. El entorno socio-económico es difícil. “Lo religioso” en esa época tiene vigencia social. La Iglesia, el clero, forman parte del estamento “considerado influyente”. Estamos en la década de los 50.

El nuevo sacerdote ha sido nombrado, por su obispo, coadjutor de un anciano y venerable párroco. Prácticamente ha de actuar de párroco.

Las ilusiones son grandes, desbordantes. Pero... ¿por dónde empezar? Los libros que ha estudiado no le dan la respuesta.

Encuentro con FEDERICO OZANAN

Los contactos personales con los feligreses abrieron la brecha. Trabé amistad con un “Caballero de las Conferencias de San Vicente de Paúl”. Era, junto con otros hombres de buena voluntad, el “resto” de una época floreciente de este movimiento apostólico laical. “¿Por qué no revitaliza las Conferencias y pondrá en marcha la parroquia?”, me dijo en uno de mis encuentros con él.

Confieso que de momento no hice mucho caso. Pesaba sobre mí “el prejuicio”. Una pastoral para el mundo moderno necesitaba otra cosa.

De mis maestros y formadores aprendí una regla de oro para “edificar la Iglesia”. Precisamente ese fue el lema escogido para el día de mi ordenación sacerdotal y primera misa. En latín, claro. “In edificationem Corporis Christi”. Pues bien, la regla a que aludo fue ésta: “No rechaces nada de plano. En toda experiencia eclesial hay escondidas ‘piedras vivas’ para construir la Iglesia”. Nova et vetera: vino nuevo en odres viejos.

Mi amigo me invitó a leer la vida de Federico Ozanán. Y le acompañé algunos días a su encuentro con los pobres. Las ideas se aclararon: la garra de Ozanán y su mensaje se presentaban con toda la fuerza de un laicado activo y responsable en la Iglesia y en el mundo. Junto a otros movimientos —la Acción Católica todavía era pujante—, podría ser la palanca para dinamizar pastoralmente la parroquia.

Experimentar de cerca la realidad de los pobres fue todo un revulsivo. Aquel buen feligrés fue para mí “una revelación”. Convocó amigos, vecinos. Reunidos, se puso en común con todo realismo la cruda existencia de los pobres de la parroquia. La reacción no se hizo esperar: en poco tiempo contábamos con un buen número de cristianos decididos a afrontar el problema. La Conferencia cobra nueva vida. Pero no como algo aislado del resto de la comunidad parroquial, sino como una fuerza misionera que brota del corazón de la parroquia. Se ha creado un movimiento comunitario, animador del servicio de la caridad y dinamizador de la comunidad misma. Porque, a medida que se consolida la Conferencia, van surgiendo nuevos grupos comunitarios parroquiales como fruto de su labor contagiosa. “Los pobres son evangelizados...” y así se construye la Iglesia. A partir de esta plataforma pastoral, cuya base y consistencia es la vivencia del amor fraterno que brota de la experiencia de Cristo presente en el pobre, se va configurando y organizando un movimiento de hombres, dispuesto a dar un empuje a la parroquia en todas sus dimensiones. De él nace la Junta Parroquial con sus derivaciones.

No hace al caso describir toda esta experiencia en su conjunto. Importa poner de relieve aquellas variables que sirvieron de base para la puesta en marcha de un movimiento pastoral en una comunidad parroquial.

Sí quisiera dejar apuntado, como elemento importante de la experiencia, que los resultados obtenidos en la parroquia, en cierto modo, sirvieron de estímulo a otras comunidades parroquiales. No poco tuvo que ver en ello el encuentro con otros compañeros sacerdotes. Nos reuníamos todas las semanas para ayudarnos mutuamente y contrastar nuestras acciones pastorales. ¿Eco de las “Conferencias de los martes”, para sacerdotes, de Vicente de Paúl?

A la sombra de Vicente de Paúl

Hay un texto fundamental en los escritos de San Vicente de Paúl que puede explicarnos la fuerza y dinamismo pastoral de la experiencia descrita y de todas aquellas que ha inspirado su carisma en la Iglesia.

“¡Oh, bondad divina! Unid todos los corazones de la pequeña compañía de la misión y después mandad lo que os plazca. La dificultad les será dulce y todo empleo fácil, el fuerte aliviará al débil y el débil animará al fuerte y le obtendrá de Dios acrecentamiento y fuerza; y de esta manera, Señor, vuestra obra se realizará para agrado vuestro y *edificación de vuestra Iglesia*, y vuestros obreros se multiplicarán, atraídos por el perfume de una gran caridad”⁴.

Un eje lo mueve todo: la caridad que penetra el fondo de las personas, las realiza plenamente y hace disponibles para todo servicio: “... y después mandad lo que os plazca”.

A su vez, la caridad es el aglutinante de cada uno de los miembros de la comunidad. Se interrelacionan y solidarizan en comunión y participación activa, coherente.

Consiguientemente, ya se está a punto para poder construir: “De esta manera vuestra obra se realizará para... *edificación de vuestra Iglesia*”.

Así nace la Congregación de la Misión, modelo de vida en comunión para forjar “pequeñas comunidades” en el seno de la comunidad parroquial y organizar el servicio de la caridad.

¿“Verticalismo” y, por tanto, ausencia de “experiencia humana” en la “experiencia de Dios”? La sospecha de este desarraigo en la historia del hombre siempre ha estado presente al enjuiciar la obra de Vicente de Paúl y en general de toda la acción benéfica de la Iglesia en esta época⁵. Pero si analizamos seriamente el hilo conductor del espíritu y la obra de Vicente de Paúl nada más lejos de esta apreciación.

La experiencia de Dios y de la Iglesia tiene “un lugar teológico” en Vicente de Paúl: *el pobre*. Oigamos otro texto básico: “Debéis pensar con frecuencia —dice a las Hijas de la Caridad— que vuestro trabajo principal y lo que Dios os pide de manera especial es tener la gran preocupación de servir a los pobres, que son vuestros señores. ¡Oh!, sí hermanas, son nuestros maestros. Por eso debéis tratarlos *con dulzura y cordialidad, pensando que Dios os ha reunido y asociado para eso, para eso ha creado Dios vuestra Compañía. Debéis preocuparos, en lo que de vosotras depende, para que no les falte nada, tanto en lo referente a la salud del cuerpo como a la salvación del alma. Qué felicidad la vuestra, hijas mías, el que Dios os haya destinado para esto durante toda vuestra vida*”⁶.

Sus obras brotan de la experiencia de Dios “revelada” en el pobre. Descubrir a Dios implica descubrir al pobre. Experimentar al pobre es experimentar a Dios. No hay lugar para falsos dilemas: o Dios o el hombre. Sin mengua de la trascendencia de Dios —el OTRO—, la dinámica de la espiritualidad vicenciana se mueve en este planteamiento: Dios y el hombre; el hombre y Dios.

Como dice justamente Ibáñez: “Sin ruidos, sin palabras, Vicente nos introduce en el misterio del amor humano y silenciosamente nos confiesa que los pobres nos revelan la verdad

del hombre” 7. Puede aplicarse la reflexión de Congar: “La experiencia lo atestigua hoy todavía: cuando un hombre realiza de manera auténtica esta pura relación vertical con Dios, cambia o crea algo en el orden de las relaciones horizontales. Podríamos evocar el caso de Gandhi. Parece que al encontrar una perfecta coincidencia con Dios, un hombre de plegaria y de fe encuentra también una coincidencia con los hombres y sus necesidades. Reencuentra los hombres, las relaciones humanas, pero desde Dios. Interviene nuevamente en los asuntos humanos, pero rebasándolos y aportándoles una posibilidad nueva” 8.

Esta autenticidad, inmersa en la dialéctica de una radical experiencia de Dios, origina un movimiento de solidaridad, del que brotan las obras en favor de los hombres y sus carencias. Nos lo confirma en Vicente de Paúl la trayectoria de su experiencia de Dios y las fórmulas “incisivas y exigentes —que— nos recuerdan el radicalismo de las enseñanzas evangélicas: ‘Dios no soporta la unión con él, si se tolera la desunión con sus miembros’. La unión y el amor al prójimo realizan la unión con Dios: ‘Si tenemos amor, debemos manifestarlo, llevando a los hombres a amar a Dios y al prójimo, a amar al prójimo por Dios y a Dios por el prójimo’. ‘Debemos unirnos al prójimo por caridad para unirnos a Dios por Jesucristo’ ” 9.

A la luz de esta doctrina, ¿puede extrañarnos que todavía tenga vigencia histórica y fuerza pastoral en nuestro tiempo el mensaje de Vicente de Paúl? Mi experiencia personal —una entre tantas “perdidas” en la corriente de vida de la Iglesia— lo atestigua. Y ofrezco a “su familia” este testimonio de gratitud de mis primeros pasos en la tarea de construir la Iglesia, edificando una comunidad parroquial.

Segunda experiencia. La pedagogía de la caridad

La parroquia estaba en marcha. Otra experiencia —de nuevo de la mano de Vicente de Paúl— iba a enriquecer el proceso de crecimiento pastoral de la comunidad.

El templo parroquial amenazaba ruina. Había que emprender sin demora la reforma y comenzar las obras. Como siempre, los medios económicos escaseaban. Pero no había más remedio.

Una vez más, “los pobres” empujan, dan fortaleza y... construyen la Iglesia. Extraño, tal vez “poco ortodoxo”, pero fue una realidad. Un buen día, el Caballero de las Conferencias de San Vicente, que en cierto modo protagoniza esta experiencia pastoral, se presenta en mi despacho. Hablamos de la marcha de la parroquia. Y, ¡cómo no!, de la preocupación inmediata: las obras del templo. Me ve apurado. “¡Animo, señor cura, que Dios aprieta pero no ahoga! Vamos a hacer una cosa. Reunamos a la Junta Parroquial. Expongamos el problema. Y yo, cumpliendo la última voluntad de uno de los pobres que hemos atendido en la Conferencia y que ha fallecido hace unos días, voy a poner a disposición de la parroquia, para comenzar las obras, una pequeña cantidad que ese pobre tenía ahorrada y bien guardada. Antes de morir me la entregó y dijo: *‘Por haberme atendido y visitado, ¡se la dejo en herencia!’*”¹⁰.

La reunión fue todo un éxito: “la limosna del pobre” se convirtió en una espoleta que concienció y dinamizó a la comunidad. Hoy, la parroquia es uno de los templos más bellos de la ciudad... por “las monedas de un pobre” y la constante pedagogía del amor de un seguidor de Federico Ozarán.

Hay más. Fue necesario trasladar el culto a otra iglesia. Todos pensamos en la capilla de las Hijas de la Caridad, del

Hospital Provincial. No hubo problemas. Las Hermanas gustosamente nos acogieron. Fue el comienzo de un conocimiento mutuo entre la comunidad parroquial y la vida y obra de las Hijas de Vicente de Paúl.

Si la pedagogía de la caridad de Ozanán dio paso a la renovación parroquial y a la reconstrucción y embellecimiento de la Casa de Dios y de todos los hermanos, el contacto con la labor diaria, callada, abnegada, humilde, sencilla, humana y sobrenatural en la entrega a los enfermos de las Hijas de la Caridad, fue para mí y para la comunidad parroquial una escuela permanente de amor y pedagogía de la caridad.

A lo largo de dos años fuimos testigos de cómo vivían aquellas hermanas, noche y día, a la cabecera del enfermo, el ideal vicenciano, siguiendo la letra y el espíritu de Luisa de Marillac.

“Que vuestra conducta con los enfermos —les dice— no sea por cumplir, sino muy afectuosa, hablándoles y sirviéndoles de corazón, informandoos particularmente de sus necesidades, hablándoles con dulzura y compasión. Procurándoles, sin ser inoportunas y apremiantes, la ayuda a sus necesidades, pero sobre todo de su salud, no saliendo nunca de casa de un pobre sin haberle dicho una buena palabra”¹¹.

Para mí fue una “nueva revelación” de las riquezas del amor, del amor cristiano: de la caridad. Porque todos somos hijos de nuestro tiempo. La conciencia social de la época ya había puesto en el centro de buena parte de las preocupaciones pastorales la lucha por la justicia y la erradicación de sus causas. Lo que “urgía” era la denuncia de las estructuras sociales injustas. La acción caritativo-asistencial era considerada como

“opio del pueblo”. Diversas corrientes ideológicas penetraban en los ambientes “pastorales”. Pero, quizás, “el hombre de carne y hueso”, “el hombre”, se esfumaba entre las manos. No es ésta una consideración de alguien que “está de vuelta”. No. Es preciso abordar las causas de la injusticia social, de la pobreza y marginación. Pero no a costa del hombre, de la persona humana, de su dignidad y derechos fundamentales, sea cual fuere la ideología o el sistema que la degrade.

Recuperar al hombre. Esa fue precisamente la lección que aprendimos al contacto con la pedagogía de la caridad de Vicente de Paúl. Descubrimos que para él “en el centro de todos los fenómenos que articulan la existencia está el pobre... El Dios de rostro humano”¹².

Alguien ha dicho que la salvación pasa por el corazón del hombre. Precisamente “en la escuela de las Hermanas de la Caridad” pude verificar —verificó mi comunidad parroquial— cómo se hacían realidad y *encontraban al hombre* aquellas coordenadas de la espiritualidad vicenciana: “... lo *visible* no lo es todo, sino un punto de partida, para ascender a los valores superiores y trascendentes. De los tres órdenes, el del corazón, el de la razón y el del espíritu, él escogió el primero, por donde podía claramente descifrar la realidad de todo lo creado”¹³.

¿Romanticismos en el ejercicio de la caridad cristiana? Retorna aquí la pregunta que nos hacíamos al principio: ¿nos encontramos ante una imagen de la caridad desarraigada y falta de sentido histórico, que olvida la dimensión antropológica de la fe, la esperanza y el amor? De entrada hacemos nuestra la afirmación de Colluccia: “El Cristo de Vicente no es el modelo según la Imitación, sino el que está presente ante la historia de los hombres”¹⁴.

Y ante el hombre, en el hombre, la caridad vicenciana presta relevancia, sin omitir los restantes aspectos y condicionamientos que comporta, a la persona, que es el hombre, y las exigencias del amor humano que brotan de la misma esencia y estructura de la personalidad. Entre los derechos fundamentales de la persona humana, el primero es, sin duda, el de ser “ella misma”, “autorrealizarse” (el derecho a la vida no sólo en el sentido radical de la existencia, sino en el de “vivir” o “vividura”, para hablar con un autor contemporáneo). Quizás Miguel de Unamuno ha expresado con vigor esta faceta primordial del amor que el hombre anhela y espera: “... el hijo dirige al padre una mirada sonriente y le pide un favor positivo, no un acto que fomente su vida, sino una mera caricia. ¡Papá!, me llama mi hijo, y si le respondo ¿qué?, lo siente, quiere que le diga querido. Y se arrima a mí, se aprieta contra mí y allí se queda, gozándose en sentir mi arrimo y mi contacto, en tenerme junto a él y volviendo de vez en cuando sus ojos a los míos para ver que le miro con cariño. Así con nuestro Padre no le pedimos favores de material progreso ni riquezas, ni salud, ni placeres, ni honores, sino su arrimo y calor...

¡Augusto misterio del amor! La existencia del amor es lo que prueba la existencia de Dios Padre. ¡El amor!, no un lazo interesado ni fundado en provecho, sino el amor, el puro deleite de sentirse juntos, de sentirse hermanos, de sentirnos unos a otros”¹⁵. La teología clásica ha denominado esta dimensión del amor: benevolencia. La reflexión moderna nos habla del amor cristiano, que entraña “el sentimiento de solidaridad que inclina a servir”. Y es estima y benevolencia que “al contemplar los valores de la persona amada se despierta el sentimiento del amor, necesariamente se desata una corriente de energía sobre la voluntad para llevarla no sólo a inclinarse hacia

ella, sino a quererla todo bien... verdadera voluntad de *hacerla el bien*, de hacer algo por ella, conforme a sus posibilidades”¹⁶.

Ciertamente, hay que luchar por unas condiciones de vida en las que el hombre pueda realizarse en conformidad con su dignidad y de acuerdo con su condición radical de “imagen de Dios”. En este sentido ha afirmado Juan Pablo II: “La fe nos dice que no es voluntad de Dios que sus hijos vivan una vida infrahumana. Voluntad de Dios es que cada hombre alcance del mejor modo posible su plena estructura humana...”. “Colocar al hombre en el centro de toda actividad social quiere decir sentirse preocupado por todo aquello que es injusticia, porque ofende a su dignidad”¹⁷.

Pero es el mismo Juan Pablo II quien destaca que, si bien es de justicia que los pobres no vivan en la miseria, la *persona pobre* ha de conservar “ante todo la *dignidad humana* y también la magnanimidad, esa apertura de corazón para con los demás, esa disponibilidad por la que se distinguen exactamente los pobres, los pobres de espíritu”.

Con este dinamismo del amor humano y cristiano, en el ejercicio de la caridad no se cae en la trampa de una práctica romántica o en un “opio del pueblo”. Todo lo contrario, se recupera una dimensión fundamental de la persona humana. Ensamblada coherentemente con todas aquellas otras facetas y condicionamientos que posibilitan su desarrollo y realización, constituye la imagen integral del amor y, por tanto, del hombre.

En la escuela del amor al pobre de las Hijas de la Caridad, experimenté de cerca esta riqueza humana de la caridad cristiana. Era el reflejo de la actitud de Vicente, para quien “Dios está presente en las vivencias cotidianas de los hombres”¹⁸.

La Hija de la Caridad, en permanente apertura a los demás, verificada en la atención constante a la persona del pobre y su mundo, a su drama personal, despertaba una corriente de simpatía que abría, sin violencia ni manipulación (era su maestro y Señor), los entresijos más profundos del corazón y se creaba un clima dialógico, cercano, desde el cual ya se podían plantear todos los problemas, de los que era portador “aquel hermano”. Por supuesto, en todo este proceso y pedagogía del amor, estaba presente un “testigo oculto”, de quien emanaba la fuerza y el aliento: Jesucristo. Se respiraba en el ambiente su influjo, hecho vida en la vivencia del patrimonio espiritual de Luisa de Marillac: “Tenemos que tener continuamente ante los ojos nuestro modelo, que es la vida ejemplar de Jesucristo, a cuya imitación estamos llamadas no sólo como cristianas, sino como elegidas de Dios para servirle en la persona de los pobres”¹⁹.

En un mundo como el nuestro, marcado por el signo de la insolidaridad y soledad del hombre, “un mundo sin hogar”, como lo ha calificado Berger²⁰, ¿no es preciso enfatizar y poner de relieve la acogida, el encuentro, la comprensión, la actitud de compartir, la comunión en el amor de las personas?

Cuando la sociedad actual se debate en el conflicto entre la paz y la guerra —la guerra atómica!—, en una carrera desenfadada por el poder a través de armamentos cada vez más sofisticados y peligrosos para la supervivencia de la humanidad, ¿no será urgente *salvar al hombre*, recuperando “la solidaridad como valor determinante, ya que si hay algo que está en la naturaleza profunda del hombre, por encima de la espuma de las apariencias, se trata ciertamente de la *dádiva venerada* en las llamadas sociedades ‘primitivas’ y no del dinero que ha corrompido a la sociedad moderna, fríamente mecanizada”?²¹.

El mensaje de Vicente de Paúl y su antropología y pedagogía del amor seguía y sigue siendo válido. Representa una aportación sólida para la solución de los problemas del tiempo en que vivimos.

Tercera experiencia. Vicente de Paúl o el organizador de la caridad

El hombre es un ser histórico. Consiguientemente, en la trayectoria de nuestra vida hay una constante y una evolución. El desarrollo y maduración de nuestra personalidad es un proyecto que se amasa a lo largo de nuestra existencia. Todas las experiencias vividas dejan su huella en el fondo de nuestro ser. Van configurando nuestro “yo” y condicionan nuestro talante e influyen en nuestras opciones posteriores, en esa evolución, quíerese o no, que todos experimentamos en nuestro desarrollo y quehacer en la historia humana. Unas y otras —constantes y evoluciones— forman un todo integrador de nuestro proceso de maduración en la libertad.

Mi nuevo encuentro con Vicente de Paúl corresponde a otra etapa de mi vida en el servicio a la Iglesia. A la experiencia de párroco sucede otra como delegado episcopal de Cáritas Española. Distantes en el tiempo, cercanas en mi opción libre. ¿Acaso no influyó en mi aceptación de este ministerio aquella “revelación”, animadora de una comunidad, desde la experiencia de los pobres, de la mano de Vicente de Paúl? No dudo en afirmarlo.

Al comenzar el ministerio en Cáritas Española, no solamente fijé mi atención en la organización misma de esta Institución de la Conferencia Episcopal Española. Dirigí la mirada

a la experiencia personal y —nuevamente— salió al encuentro Vicente de Paúl.

Ahora se trataba de animar la caridad organizada en las iglesias locales de España. ¿Por qué no recurrir a las claves vicencianas de la teología de la caridad? ¿No eran convergentes y aún se encontraban en la misma plataforma?

“Sea cual sea la realidad y el rostro de la miseria, Vicente de Paúl jamás separará CRISTO-IGLESIA-POBRES... El encuentro con los pobres le hace descubrir el evangelio de Jesús enviado a los pobres. A partir de este momento, la teología de la fe de Vicente de Paúl jamás separará estas tres realidades que mutuamente se iluminan. En un mismo acto encuentra a Cristo, a la Iglesia, a los pobres”²².

Buen programa y base teológica para trabajar en la edificación de la Iglesia. Y cauce para hacer de Cáritas “verificación de su fidelidad a Cristo, para poder ser verdaderamente ‘Iglesia de los pobres’ ”²³.

Por otra parte, una lectura atenta de los Estatutos de Cáritas Española, y sobre todo de su espíritu, indicaba el camino para encontrarnos en la misma plataforma. Uno de los aspectos fundamentales de Cáritas Española es su condición de “lugar de encuentro” de todas las instituciones y movimientos eclesiales entregados al servicio de los pobres. El art. 11 de sus Estatutos dice: “Coordinará... la acción caritativa y social de los miembros confederados que constituyen Cáritas Española, procurando así que la Iglesia dé un testimonio comunitario de su unidad y de la caridad que la vivifica”. Obras vicencianas forman parte de la Confederación, al menos según la letra. ¿Y el espíritu?

El ideal de la Conferencia Episcopal, cuando aprueba y promulga los Estatutos de Cáritas Española, es poner el marco para que toda la Iglesia española dé un testimonio vivo de unidad en el servicio de la caridad. Ahora bien, la realidad dista mucho de responder a esa meta deseada. Para nadie es un secreto que cada organización —también Cáritas Española, ¿por qué no reconocerlo?— marcha a su aire. Hay muchas guerras particulares en la organización —¿desorganización?— del servicio de la caridad en España.

El problema es grave. Recientemente ha abordado el tema la 36ª Asamblea Nacional de Cáritas Española. Monseñor Setién Alberro, obispo de San Sebastián y miembro de la Comisión Episcopal de Pastoral Social, en nombre de la misma, planteó la cuestión en su comunicación ²⁴. Las conclusiones de la Asamblea van en la misma línea: es preciso buscar pistas y hallar caminos concretos para solucionar entre todos el problema. No pretendo sino apuntar este estado de cosas e invitarnos a todos a empeñarnos en la búsqueda de soluciones.

Aquí y ahora, una cosa es clara: la figura de Vicente de Paúl, como organizador de la caridad, aparece y se presenta como “profética”. ¿No nos empuja y alienta a dar pasos concretos y valientes para lograr una adecuada coordinación e integración en el vértice de la Iglesia local (y su correlativa organización a nivel supralocal)? No voy a repetir aquí la obra ingente que Vicente de Paúl llevó a cabo, en la Iglesia de su tiempo, en ese sentido.

Tal vez a todos nos convenga meditar estas palabras de Mons. Setién Alberro en la comunicación aludida:

“Cáritas no es sólo, ni siquiera institucionalmente, lo que el obispo ha promovido en la diócesis. Cáritas es más

amplio que esto. En las diócesis hay obras de caridad, caritativo-asistenciales, institucionalizadas, de inspiración netamente cristiana, promovidas por personas cristianamente calificadas, entregadas al servicio de los hermanos y de la Iglesia. Son las obras asistenciales promovidas por las familias religiosas principalmente. En ellas, muchas personas entregan no sólo unas cuantas horas al día al servicio de los necesitados, sino la totalidad de sus vidas. *Son las páginas más hermosas de la historia de la caridad en la Iglesia.*

... de una parte, el obispo debe respetar la originalidad y el dinamismo propio de estas instituciones... Las obras caritativo-asistenciales de los religiosos no deben temer ningún freno a su actuación auténtica y fiel a su propio carisma, por el hecho de su aceptación y valoración como obras de una Iglesia que vive su concreción en la Iglesia local. Ellas son también expresión de la caridad de la Iglesia local y, como tales, deben ser valoradas y aceptadas. En este sentido, ellas son también Cáritas.

Al mismo tiempo, de ahí se sigue también la exigencia de que se integren y coordinen dentro de los proyectos comunes y globales de la pastoral caritativo-asistencial de la diócesis, promovida por el obispo y dirigida por él. También esas obras deben vivir la comunión de una Iglesia local, de la que son parte, sin relegar o transferir su dimensión eclesial a la pertenencia a una Iglesia universal, cuya cabeza es el Papa. Entender así la universalidad de las familias religiosas o, lo que sería peor, su exención, sería perder uno de los aspectos más ricos de lo que supone el ser Iglesia en el régimen y en la comunión colegial que supone la aceptación de cada Iglesia local. No creo equivocarme si digo que, en esta perspectiva, sería provechoso dar pasos hacia adelante en la línea de la mentalización *no sólo de los mismos religiosos, sino también de las diócesis y, en concreto, de las Cáritas diocesanas y locales*".

Un gesto esperanzador

En febrero de 1981 escribía, con motivo del Día Nacional de Caridad:

“CARITAS O EL PROYECTO CRISTIANO
DE LA SOLIDARIDAD

El Día del Amor Fraternal, Cáritas despertó la conciencia de los creyentes y de la sociedad ante la insensibilidad y apatía frente a las injusticias sociales. Ahora indica el camino que deben emprender en el Día de Caridad: construir una sociedad solidaria, transformando los mecanismos del ‘tener’ por los del ‘ser’, conforme a los designios de Dios sobre el hombre y la historia.

LA INICIATIVA EJEMPLAR DE UNA COMUNIDAD

Una comunidad de religiosas de España fue consciente de su responsabilidad en la construcción del Reino. Como signo de esta toma de conciencia donó a Cáritas Española una suma de dinero, después de haber reflexionado profundamente en común sobre la finalidad que había de dar a esos bienes y la necesidad de ponerlos en movimiento a través de un cauce de caridad y justicia. Consideraron que Cáritas podría canalizarlos debidamente en favor de zonas y sectores marginados. Estos fueron sus ‘presupuestos de conciencia’:

- Que esas ayudas respondieran a necesidades reales y concretas.
- Que promovieran acciones comunitarias y servicios sociales urgentes.

— Que procuraran atacar las causas y no sólo salir al paso de los efectos.

— Que impulsaran la formación y el desarrollo humano de las personas, comunidades y grupos.

— Que sirvieran para realizar experiencias y abrir nuevos colectivos en favor de los marginados.

En efecto: a través del año y gracias a esta colaboración solidaria han podido ser atendidos 283 proyectos en diversas áreas de marginación y subdesarrollo”²⁵.

Y también Cáritas

En una de las barriadas más necesitadas de Cádiz funciona un Centro Social, promovido por una comunidad religiosa.

El obispo de la diócesis interesó a Cáritas Española, por mediación de la Cáritas Diocesana, en el proyecto. La Comisión de Acción Social de Cáritas Española ayudó a la puesta en marcha de la obra con una importante cantidad, en calidad de préstamo, sin interés alguno y a devolver comodamente. Hay que tener en cuenta que uno de los principios que rigen en Cáritas Española es promover proyectos que, a ser posible, una vez puestos en marcha, reintegren las ayudas totales o en parte, para emplearlas en la animación de otros, en diferentes zonas necesitadas.

El IV Centenario de San Vicente de Paúl, ¿será el despertar de una nueva etapa de organización solidaria del servicio de la caridad en la Iglesia española? ²⁶.

“¡Que el IV Centenario del nacimiento de Vicente de Paúl ilumine abundantemente al pueblo de Dios, (y) reanime el ardor de todos sus discípulos!”²⁷.

IV

VICENTE DE PAUL O UNA VOZ NUEVA EN LA IGLESIA

He ofrecido a esta Asamblea algunos rasgos del mensaje eclesial de Vicente de Paúl, a partir de mi experiencia personal.

Para terminar, quisiera trazar una pincelada final sobre el significado y valor de vuestro fundador en la historia de la Iglesia.

Un historiador de la Iglesia, a propósito del fenómeno de los grandes movimientos de espiritualidad que en las diversas épocas o tiempos-eje afloran en la comunidad cristiana, ha podido escribir: “La historia de la Iglesia podría compararse a una sinfonía construida en forma de fuga: en determinados momentos se da entrada a nuevas voces, a nuevos instrumentos, que, por un momento, parecen tomar la dirección del conjunto en la creciente sonoridad del coro general”²⁸.

Los de Vicente eran tiempos en los que la Iglesia inspiraba la vida y el ordenamiento social de los pueblos de Occidente. Y no obstante los cristianos permanecían insensibles ante el espectáculo de “multitudes de pobres” que poblaban los campos y merodeaban por las calles de las grandes ciudades. Vicente

de Paúl coge la batuta y se apresta a *reconstruir la Iglesia* con notas *en forma de fuga: LOS POBRES*. Evangelizados por su celo misionero, serán liberados y se reunirán en el concierto del Reino.

Vale la pena recordar la que fue una de las claves en la vida de Monsieur Vicent para escribir la partitura. Me refiero al encuentro con el hereje de Montmirail, quien, ante el abandono de los pobres por parte de la Iglesia, objeta a Vicente que no puede dar el paso a la fe católica porque ve “a los católicos de la campiña abandonados a unos pastores viciosos e ignorantes, sin estar instruidos en sus obligaciones, sin que la mayoría sepa lo que es la religión cristiana; y por otra parte se ven las ciudades llenas de sacerdotes y de monjes que no hacen nada, y quizás en París se encuentran diez mil que dejan a estos pobres campesinos en esta ignorancia lamentable, por la cual se condenan. ¿Y usted quiere persuadirme de que esta manera de obrar está orientada por el Espíritu Santo? Jamás lo creeré”²⁹.

El hereje, al contemplar la entrega de los sacerdotes de la Misión al servicio de los pobres, volvió al encuentro de Vicente y le dijo: “Ahora veo que el Espíritu Santo conduce a la Iglesia de Roma, porque se preocupa de la instrucción y de la salvación de los pobres campesinos. Estoy decidido a entrar en ella en cuanto tenga a bien recibirme”³⁰.

En nuestro tiempo, las obras que nacieron por inspiración de Vicente de Paúl continúan siendo *LA VOZ NUEVA* en el concierto de la Iglesia. Acuñó un modelo de existencia cristiana, labrado en y por la experiencia del POBRE y lo introdujo en el organismo vivo, aunque enfermo, de la Iglesia de su tiempo. Más aún: se funde en el dinamismo del AGAPE, alma de la Iglesia, y entra a formar parte de ese despliegue de la Iglesia misma, que es su historia.

Aún permanece fresco y vigoroso, con vigencia histórica. Como una fuerza de salvación, recordando a la Iglesia y a los hombres, a todos los hombres, que el cristiano “traspasa las fronteras, las divisiones, los contrastes. El Hombre tiene en sí una apertura hacia el otro. Y que Cristo nos pregunta de modo contundente: ¿Quién es mi prójimo? Ninguna obra duradera y verdaderamente humana es posible si no está hecha por todos, en colaboración con todas las fuerzas vivas de la sociedad, en el intercambio con todos los hombres y mujeres sin distinción de posición social o de situación económica”³¹.

No es optimismo triunfalista, en medio de la crisis que padecen las instituciones eclesiales en sus efectivos disponibles (problema de vocaciones). Porque —afirma Rhaner— “la historia de lo espiritual significa precisamente que algo *se realiza para permanecer* y no para perderse otra vez”. Por ende, el modelo de vida y convivencia a que dio origen “queda como acuñado para siempre en la Iglesia”³².

De la vitalidad de la Iglesia, y sobre todo de la fidelidad permanente de las familias vicencianas, depende que esta ley de la gracia sea una realidad transformadora de la Iglesia, y, por el servicio a los pobres, artífice y constructora de la “Iglesia de los pobres”.

NOTAS

1. COSTE, René, *L'Amour qui change le monde. Théologie de la Charité*. Ed. SOS, Paris 1981, p. 104.
2. Cfr. DODIN, André, *San Vicente de Paúl y la Caridad*. Ed. CEME, Salamanca 1977.
Cfr. FLINTON, Margaret, *Santa Luisa de Marillac*. Ed. CEME, Salamanca 1974.
Cfr. IBÁÑEZ, José María, *Vicente de Paúl y los pobres de su tiempo*. Ed. Sígueme, Salamanca 1977.
3. IBÁÑEZ, José María, *o.c.*, p. 334.
4. SAN VICENTE, III, 257 (carta escrita el 13 de diciembre de 1647 al P. Blatirón), citada por Ibáñez, *o.c.*, p. 218.
5. DUQUE, Felipe, "Cáritas y los marginados. Notas para una teología de Cáritas", en *Corintios XIII* núm. 13/14, Madrid 1980, pp. 99-117.
6. Conferencia a las Hijas de la Caridad, 14 de junio de 1643. Citada por Ibáñez, *o.c.*, p. 219.
7. IBÁÑEZ, José María, *o.c.*, p. 219.
8. CONGAR, Y., *Los caminos del Dios vivo*. Estela, Barcelona 1964, pp. 257-258.
9. IBÁÑEZ, José María, *o.c.*, p. 219.
10. Como recuerdo y admiración a este cristiano de mi parroquia de San Nicolás, de Plasencia (Cáceres), doy su nombre: D. Andrés Sánchez-Ocaña y Acedo-Rico. Ya ha pasado a la casa del Padre. Fue presidente de las Conferencias de San Vicente de Paúl.
11. A.R.B., *Luisa de Marillac. Pensamientos*, p. 217. Citado por Flinton.
12. COLLUCCIA, Giuseppe, *Espiritualidad vicenciana, espiritualidad de la acción*. Ed. CEME, Salamanca 1979, p. 170.
13. COLLUCCIA, Giuseppe, *o.c.*, p. 170, nota 340.
14. COLLUCCIA, Giuseppe, *o.c.*, p. 166.
Cfr. Ibáñez, *o.c.*, pp. 288-289: "Vicente de Paúl insiste, y esto me

parece original en el siglo XVII, en la necesidad del trabajo y de la acción. Para él, el hombre debe continuar en el tiempo la obra de Dios. Lo que está en juego a través de la acción del hombre es el designio de Dios. Es necesario amar a Dios como él nos ama, y Dios nos ama con un rostro de trabajador. El hombre, en la perspectiva vicenciana, debe desarrollar la creación. Los misioneros, lo mismo que las Hijas de la Caridad, deben trabajar constantemente para continuar la misión de Jesús. Y esta misión es revelación del amor activo de Dios, la aplicación concreta de la justicia y 'misericordia' de Dios en beneficio de la esperanza de los pobres".

15. UNAMUNO, Miguel de, *Diario íntimo*. Alianza Editorial, 1972, p. 57.
16. HARING, B., *La ley de Cristo, II*. Herder, Barcelona 1968, p. 367.
17. *Viaje Pastoral a Brasil*. B.A.C., Madrid 1980, p. 200.
18. COLLUCCIA, G., *o.c.*, p. 171.
19. Citado por Flinton, *o.c.*, p. 62.
20. BERGER, Peter y otros, *Un mundo sin hogar. Modernización y conciencia*. Sal Terrae, Santander 1979.
21. BEDJAUI, Mohamed, *Hacia un nuevo orden internacional*. Unesco. Sígueme, Salamanca 1978, p. 220.
Cfr. DUQUE, Felipe, *Todos solidarios*. Cáritas Española 1981.
22. IBAÑEZ, José María, *o.c.*, p. 274.
23. *Laborem exercens* n. 8.
24. *El ministerio episcopal, en cuanto preside la caridad en la Iglesia local*. (Dactilografiado). Cáritas Española.
25. DUQUE, Felipe, *Todos solidarios*, p. 55. Muy interesante, al respecto, la presentación de la 36^a Asamblea General de Cáritas Española, por el presidente nacional, D. José Suay (5-XII-1981). (Dactilografiado). Cáritas Española.
26. En este sentido cabe preguntar: ¿Se han extraído todas las consecuencias del documento de la Santa Sede "Mutuae relationes", para una adecuada organización pastoral de la Iglesia? Aún queda mucho camino por recorrer. Un paso, sin duda, es la instrucción colectiva de la Conferencia Episcopal Española, aprobada por la XXXV Asamblea Plenaria del 25 de noviembre de 1981, sobre "La vida religiosa, un carisma en la vida de la Iglesia". Cfr. *Ecclesia* núm. 2057 (12-XII-1981).

27. JUAN PABLO II, Mensaje al superior general de la Congregación de la Misión.
28. HERTLING, L., *Historia de la Iglesia*. Herder, Barcelona 1960, p. 174.
Cfr. DUQUE, Felipe, *Matilde Téllez Robles. Escritos espirituales*. Salamanca 1975.
Cfr. DUQUE, Felipe, *Centenario y Año Santo*, en "100 años de vida. Religiosas, Hijas de María, Madre de la Iglesia". Salamanca 1975.
29. Citado por Ibáñez, *o.c.*, pp. 221-222.
30. *Ibidem*.
31. JUAN PABLO II, Encuentro con los constructores de una sociedad pluralista, en Salvador de Bahía. Cfr. *Viaje pastoral al Brasil*, p. 30.
32. *Escritos teológicos, III*, pp. 118-119. Taurus, Madrid 1952.

LAS HIJAS DE LA CARIDAD EN EL SERVICIO DE LOS POBRES

Por Encarnación Orden Mascuñán

LAS HIJAS DE LA CARIDAD EN LA IGLESIA

Las Hijas de la Caridad, libres de todo lazo externo, introducirían en la Iglesia un nuevo estilo de vida consagrada: el *servicio de los pobres*. Constituyeron algo nuevo que vendría determinado por sus obras, su modo de vivir y el espíritu que las animaría. Ello haría exclamar a San Vicente:

“Desde las mujeres que sirvieron al Hijo de Dios y a los apóstoles, no ha surgido en la Iglesia de Dios institución alguna para este fin. Tenéis la suerte de estar entre las primeras convocadas a esta tarea, vosotras, pobres aldeanas e hijas de artesanos” (IX, 15-16).

“¿Quién oyó hablar nunca de semejante obra? Ha habido muchas órdenes religiosas, se han fundado multitud de hospi-

tales para asistir a los enfermos y muchos religiosos se han consagrado a su servicio. Pero nadie jamás vio hasta hoy que se cuidara a los enfermos en sus habitaciones. Si enfermaba alguien en una familia pobre, el marido era separado de la mujer, la madre de sus pequeños, el padre de su familia” (IX, 235).

“No, hermanas mías, jamás se ha visto a nadie hacer lo que, por la gracia de Dios, hacéis vosotras; es inaudito, hijas mías, hacéis algo nunca visto” (X, 549-555).

1. Ambiente histórico respecto a la vida religiosa en los tiempos de San Vicente

Para comprender mejor el gozo entusiástico del santo, habría que conocer brevemente cuál era la legislación vigente en el siglo XVII.

Tomaremos aquí la descripción que hace el P. Vernaschi en su tesis sobre “Hijas de la Caridad para este tiempo”.

“San Agustín encomiaba ya la vida de aquellas mujeres que deseaban servir al Señor en castidad y que vivían completamente apartadas de los hombres. Pero quien por primera vez dicta una norma clara sobre la clausura perpetua es San Cesáreo de Arlés en su *Regla para las vírgenes: Si, después de separarse de sus padres, alguna desea renunciar al mundo y agregarse a la santa grey, que no salga del monasterio en la vida*. También los concilios prohíben a las monjas salir de los monasterios, salvo que no tengan alternativa.

El Papa Bonifacio VIII es quien primero legisla propiamente sobre la clausura. Desea poner remedio al *peligroso y detestable*

estado de ciertas monjas, y prescribe que permanezcan en sus monasterios observando clausura perpetua. No es lícito salir, excepto por muy grave enfermedad. Nadie, por honorable que sea, podrá entrar.

Pero existieron aún monasterios abiertos y cerrados. En la época del Concilio Tridentino, la situación hizo necesario un canon sobre la clausura de las monjas, tanto activa como pasiva. El Concilio renueva la constitución *Periculoso*, de Bonifacio VIII, e impone la clausura estricta o bien su restauración donde no se observa. Queda prohibido a las monjas profesas salir del monasterio, aun por breve tiempo, bajo ningún pretexto, excepto con legítima causa aprobada por el obispo. Se prohíbe a todos la entrada en el monasterio, excepto si obtienen licencia del obispo o del superior; de otra suerte incurrían en excomunión.

Se daban abusos. Santa Teresa refiere en el c. VII de su *Vida*: *Porque tomar yo libertad, ni hacer cosa sin licencia, digo por agujero o paredes o de noche, nunca me parece lo pudiera acabar conmigo, en monasterio hablar de esta suerte, ni lo hice... Parecíame a mí que con advertencia y de propósito miraba muchas cosas, que poner la honra de tantas en ventura, por ser yo ruin, siendo ellas buenas, que era muy mal hecho... Por eso me parece a mí me hizo harto daño no estar en monasterio cerrado; porque la libertad que las que eran buenas podían tener con bondad, porque no debían más, que no se prometía clausura, para mí, que soy ruin, hubiérame cierto llevado al infierno si con tantos remedios y medios el Señor, con muy particulares mercedes suyas, no me hubiera sacado de este peligro. Y así me parece lo es grandísimo monasterio de mujeres con libertad, y que más me parece es paso para caminar al infierno las que quisiesen ser ruines, que remedio para su flaqueza.*

Casi todos los papas sintieron la necesidad de intervenir una o más veces. El decreto conciliar era oscuro: no se sabía si atañía también a los monasterios abiertos.

El 29 de mayo de 1566, la constitución *Circa pastoralis*, del Papa Pío V, resolvía esta duda:

1. Todas las monjas tenían que observar la clausura, aunque por abuso o costumbre no lo estuviesen haciendo; el Concilio de Trento había dejado subsistir costumbres opuestas con vigencia inmemorial.
2. Las terciarias con votos solemnes que vivían en común debían observar la clausura; las de votos simples serían inducidas a profesar solemnemente y abrazarla.
3. Se prohibía a las religiosas sin votos solemnes admitir novicias, so pena de que los votos fuesen nulos.

En suma, para ser religiosa era necesario hacer votos solemnes y observar clausura, siguiendo una de las cuatro reglas aprobadas. Para la mujer, esos eran los constitutivos de la vida religiosa.

En los monasterios abiertos hay resistencias, fugas. Algunos obispos moderaban los decretos, permitían a las monjas salir por razones de salud u otros motivos.

El 1 de febrero de 1570, con la constitución *Decoris*, Pío V determina meticulosamente las causas de salida: un gran incendio, caso de lepra o epidemia expresamente atestiguada y reconocida por escrito. Incurren al instante en excomunión mayor quienes salgan ilegalmente o permitan salir, para ser sólo absueltos por el Papa; pierden el oficio o dignidad y se hacen ineptos para éstos.

El 23 de diciembre de 1581, con la constitución *Dubiis*, Gregorio XIII impone asimismo severas penas. En la bula *Salvatoris Nostris*, del 5 de junio de 1590, Sixto V prescribe a las monjas que no se dejen ver sin velo, excepto de los propios padres, hermanos y hermanas; irán en compañía de otra monja o de la priora, y no saldrán del monasterio.

Los fermentos renacentistas habían activado no sólo la promoción del hombre, sino también la de la mujer, que entraba a compartir los bienes de la cultura. En el campo espiritual, la mujer quiso tomar parte en el apostolado, no se contentó ya con la contemplación. Los fundadores, como Angela Merici, Mary Ward, Pierre Fourier y Alix Le Clerc, esbozaban una nueva concepción de la vida religiosa que era preciso desarrollar.

El apostolado de la mujer: ¡qué gran fuerza al servicio de las almas! ¿No podrían las mujeres lo que, desde 1540, habían podido los clérigos regulares y los jesuitas? Parecía abrirse un camino, pero había fracasos, y los éxitos eran sólo parciales. La ley de la clausura se ostentaba intangible: no se concebía a una mujer haciendo apostolado por el mundo adelante. Las ursulinas, las canonesas de San Agustín, las religiosas de Nuestra Señora, conciliarán la educación de la juventud con la clausura; Mary Ward será condenada, y los acontecimientos forzarán a San Francisco de Sales a hacer de sus visitadoras de los pobres monjas de clausura.

La mentalidad de la época quería para la mujer *o el muro o el marido*. La mujer, casada o encerrada en un convento; no había vía media. La religiosa fuera del claustro era un escándalo, y era difícil cambiar esta mentalidad. No se habían recorrido, para la mujer, las etapas de las órdenes mendicantes y los clérigos regulares; ellas permanecían ancladas en el siglo XI. El Estado reco-

nocía y protegía esa situación; la Iglesia recurría al Estado para reprimir los abusos.

San Vicente de Paúl aprende en los errores ajenos, en la experiencia, en las necesidades del tiempo. Poco a poco caen los prejuicios y la mujer se abre camino, un camino amplio, ilimitado. El éxito de Vicente es pleno y día vendrá en que la Iglesia retire todas sus reservas: la promoción de la mujer al apostolado está definitivamente asegurada.

Había ya precedentes, pero San Vicente tiene el mérito de prolongar, ampliar, completar lo que otros apenas iniciaron. Para que una mujer ejerciese el apostolado, era todavía preciso que renunciara a considerarse religiosa: tenía que ejercerlo por lo libre. Oficialmente, las Hijas de la Caridad no serán religiosas. De hecho tenderán a la más alta perfección por la práctica de una caridad sin límites.

Las leyes, por fortuna, no serán aplicadas en todo su rigor. Poco a poco, los obispos comienzan a aprobar las nuevas congregaciones de votos simples, como las ursulinas de San Carlos Borromeo, el mismo año en que Gregorio XIII renueva la prohibición de su predecesor. La Santa Sede incluye en todas las aprobaciones una *saludable cláusula* cuyo contenido es: no hay intención de aprobar el instituto mismo.

Las Hijas de la Caridad se contentaron largo tiempo con la aprobación del arzobispo de París; luego obtuvieron la del legado pontificio. Más tarde todavía era preciso dar los debidos pasos cerca de la autoridad civil. La Iglesia de Francia conocía un solo jefe administrativo, desde que habían cesado los concilios nacionales y provinciales: el rey. El Real Consejo comenzaba a desempeñar funciones de concilio y tomaba decisiones sobre

todas las materias clericales, mientras no tocasen a la fe y a la moral.

El Consejo trataba de manera particular la fundación de conventos y la creación de nuevas órdenes religiosas. Sus decisiones eran intimadas por la *Patente*. La *Patente* era de todo punto necesaria. Un principio comúnmente admitido en Francia era: ninguna comunidad religiosa puede establecerse ni erigir monasterios sin licencia expresa del rey. El soberano tiene el derecho de ser informado para impedir lo que contraría a los intereses estatales o a la disciplina eclesiástica. Sin la *Patente*, las comunidades carecían de existencia legal. De ella dependía la personalidad jurídica de los institutos en territorio francés; merced a ella se convertían en sujetos de derechos, ejercían por derecho la actividad propia del instituto, adquirían el necesario patrimonio, emprendían un proceso, gozaban de la protección del rey.

Pero la *Patente* debía ser aún registrada por el Parlamento: éste ganaba así el control de todos sus efectos.

Las Hijas de la Caridad obtuvieron por primera vez la *Patente* después de su aprobación episcopal en 1646. Extravióse, y en noviembre de 1657 se firmó una nueva que fue registrada por el Parlamento el 16 de diciembre al año siguiente”.

2. Tentativas de vida apostólica

Hemos visto cómo intentos similares al de San Vicente habían tenido que resignarse al acostumbrado ideal de vida religiosa. Mary Ward, fundadora de las Damas Inglesas, precedió al santo en la iniciativa. Ella no estaba llamada a vivir

entre los muros de un convento. Necesitaba acción y lleva al campo femenino la fórmula de los jesuitas, cuyo trabajo en Inglaterra era conocido por ella. Durante casi veinte años, entre vicisitudes, logra hacer varias fundaciones, pero al fin, en 1631, el instituto es suprimido. Mary Ward, dice el P. Vernaschi, ha incurrido en una única culpa: se ha anticipado a su tiempo en un siglo.

San Vicente de Paúl, que no hará alusiones a las Damas Inglesas, sí hablará con frecuencia de las Ursulinas, fundadas por Santa Angela de Méricis en 1535. Hablará de su obra y de su estilo de vida, pero contemplará las dificultades por las que atraviesan y las modificaciones que sufren para ser acercadas a la vida religiosa tradicional.

San Vicente también hablará a menudo de las Visitandinas, fundadas por su gran amigo San Francisco de Sales junto a Santa Francisca de Chantal, de las que el santo llegó a ser director, a la muerte del fundador. Las Visitandinas fueron fundadas para realizar obras de misericordia espirituales y corporales. Pero tampoco se logró este intento sin aproximación a la tradicional vida religiosa, pues San Vicente dirá a sus Hijas de la Caridad que han de ser más virtuosas que las Visitandinas, pues éstas se recluyen, mientras que ellas tienen que estar en el mundo...

El P. Vernaschi, en su ya mencionada tesis, dirá:

“Luisa de Marillac alude en 1630 a otro instituto: las Hijas de la Cruz. En cuanto seculares, son un precedente de las Hijas de la Caridad. Su fundadora, Madame de Villeneuve (Marie de l’Huillier), ha sido visitandina. Se propone instruir a la infancia, en particular a las niñas pobres. Esta idea se remonta a 1619,

cuando Madame de Villeneuve obtiene el apoyo de Francisco de Sales. Este le entrega copia de las primitivas constituciones de la Visitación y se alegra de que otros puedan llevar a cabo su proyecto. Se formó, pues, una comunidad, primero con solas promesas, y desde el 4 de agosto de 1641 con votos simples, en dependencia de los obispos.

Francisco podía aquí considerarse padre y ellas eran de todo punto seculares: votos simples o privados, sin clausura ni hábito especial. Sus constituciones fueron aprobadas por el arzobispo de París el 27 de abril de 1646, luego por el cardenal de Vendôme el 19 de mayo de 1668 y, finalmente, por el Papa Pío IX el 22 de noviembre de 1853.

Madame de Villeneuve y las Hijas de la Cruz estuvieron en estrechas relaciones con San Vicente, quien apoyó el nacimiento del nuevo instituto. Muerta madame en 1650, la acción de Vicente es vital para las Hijas de la Cruz: evita que se disuelvan y halla en Madame de Traversay una protectora del instituto.

El reformador religioso de Lorena, Pierre Fourier, sufre a causa de la ignorancia de la juventud, en especial de las muchachas. Predica las excelencias de la virginidad y atrae a las dos primeras colaboradoras: Alix Le Clerc y Gante André. Alix y sus compañeras trabajan para mantenerse, instruyen a las niñas en la doctrina y enseñan a éstas a coser y gobernar la casa. Se llaman Hijas de la Bienaventurada Virgen María y llevan vida mixta.

El 29 de julio de 1559 fundan su primera casa. Las críticas, la oposición, no se hacen esperar. Pierre evita apenas la ingerencia del obispo de Toul y se acoge al cardenal de Lorena, quien da su aprobación. Las dificultades, incomprensiones, intransigencias,

continúan hasta la aprobación de Urbano VIII, pero entonces son ya religiosas de clausura.

Existían comunidades al servicio de los enfermos, desde la Edad Media. Sus miembros no siempre estaban vinculados por voto ni observaban estricta clausura. Algunas se obligaban de modo especial al cuidado de los enfermos. Los estatutos de los Hospitalarios de San Juan de Jerusalén instan a tratar a los enfermos con bondad y caridad, como a los señores de casa. Entienden los votos como una consagración al servicio de los pobres, particularmente de los enfermos, lo que constituye su primer compromiso, que prevalece sobre otros. Los Hospitalarios de San Lázaro de Jerusalén hacían voto de caridad, o sea, de recibir y servir a los pobres.

El 19 de julio de 1640, San Vicente alude a los Hospitalarios de Italia, quizá los Siervos de los Pobres fundados por San Camilo de Lellis, pues, según la bula *Illius qui pro gregis Domini*, de Gregorio XIV, los miembros de esta congregación debían siempre *cuidar enfermos, aun apestados* (IX, 25).

En el Hôtel-Dieu había agustinas. Estas hacían voto de servir a los pobres enfermos. Tuvieron por esta época a una celosa reformadora: Genoveva Bouquet, que recibe ayuda de Vicente y de las Damas de la Caridad. Sus constituciones no dejaban lugar a duda: el servicio a los pobres enfermos tenía la preeminencia, era un honor, como una plegaria. Su vocación es más activa que contemplativa: ante la asistencia a los pobres, han de abandonar todo, por espiritual que sea.

San Vicente dice a las Hijas de la Caridad: *Vuestra vocación y la de las religiosas del Hôtel-Dieu están entre las más grandes que conozco* (IX, 131, 141).

Las Hospitalarias de la Charité Notre-Dame tenían un hospital en la Place Royale, en París: *Sirven a los enfermos sin salir de casa, mientras que las Hijas de la Caridad van a domicilio* (IX, 583). Según sus reglas, recogen sólo a mujeres, no a hombres (X, 124)".

3. Originalidad de Vicente de Paúl

a) *Experiencia de las Cofradías.*

Vicente de Paúl, que nunca tiene prisa, que no quiere adelantarse a la Providencia, que es el hombre prudente que hace de la vida su más valiosa experiencia, para quien todos los acontecimientos son Dios, sigue infatigable buscando su voluntad.

Así, apenas tomó posesión de la parroquia de Châtillonles-Dombes, él mismo nos cuenta:

“Estando yo cerca de Lyon, en una población de la que la providencia me había hecho párroco, un domingo, mientras me revestía para celebrar la santa misa, vinieron a decirme que a una distancia de un cuarto de legua todos estaban enfermos, sin que quedase uno para asistir a los demás, y todos en una miseria indecible. No dejé de recomendarlos con mucho afecto en el sermón y Dios tocó el corazón de los oyentes, de suerte que todos se compadecieron de aquellos desgraciados.

Después de mediodía hubo reunión en casa de una buena señora, para ver de qué modo se les podría ayudar, y todos estaban dispuestos a visitarlos y confortarlos de palabra y socorrerles con los propios medios.

Después de vísperas tomé conmigo a un hombre, vecino de la población, y nos pusimos en camino para ir a verlos. Encontramos mujeres que nos adelantaban, y de allí a poco otras que volvían. Y como era verano y hacía mucho calor, las buenas mujeres se sentaban al borde del camino para descansar y refrescarse. Total, hijas mías, eran tantas que hubiérais creído ver una procesión.

... se miró el modo de socorrerlos y yo propuse a todas aquellas buenas personas, que la caridad había conducido a aquella casa, que se turnasen día por día para hacer la olla no sólo a aquéllos, sino a cuantos se presentasen en lo sucesivo. Aquél fue el primer lugar donde se estableció la Caridad" (MV I, 90, 103-104, 108-109; SV IV, 58-59, 208, 243-244; XI, 2-5, 169-172; XII, 7-8, 82).

Vicente de Paúl pone a experiencia el método durante unos meses y pronto hace los reglamentos de las Caridades (noviembre-diciembre de 1617), porque temía que una buena obra comenzada "se viniera abajo en poco tiempo, si para mantenerla no hubiese alguna unión y vinculación espiritual".

Estas Caridades se habían de difundir con gran rapidez por las tierras del señor de Gondi. La Caridad de Châtillon sería modelo durante mucho tiempo y contribuiría a la conversión de muchos. El santo afirmará que las Cofradías de la Caridad "hacen maravillas".

Más tarde, en 1625, Vicente de Paúl fundará la Congregación de la Misión, cuyos sacerdotes se servirán de las Caridades como medios eficaces para hacer perpetuar el fruto de la misión.

El P. Vernaschi, en su tesis citada, dirá:

“Luisa de Marillac fue un regalo de la providencia a las co-
fradías de la Caridad. Tenía un deseo ardiente de entregarse
al servicio de los pobres. Vicente, que esperaba signos todavía
más claros de los designios de Dios sobre esta alma elegida, la
envía, desde 1629, a visitar las caridades que se habían fun-
dado (MV I, 245, 246; SV I, 51, n.; X, 73, 75, 81...; IX, 77,
244, 601).

En 1630 surge la Caridad de San Salvador de París. En 1631,
seis parroquias de París tenían caridades. El ejemplo había
cundido y bien pronto no hubo casi parroquia, en la ciudad
o en los suburbios, sin su asociación. San Vicente y Santa Luisa
pusieron esmero particular en la Caridad de su propia parroquia,
San Nicolás; Luisa quedó al frente de ella”.

b) *De las “siervas pagadas” a las “siervas vocacionadas”.*

Las Caridades de París estaban formadas por señoras de
la nobleza. En esto se diferenciaban de las Caridades del campo.
El reglamento exigiría que los servicios fueran hechos personal-
mente. Pero serios obstáculos habían de oponerse a ello. Unas
veces en las familias de las señoras; otras, la repugnancia que a
ellas mismas les produciría el hacer tan bajos servicios, tanto
que se hacían sustituir por sus sirvientas. Nos lo dice el propio
San Vicente: “La experiencia enseña que las señoras nobles en
la Cofradía tienen dificultad en llevar los alimentos a los pobres
enfermos, hacerles las camas, darles los medicamentos y pres-
tarles los servicios más bajos” (Coste XIII, 569-570, 579, 557,
566, 573).

Este inconveniente era grave. Además, faltaban también escuelas y maestros para los pobres. Buscaron, pues, chicas de origen humilde que impartieran instrucción y prestaran los servicios necesarios.

“Encontré en una misión a una buena campesina que se había entregado a Dios para instruir a la juventud en cualquier ocasión que se presentase. Dios la inspiró venir a verme y yo le propuse el servicio de los pobres. Ella aceptó con gusto al instante y la envié a San Salvador, la primera parroquia en que se estableció la Caridad” (IX, 209).

“Margarita Naseau.

Era una pobre vaquera sin instrucción, que había aprendido a leer y escribir a costa de una gran tenacidad, pues apenas tuvo maestro o maestra fuera de Dios. Después instruí a otras muchachas de su pueblo y, por fin, decidió ir de una aldea en otra, con otras dos o tres compañeras que ella había formado, para instruir a la juventud. Dios la llamó al servicio de los pobres enfermos de París y, aunque se sentía muy inclinada a proseguir el camino de la instrucción a la juventud, abandonó esa ocupación para abrazar otra que tenía por más perfecta y necesaria. Dios quería que fuese la primera Hija de la Caridad, servidora de los pobres enfermos de París, la primera que tuvo la suerte de entrenar a las demás en el modo de enseñar a las jovencitas y de cuidar a los pobres enfermos” (IX, 77, 78; I, 76, n. 6; IX, 79, 602; X, 101; I, 185, 187).

Margarita Naseau dio su vida en el *servicio de los pobres*, hasta sus últimas consecuencias. Murió contagiada de la peste que padecía una niña junto a la que se acostó.

A Margarita habrían de seguirla otras aldeanas, dando así comienzo humildemente a la COMPAÑIA DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD. San Vicente diría: "Preguntad a la señorita Le Gras si pensaba en la Compañía. ¡Ay de mí! Ni remotamente. Y yo puedo deciros ante Dios que no pensaba en absoluto. ¿Quién lo pensaba? Dios, hijas mías, que sabía bien lo que iba a hacer. El formó vuestra Compañía" (IX, 601, 208, 131, 245, 455-456).

c) *Una "comunidad nueva" en la Iglesia.*

De manera concisa y clara recoge Vernaschi un nuevo período histórico de la Compañía.

"El 29 de noviembre comienza para las Hijas de la Caridad un nuevo período; se prolonga hasta 1645. Era necesario prevenir a las jóvenes aldeanas contra los peligros y urgía además constituir un fondo de reserva. Las jóvenes, pues, fueron confiadas a la señorita Le Gras y comenzaron a formarse *en la piedad y en el modo de servir a los pobres*. No era una formación abstracta, apartada de la realidad, sino inserta en el mundo pobre y sufriente. Ya antes de entrar en casa de la señorita, las jóvenes debían servir en una cofradía parroquial. Se producía allí una primera selección (II, 549, III, 54; IX, 456; X, 101; XIII, 548, 566, 570, 573, 579, 580).

En este período se estaba ya fundando fuera de París; eran redactados reglamentos y estatutos. El 25 de marzo de 1642, Luisa y otras cuatro hermanas hicieron votos (XIII, 539, 551; V, 353; X, 638).

El 20 de noviembre de 1646, Juan Francisco Pablo de Gondi, auxiliar de París, aprobaba la Compañía, *bajo la forma de co-*

fradía particular, con el nombre de Servidoras de los pobres de la Caridad. Era, desde este momento, una asociación de derecho diocesano distinta de las Damas de la Caridad. Estaban sujetas al ordinario del lugar, pero éste delegaba su autoridad en Vicente mientras plugiese a Dios conservarlo en vida (XIII, 558).

La situación de la Compañía era aún frágil. Lo hecho por el arzobispo de París podía ser deshecho por su sucesor. En 1647 se cursó, a través de la reina Ana de Austria, una súplica al Papa para que la Compañía dependiese de Vicente y sus sucesores, mas sin resultado. Ahora bien, esta dependencia era ardientemente deseada por Luisa. Cuando se quiso reconocer legalmente a la Compañía, nadie encontró la aprobación original de 1646, y hubo de elevarse una nueva solicitud. Juan Francisco Pablo de Gondi, arzobispo de París, era ahora el cardenal de Retz. El 18 de enero de 1655, desde Roma, aprobaba una vez más la Compañía; quedaba de nuevo erigida en cofradía o sociedad particular con el nombre de Servidoras de los pobres de la Caridad. La dirección era confiada a Vicente y, después de él, a sus sucesores, los superiores generales de la Congregación de la Misión. El acta de establecimiento era firmada por Luisa y Vicente, el 8 de agosto de aquel mismo año (XIII, 566, 571-577).

Pero Retz estaba desterrado en Roma: cuidaba poco de defender unos derechos que no ejercería. ¿Tendrían ese mismo desinterés otros arzobispos? ¿Hasta qué punto estaba sujeta a ellos una Compañía que se había difundido en muchas otras diócesis? Entre tanto, los fundadores morirían. En 1668, el cardenal Louis de Vendôme era legado "a latere" de Clemente IX, quien, con su autoridad apostólica, el día 8 de junio confirma finalmente la aprobación del arzobispo de París.

Se ha impugnado una y otra vez la autoridad de los superiores generales de la Misión sobre las Hijas de la Caridad. El 8 de julio de 1882, el Papa León XIII declaraba, a través de la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares:

Nada debe innovarse en el gobierno de la Compañía de las Hijas de la Caridad, pues, según los indultos pontificios, incumbe al Superior General de la Congregación de la Misión regir y gobernar...

Era una exención de hecho, pero implícita. El privilegio de la exención por derecho fue solicitado formalmente el 12 de agosto de 1946, punto crucial, pues significa que las Hijas de la Caridad se adaptaban al Código de Derecho Canónico. El 1 de julio de 1954, las constituciones son aprobadas por la Sagrada Congregación de Religiosos”.

Las Hijas de la Caridad, “comunidad nueva” en la Iglesia, son “llamadas y reunidas por Dios para honrar a Nuestro Señor Jesucristo como manantial y modelo de toda caridad, sirviéndole corporal y espiritualmente en la persona de los pobres” (Reglas Comunes). Sus fundadores las exhortarán continuamente a servir a los pobres con DULZURA, RESPETO y CORDIALIDAD. San Vicente llega a decir a las hermanas: “Los pobres son vuestros amos y señores”.

Un *servicio realizado con humildad, sencillez y caridad*, será la obsesión del santo, y así se lo dirá mil veces a sus hijas en sus innumerables conferencias. Estas tres virtudes, les dirá, “son como las tres potencias del alma” y harán que constituyan el espíritu de las Hijas de la Caridad.

Santa Luisa dirá también que “la Compañía sirve a los pobres que carecen de todo. Propones sólo servir a los po-

bres...”. Y San Vicente lo completará diciendo: “Las Hijas de la Caridad están sólo para los pobres enfermos que nadie atiende”.

Todo este legado vicenciano, del que tantos volúmenes hay escritos, podría condensarse hoy, para definir a las Hijas de la Caridad, como lo hacen sus constituciones actuales:

- Entregadas a Dios.
- En comunidad.
- Para el servicio de los pobres, de todos los pobres.
- Por todas partes.
- Con un espíritu evangélico de humildad, sencillez y caridad.

Y con ese bagaje las Hijas de la Caridad llegarán a todas las partes del mundo...

DIMENSION SOCIAL DE LA COMPAÑIA DE LAS HIJAS DE LA CARIDAD

Es casi imposible abordar la dimensión social de una obra, si no se la sitúa en el marco adecuado. Así, pues, querer hablar de la dimensión social de la Compañía de las Hijas de la Caridad, como obra de Vicente de Paúl y de Luisa de Marillac, exige conocer quiénes son sus contemporáneos, y más en concreto,

quiénes son los pobres del siglo XVII. Y esto aunque sea de manera muy somera.

El P. Ibáñez Burgos, en su obra "San Vicente de Paúl y los pobres de su tiempo", dice que "el pobre varía a través del espacio y del tiempo. Cada época produce sus pobres. La referencia a la misma enseñanza evangélica induce, incluso, a tomar actitudes y opciones muy diversas en la manera de comprender y de vivir la pobreza o de luchar contra ella... El estudio de la Historia Social del siglo XVII revela una doble realidad: la pobreza aparece con diversos rostros y los pobres están clasificados en categorías diferentes. El mundo de los pobres es diverso. Sin embargo, esta diversidad no hace desaparecer su unidad. Por esta razón, se requiere precisar las semejanzas y diferencias fundamentales que unen y separan a los pobres que viven en la sociedad o que permanecen al margen de esta misma sociedad, es decir, *al pobre, al mendigo, al vagabundo...*

El significado de la palabra pobre, en el siglo XVII, no se reduce al sentido económico. En sentido amplio del término, pobre es el que sufre, el que se encuentra en la desdicha, el humilde. En sentido más estricto, pobre es el que se encuentra viviendo continuamente en la penuria, en la necesidad".

Siguiendo al mismo autor, dice que "el siglo XVII considera pobres a quienes están constantemente amenazados de caer fácilmente en la pobreza, desde la incertidumbre en que se encuentran todos los días de poder conseguir los medios necesarios para poder vivir. Esta preocupación constante es sumamente reveladora de las inestabilidades de las masas populares. Ello indica, y en definitiva explica, que el siglo XVII llame pobres a quienes están acechados cada día por la pobreza y, al más mínimo incidente de la coyuntura histórica, se ven

envueltos en ello. Los inventarios realizados en Beauvais, Amiens, Lyon, París, confirman que muchos pequeños campesinos, obreros de la ciudad y del campo, pequeños artesanos, son asistidos por la caridad pública o privada. Los pobres, en consecuencia, se reclutan sobre todo en el mundo del trabajo, entre quienes no poseen ningún bien. Por eso, muchos campesinos, a causa de diversos incidentes, se enrolan en el pauperismo, y muchos artesanos, que no pueden alimentar con su salario a su familia, tienen que ser socorridos. No hay que extrañarse, pues, del sentido tan amplio del término pobre”.

Y continúa el P. Ibáñez Burgos “que si es difícil y sutil determinar las variaciones del umbral de la pobreza, y de esta manera poder catalogar a los pobres, sus consecuencias son, por el contrario, muy claras. La más inmediata consiste en forzar a la mendicidad a la mayoría de la clase humilde. La prueba está en que, por todas partes, los pobres, incluso si ellos no mendigan, envían o permiten fácilmente vagabundear o mendigar a sus hijos.

Entre los adultos, la tipología de mendigos se parece demasiado a la de los pobres. En sus filas existen ancianos y viudas, pero también se encuentran enfermos, jóvenes, obreros sin trabajo. Infortunados que no tenían más que su trabajo para vivir y que ya no pueden trabajar, o que su trabajo no les da para vivir. Pobres y mendigos son con relativa frecuencia los mismos en los períodos de crisis sociales”.

La tesis que expone el P. Ibáñez Burgos, en el capítulo IV de su citada obra, es francamente apasionante e ilustra maravillosamente el tema, pero es imposible seguir transcribiéndola aquí. Baste este “flash” que concluye con los últimos párrafos del mencionado capítulo.

“Durante la guerra franco-española, y sobre todo durante y después de la Fronda, es difícil distinguir a los profesionales de la mendicidad y del vagabundeo, de los pobres obreros y campesinos obligados a abandonar su trabajo y a mendigar su vida para poder subsistir. El vagabundeo aumenta y los campesinos se unen en grandes grupos para poder defender su existencia. Reaccionando instintivamente contra su sociedad y un poder, intentan subsistir por el robo y el crimen...”.

Vicente de Paúl, conmovido ante el espectáculo de una multitud de pobres campesinos convertidos en mendigos, escribe estas palabras el 8 de octubre de 1649: “Los pobres que no saben a donde ir ni qué hacer, que sufren y que se multiplican todos los días, constituyen mi peso y mi dolor”.

La intervención del poder central intentará afrontar el problema de la miseria, de la mendicidad y del vagabundeo, decretando por edicto real, en abril de 1656, la creación del Hospital General de París, donde pobres y mendigos serán encerrados.

El espectáculo de miseria vivido por Vicente de Paúl no había sido tan grande en Francia como lo era en aquella época. El país estaba en lamentable situación a todos los niveles. Las guerras de religión, las guerras civiles complicadas con las extranjeras, habían dado lugar a un abandono total del campo, después de haber sido devastado por los ejércitos; las ciudades rebosaban obreros sin trabajo, vagabundos de todas clases. Los hospitales se quedaban pequeños y no daban abasto; ni siquiera el viejo Hospital General era capaz de albergar a tanto enfermo, en el cual estaban “amontonados unos sobre otros”, en expresión de Hanotaux.

En este escenario va a tener su expresión y expansión la dimensión social de la Compañía de las Hijas de la Caridad,

impulsada por Vicente de Paúl y Luisa de Marillac. Ellas intentan socorrer las miserias a los refugiados en los caminos, a los enfermos en sus propios domicilios, en los hospitales, recogiendo a los ancianos abandonados, a los niños expósitos...

Vicente de Paúl sufre en su carne dolorosamente el intento de “encerrar a los pobres”, de hacerlos desaparecer de las calles, de la sociedad, porque constituyen una lacra para Francia. No se distingue entre ellos al que es un pobre campesino, un obrero sin trabajo, del que es un vagabundo de profesión, si está enfermo como si no. Todos han de ser reclusos y condenados a morir fuera de la sociedad...

Vicente de Paúl había vivido la experiencia de una caridad mal organizada, cuando era párroco en Châtillon-les-Dombes. El conoce también la situación deplorable de los hospitales y se pone a trabajar en este campo. Con las Hijas de la Caridad y las Damas del Hôtel-Dieu, participa en la reforma y en la organización de estos establecimientos de enfermedad y de miseria. A partir de 1639, las Hijas de la Caridad no sólo atenderán a los enfermos en sus domicilios, sino que también lo harán en los hospitales. La exhortación que Vicente de Paúl hace en los reglamentos para la atención a los enfermos, invita a pensar en la ternura más grande que pueda dispensarse...

El despliegue social de la obra de Vicente de Paúl abarca cualquier aspecto, porque la miseria de su tiempo también llegaba a todos los rincones.

Así, la obra de los niños expósitos es también encomendada a las Damas y a las Hijas de la Caridad. Vicente de Paúl conoce el abuso que se tiene con estos niños, que eran vendidos y utilizados para excitar la piedad del público, y lograr así que

les diesen limosna, luego los dejaban morir de hambre. En 1638, a pesar de las dificultades que encontró, se ocupa de esta nueva obra, que no será respuesta a ningún programa previsto, sino que tendrá éxito gracias al buen sentido organizador de Vicente o a lo que llamamos hoy una gran “mentalidad social”.

Advirtiendo las dificultades que las Hijas de la Caridad tienen en este trabajo, les dirá: “Es un trabajo duro, cierto, hijas mías, pero es motivo de agradar a Dios”.

La acción de Vicente de Paúl en esta obra, con la imponderable ayuda de Luisa de Marillac, marca un claro progreso social en el siglo XVII. Los prejuicios que existían acerca de los expósitos, se quiebran ante la obra de Vicente, a través de la cual enseñó a su tiempo cómo debe actuarse para que resulte eficaz.

En expresión de Dirvin, “la obra de los expósitos fue el primer intento organizado con criterios modernos en el campo del bienestar de la infancia. Llegaría a ser una de las obras principales de las Hijas de la Caridad” (“Santa Luisa de Marillac”, pág. 154).

A lo largo del camino de Vicente de Paúl, es una constante en su vida, algo que le compromete de continuo, el luchar contra toda pobreza. Es claro en él que, para cumplir perfectamente la ley del amor, su testimonio ha de basarse en un servicio hecho a los pobres, en una entrega total a ellos, a partir del “don de sí”. Y a esta constante añadirá otra: la de *organizar la caridad*.

Así instruirá continuamente a sus Hijas de la Caridad, lo mismo que a los sacerdotes de la Misión y a las Damas, que han

de estar abiertos y muy atentos a las necesidades nuevas que van surgiendo y a las posibilidades que la Providencia de Dios depare para aliviar esas necesidades.

A Vicente de Paúl le duele la esclavitud de los pobres. Su gesto continuo está orientado a liberarles de la pobreza material y espiritual, de esa pobreza que no afecta sólo al tener, sino al ser.

Toda esta obsesión de Vicente de Paúl la traducirá en lo que él llama “amor afectivo y efectivo”; y así, en febrero de 1653, dirá a sus Hijas de la Caridad:

“... Un corazón que ama a nuestro Señor no puede sufrir su ausencia y tiene que unirse con él por ese amor afectivo que produce a su vez el amor efectivo... que consiste en el ejercicio de obras de caridad, en el servicio a los pobres, emprendido con alegría, entusiasmo, constancia y amor. Estas dos clases de amor son como la vida de las Hijas de la Caridad...”.

Por eso, Vicente de Paúl y Luisa de Marillac no dudan tampoco en hacer de las Hijas de la Caridad, en 1640, las siervas de los condenados a galeras. Las dan un reglamento en el que queda patente la preocupación por las hermanas y por los pobres forzados. Aquí encomienda a las Hijas de la Caridad una de las tareas más duras y delicadas que pudieran haberse hecho en aquel tiempo. El lo sabe y por eso las dirá: “¡Oh, hermanas, qué felicidad servir a estos pobres forzados!”. Y más tarde las enviará también a los campos de batalla...

Como una de las fuertes consecuencias de las guerras fue la incultura a que se vio sometida Francia, a Vicente de Paúl y Luisa de Marillac les preocupaba también el abordar este

nuevo tipo de miseria, nueva llamada de Dios. Sin embargo, no era fácil que las Hijas de la Caridad pudieran afrontarla, ya que entre ellas mismas abundaban las analfabetas.

Pero ello no podía obstaculizar el ardor de los dos santos. Luisa, que estaba perfectamente instruida en las letras y en las artes, se constituye en maestra, a la vez, de sus Hijas y de las niñas pobres.

Y así la Compañía, comprometida cada vez más, “urgidas por la caridad, se lanzan a la instrucción de la juventud”. En mayo de 1641, Luisa de Marillac recibe la aprobación para su primera escuela en París:

“En razón de nuestra dignidad de chantre de dicha Iglesia de París, el mantenimiento y gobierno de las pequeñas escuelas de la ciudad, de los arrabales y afueras de París, nos atañe y nos pertenece, y habiéndoos encontrado digna de llevar las escuelas, después de nuestro examen, después de la opinión de su párroco y del testimonio de todos los demás dignos de crédito, conociendo la vida de usted, costumbres y religión católica, le concedemos a este respecto la licencia y otorgamos la facultad de dirigir las escuelas y ejercerlas en la calle llamada el Barrio de San Lázaro, en el distrito de San Dionisio, y con el cargo de enseñar a las niñas pobres solamente y no a otras, y educarlas en las buenas costumbres, letras gramaticales y otros piadosos y honestos ejercicios, habiendo tomado antes su juramento de dirigir diligente y fielmente las dichas escuelas según nuestros estatutos y ordenanzas...” (A.R.B., Luisa de Marillac, colocada después de la carta número 41).

Con el sentido de justicia de Vicente de Paúl, escribe a Luisa de Marillac, refiriéndose a un catecismo cuya doctrina le parecía a ella elevada para las Hermanas:

“Sería bueno que se lo leyera a nuestras Hermanas y usted misma se lo explicase, con el fin de que todas lo aprendieran y lo profundizaran para enseñar, pues, ya que es necesario que enseñen, es preciso que sepan” (A.R.B., consejo de 22 de marzo de 1648).

Y, posteriormente, en una de sus conferencias, dirá a las Hermanas:

“La Sagrada Escritura dice que la caridad bien entendida empieza por uno mismo, y el alma debe preferirse al cuerpo. Así, pues, es cosa necesaria el que las Hijas de la Caridad instruyan a los pobres en las cosas necesarias de la salvación, y para esto es preciso que estén instruidas primeramente ellas mismas, antes de poder enseñar a los otros” (Coste X, 627).

¿Qué se puede deducir de este despliegue de acción caritativa de Vicente de Paúl a través de las Hijas de la Caridad? ¿Qué clase de espíritu está infundiendo en ellas? ¿Cómo no explicarse su estrategia al colocarlas en medio del mundo, de una manera secular?

Las Hijas de la Caridad, en sus orígenes, beben en su santo fundador unos criterios de acción caritativa y social, cuya proyección se extenderá por los siglos futuros y a lo largo y ancho de la geografía del mundo.

De Vicente de Paúl aprenderán que las necesidades y los acontecimientos son los signos más evidentes de la voluntad de Dios. Y que la acción debe estar orientada a establecer una unión con Dios. Por ello dirá: “Todas estas cosas deben ser realizadas por el único motivo de agradar a Dios y para imitar en ello, en cuanto sea posible, a Nuestro Señor Jesucristo, que hizo siempre las mismas cosas y por el mismo fin...”.

Infundirá en las Hijas de la Caridad la idea de que la pobreza sólo puede tener sentido como medio para solidarizarse con quienes la padecen, pero que es necesario asumirla como un mal y, desde ahí, liberar a los hombres de ella. Por tanto, una acción caritativa al estilo vicenciano arranca a las Hijas de la Caridad una crítica radical que las empuja a ejercer una acción liberadora.

LA IDENTIDAD VICENCIANA A TRAVES DE LUISA DE MARILLAC

Luisa de Marillac, en apariencia una mera ejecutora de los criterios de Vicente, es la “mujer fuerte” que dinamiza el pensamiento del santo y lo hace vida en sus Hijas de la Caridad, a las que instruye día a día y para las que vive totalmente entregada, al mismo tiempo que para los pobres.

Luisa de Marillac es la piedra sobre la que el Gran Artífice, Dios, por medio del mejor cincel, Vicente, va logrando el modelo más perfecto de Hija de la Caridad para todos los tiempos: humilde, sencilla, caritativa, cuya intuición en el tiempo fue sin precedentes. Logró uno de los mejores medios de mantener viva la Compañía: la unidad, en la dependencia del Superior General de la Misión. Este logro, tan discutido a veces hasta por “los de casa”, es el que hace que las Hijas de la Caridad mantengan su espíritu en plena vitalidad. Ese “espíritu”, que los PP. Paúles contribuyen a alimentar con sus enseñanzas, aprendidas también del padre común: Vicente de Paúl.

Puesto que el gran santo de la caridad solía decir “firmes en el fin, flexibles en los medios”, las Hijas de la Caridad han

cambiado, sin duda, en su forma de ejercer la caridad; pero, porque la Compañía es una comunidad apostólica, el apostolado sigue siendo su razón de ser.

Por mucho que cambien las “formas”, los “dinamismos” heredados de Vicente de Paúl y de Luisa de Marillac, están ahí:

“Las Hijas de la Caridad, fieles a su bautismo y en respuesta a un llamamiento divino, se consagran por entero y en comunidad al servicio de Cristo en los pobres, sus hermanos, con un espíritu evangélico de humildad, sencillez y caridad.

Un mismo amor anima y dirige sus servicios: por la fe saben que es Dios quien las espera en los que sufren. San Vicente expresa esa unidad dinámica de su vida cuando dice: ‘Sois pobres Hijas de la Caridad que os habéis entregado a Dios para el servicio de los pobres’ ” (Constituciones Hijas de la Caridad, 1.4).

“La regla de las Hijas de la Caridad es Cristo, y se proponen imitarle bajo los rasgos con que la Escritura le revela y los fundadores le descubren: Adorador del Padre, Servidor de su designio de Amor, Evangelizador de los Pobres.

Para seguirle más de cerca y prolongar su misión, las Hijas de la Caridad eligen vivir total y radicalmente los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, que les permiten estar disponibles para el fin de la Compañía: el servicio de Cristo en los pobres. Todas y cada una confirman personalmente su donación total al Señor en la Compañía por medio de votos anuales” (Const., 1.5).

“Los fundadores vieron en la vida fraterna uno de los apoyos esenciales de la vocación de las Hijas de la Caridad. Esa vida

común y fraterna se desarrolla en la comunidad local, donde las hermanas colaboran con fe y alegría, dan testimonio de Cristo y rehacen sus fuerzas con miras a la misión” (Const., 1.6).

“Las Hijas de la Caridad contemplan a Cristo, a quien encuentran en el corazón y en la vida de los pobres, donde su gracia no cesa de actuar para santificarlos y salvarlos. Tienen la preocupación primordial de darles a conocer a Dios, anunciarles a Jesucristo, su única Esperanza, y decirles que el reino de los cielos está cerca y es para ellos... En una mirada de fe ven a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo, y se esfuerzan por servirle en sus miembros dolientes ‘con dulzura, compasión, cordialidad, respeto y devoción’ ” (Const., 1.7).

“Del Hijo de Dios aprenden las Hijas de la Caridad que no hay miseria alguna que puedan considerar como extraña a ellas. Cristo interpela continuamente a su Compañía por medio de sus hermanos que sufren, de los signos de los tiempos, de la Iglesia... Múltiples son las formas de pobreza, múltiples también las formas de servicio, pero uno solo es el amor que Dios infunde en las que ha llamado y reunido...” (Const. 1.8).

Qué duda cabe que, al leer este corto elenco de las constituciones de las Hijas de la Caridad, se está poniendo de relieve lo que fuera la preocupación de Vicente de Paúl, vivida por Luisa de Marillac y transmitida a sus Hijas, de generación en generación:

– Vivencia de la fe y la caridad: “Un mismo amor anima y dirige su servicio...”.

– Sentido y actitud de *siervas*: “Sois pobres Hijas de la Caridad...”.

— Sensibles ante los pobres y ante las múltiples formas de pobreza: “Del Hijo de Dios aprenden... que no hay miseria alguna que puedan considerar como extraña...”.

— Disponibilidad, secularidad: “Enviaron a las Hijas de la Caridad al encuentro con los pobres... y las dieron por monasterio las casas de los enfermos; por celda, un cuarto de alquiler; por capilla, la parroquia; por claustro, las calles de la ciudad y las salas de los hospitales; por clausura, la obediencia; por rejas, el temor de Dios; por velo, la santa modestia...” (Cfr. Const., 1.9).

Y así podríamos seguir y no agotar el tesoro vicenciano puesto a descubierto, asomándose a la vida de Luisa de Marillac y de cuantas la secundaron.

FIDELIDAD A LOS ORIGENES Y RENOVACION PARA NUESTRO TIEMPO

Hasta aquí no era difícil seguir tras las huellas de Vicente de Paúl y de Luisa de Marillac, puesto que se trataba más de una “mirada al pasado”. Las dificultades empiezan cuando hay que situarse en un presente, donde el primer dato de “fidelidad” tiene que ser la justicia y la objetividad para poner las cosas en su justa medida. Más difícil aún será intentar ponerse en clave de futuro.

1. Fidelidad. ¿En qué?

La Compañía de las Hijas de la Caridad, desde el Concilio, ha hecho verdaderos esfuerzos de renovación, que no es

necesario poner de relieve porque están ahí. Bien es verdad que, de no haberse dejado “empolvar” durante algún tiempo por el peso y el paso de las circunstancias, la Compañía hubiera podido “vivir de las rentas”. ¡Era tan grande el capital que heredaron!

Mas, es de temer que durante algún tiempo no hiciéramos buen uso de él, empezando a malgastar la hacienda:

- ¿Acaso perdiendo la disponibilidad?
- ¿Institucionalizando el servicio?
- ¿Perdiendo la libertad e hipotecando nuestra originalidad por un falso entendimiento de fidelidad a la Iglesia?
- ¿Dañando nuestra “secularidad” por una no comprensión de la diversidad de los carismas, de la estrategia vicenciana, y en “fidelidad” mal entendida a las normas de la Iglesia?
- ¿Viendo como bueno *todo*, sin distinguir que, aunque así sea, “el pan de casa siempre es mejor”.

La letanía analística podría no terminarse. Sólo el Santo Espíritu podría dictaminar...

Felizmente, hoy, las aguas empiezan a volver a su cauce. La Compañía redescubre con ilusión y ojos nuevos su carisma de “servicio de los pobres”, y lo está redescubriendo con una fuerza arrolladora tal que, ¡ojalá!, todas las Hijas de la Caridad sepamos asimilar convenientemente. Habremos de tener mucha paciencia. El peso institucional va a ser lo más difícil de descargar de nuestros hombros. Ello hará más lenta la recuperación de nuestra agilidad.

Tengo la impresión de que las Hijas de la Caridad estamos de nuevo como Vicente de Paúl tras la guerra de la Fronda: *miseria a derecha e izquierda*. Y también por la guerra, guerra del odio, del egoísmo y de la incomprensión, que de nuevo ha generado pobres, huérfanos, presos, ancianos, drogadictos...; la más variada gama de marginados que grita a la Compañía: ¡Fidelidad aquí y ahora, si queréis que sea verdad que Vicente vive...!

2. Fidelidad. ¿Cómo?

Aquí no hay nada que inventar. En definitiva, se trata de “ser” y “vivir” para no incurrir en contradicción o pecado contra la Luz, al haber logrado, por una parte, llegar a conocer mejor nuestra identidad y, por otra, no dedicarse resueltamente a vivirla (Cfr. Ecos de la Compañía núm. 4, abril 1981, P. Lloret).

“Ser hoy siervas de los pobres —ha dicho nuestra Superiora General, Sor Lucía Rogé— en la línea del carisma primitivo que recibieron los fundadores, significa responder a una llamada a la conversión tan desconcertante y radical como lo fuera en el siglo XVII.

Hemos de reconsiderar las verdaderas perspectivas que nos presenta nuestro carisma con sus imperativos.

En primer lugar, existimos para los pobres.

Segundo, estamos para servirles en sus necesidades corporales y espirituales. Somos sus siervas. En una visión de fe, somos las siervas de Cristo en ellos. Los pobres tienen derecho a poder

reconocer a sus siervas a través de la pobreza de su estilo de vida, de cómo comparten sus mismas inquietudes, de una solidaridad que se expresa también en la oración por ellos y en nombre suyo.

Siervas, sirvientas... ¿Qué hemos de entender por ello? Tenemos que volver a la idea de disponibilidad absoluta ante sus necesidades, para prestarles servicios que nadie, fuera de nosotras, les presta. Lo mismo que cuando se trataba de los enfermos del siglo XVII, tales servicios tienen que contribuir:

- A permitirles subsistir, a hacer que se les respete, a promocionarlos, a devolverles la confianza y la Esperanza.
- A restablecerles en su dignidad humana, corporalmente —mediante la limpieza, por ejemplo— y espiritualmente, con la estima y la amistad.
- A darles amor, anunciándoles la Buena Noticia con el testimonio de nuestra vida y, siempre que sea posible, con la palabra.

Saber aceptar, como nuestras hermanas que servían a los galeotes y como lo que debía ser el trabajo en un hospital psiquiátrico del siglo XVII, un servicio desprovisto en apariencia de toda eficacia inmediata, prestar un servicio gratuito, pero, a la vez, testimonio de otra dimensión del hombre...; servicio que, en nuestros días, esperan también tantos marginados y sociales... todos los que no pueden vivir sin el apoyo individual y colectivo que les aporta la institución” (7 de septiembre de 1981, en: Ecos de la Compañía núm. 11, noviembre 1981).

Y espigando un poco más adelante en la misma conferencia dirá:

“Tenemos que organizar nuestra reforma. Su primera etapa es nuestra conversión... Conversión del corazón hacia sólo Dios... ‘Sólo Dios basta’, gracia de verdad y de fidelidad..., gracia de renovación, de creación de fundaciones nuevas. Reformarnos para entrar en la verdad total de la esencia de la vocación, vivir con el mismo deseo de autenticidad, como San Vicente dijo, hablando del servicio a los pobres, pero también tocante a la humildad, a la obediencia, a la caridad fraterna, a la unión con Dios...” (Ib., o.c.).

¿Estará aquí insinuando la Superiora General de la Compañía la necesidad de una Hija de la Caridad a lo Teresa de Jesús? Algo así. Mas su intuición la matizará con una sana ironía diciendo: “Quiero terminar esta proposición de reforma no pidiéndoles que pasen ustedes a ser Hijas de la Caridad ‘descalzas’, sino Hijas de la Caridad SIERVAS”.

Será bueno añadir aquí que, entre los medios más eficaces para la conversión y, por ende, para la fidelidad, se encuentra la *formación*. Y ella es, sin lugar a dudas, la tarea que viene realizando la Compañía de las Hijas de la Caridad, de una manera sistemática y acertada, que genera un continuo cambio en el estilo, a todos los niveles. Viene igualmente clarificando no sólo el concepto, sino el contenido de la *autoridad como servicio*, de la *oración como necesidad vital*, de la *comunidad como apoyo imprescindible*, del *envío y de la misión como realizaciones evangélicas...*

Según el pensamiento de los fundadores, las Hijas de la Caridad no son religiosas. Sus votos —privados y renovables anualmente— ratifican la entrega que viven desde su incorporación a la Compañía y garantizan la continuidad y la calidad del servicio a Cristo en los pobres y a los pobres en Cristo. *Es este servicio el que las convierte en Hijas de la Caridad.*

A este fin tiende la formación, cuyo objetivo global es permitir un continuo descubrimiento del proyecto de Dios sobre cada Hija de la Caridad y sobre la Compañía entera, asumido por la propia comunidad.

3. Fidelidad. ¿Cuándo?

Aunque suponga un retroceso en el tiempo, es de justicia, para responder a esta pregunta, hacerlo con una gran maestra de la Compañía, cuyo paso fugaz por ella como Superiora General quizá también nos haya hecho a las Hijas de la Caridad tener sólo un recuerdo fugaz suyo. Se trata de la M. Guillemín, promotora de uno de los cambios en la Compañía que ha marcado su historia de manera decisiva. (¿Ofreció la M. Guillemín al Señor su vida por esta empresa?).

Precisamente en los momentos en que ella había sido llamada a ser auditora del Concilio Vaticano II, marcaba a la Compañía el “ítem” más importante de la renovación.

Con las primeras luces del año 1967, escribía a las Hermanas:

“Ha sonado una hora crucial en la que todo lo que vive en la Iglesia ha de renovarse o morir... Va en ello la salvación eterna de cada una de nosotras y la suerte de la Compañía en la Iglesia. Los próximos años deben ser años de renovación espiritual. En este período tan rico de la vida del mundo y de la Iglesia, *todo lo mediocre está llamado a desaparecer. La Iglesia no necesita para nada de Hijas de la Caridad mediocres; la Iglesia y el mundo necesitan santos...*

¿Y en qué consiste esta renovación que se nos pide? Consiste, en primer lugar, en encontrar de nuevo la gracia del primer llamamiento..., fortificar nuestra fe en los grandes principios evangélicos sobre los que hemos cimentado nuestra vida..., auscultar nuestro corazón y nuestra conducta para saber si creemos aún en ellos..., comprobar nuestro estado de salud en la vida espiritual, sus manifestaciones, su ritmo, su valor, sus relaciones con nuestra vida profesional y apostólica..., redescubriendo el sentido de nuestra vida, viviendo de oración y en caridad... La caridad que debemos a nuestros hermanos es, ante todo, interior... Amar a nuestros hermanos es *servirles*, es obrar con justicia respecto a ellos, es ayudarles a ser artífices de su promoción humana y sobrenatural..." (Cfr. Circular 1 de enero de 1967).

Constatar la Vida del Espíritu a través de Vicente de Paúl y Luisa de Marillac, es sencillamente evocar nombres: Margarita Naseau, Catalina Labouré, Susanne Guillemin y tantas otras Hijas de la Caridad cuyos nombres están escritos en el cielo y los que están por escribirse... que, ¡ojalá!, sean todos los que constituyen el catálogo de la Compañía a lo largo de tres siglos y medio...

CARITAS Y LAS HIJAS DE LA CARIDAD

En justa correspondencia al marco en que se escribe este artículo, es decir, la revista "Corintios XIII", que ha querido dedicar sus páginas a hacer un homenaje a Vicente de Paúl, en el IV Centenario de su nacimiento, es obligado decir una palabra más.

Y esta palabra va a ser breve y sencilla. Quiere referirse a la vinculación existente entre la Compañía de las Hijas de la Caridad y CARITAS, como órgano de la acción caritativa y social de la Iglesia.

Para las Hijas de la Caridad, Cáritas es marco adecuado que la Iglesia les ofrece para su “servicio a los pobres”.

Los objetivos básicos de Cáritas son el desarrollo integral del hombre y la transformación progresiva de la sociedad.

Es evidente que estos objetivos, después de todo lo expuesto, quedan patentes en el legado vicenciano hecho a la triple familia.

Bien es verdad que, por otra parte, es claro que la acción caritativa y social de la Iglesia —Cáritas— tiene que venir realizada, como es obvio, por toda la Iglesia, es decir, por todos los católicos, religiosos y laicos, pues en última instancia no se trata sólo de un legado vicenciano, ni siquiera paulino, es el legado de Cristo a los hombres de buena voluntad, comprendido en su Evangelio. Es el legado de quien “no vino a ser servido, sino a servir”, del que fue enviado “para dar la vida por sus ovejas”.

BIBLIOGRAFIA

Responsable de la Sección:
Raimundo Rincón

NOTA IMPORTANTE. Constituye una tarea muy ardua y tal vez poco útil pretender una bibliografía exhaustiva sobre estos tres grandes colosos de la hagiografía cristiana. Nos limitamos a ofrecer una selección básica según estos criterios: publicaciones recientes y publicaciones próximas a la mentalidad/posibilidades de nuestros lectores.

BIBLIOGRAFIA TERESIANA

Habla la Santa de Avila

SANTA TERESA DE JESUS, *Obras completas*. Transcripción, Introducción y Notas de Efrén de la Madre de Dios, O.C.D., y Otger Steggink, O.Carm., Madrid 1982, 7a ed., XXXVIII-1184 pp., 1.700 pesetas.

Se recogen en un solo volumen todos los escritos que se conocen de la Santa, todos los hilos de su historia y la reseña de los principales acontecimientos y personas con ella relacionados. Las obras se estructuran en tres secciones: la primera, de carácter personal, agrupa los libros en que se espejan y remansan sus experiencias y doctrina; la segunda abraza los escritos institucionales; finalmente, la tercera se dedica a los escritos sociales. La obra se abre con una breve introducción general y una minuciosa cronología de su vida. Cierran la edición dos índices com-

pletísimos: uno de temas y otro de lugares y personas. La edición es muy estimable sobre todo porque los autores son dos expertos conocedores de todo lo relacionado con la mística doctora de Avila.

TERESA DE JESUS, *Album del IV Centenario: 1582-1982*. Textos seleccionados por P. Lauzeral-M. Kieffer; ilustraciones a cargo de G. Demonchy, Paulinas, Madrid 1981, 96 pp., 650 ptas.

Demonchy ha sabido poner en juego sus reconocidas cualidades de fotógrafo para sacar unas vistas tanto más insólitas cuanto que provienen en su mayoría del interior de las clausuras. Para conservarlas su autenticidad y lozanía se presentan acompañadas por textos tomados de los escritos de la Santa. En vísperas del segundo milenio cristiano y respondiendo a los deseos de Juan Pablo II, estas páginas pretenden encender entusiasmos, suscitar una pasión de servicio o, para usar el lenguaje de Teresa, una "locura de amor", en un mundo que, decididamente, es demasiado razonable para acoger a Jesucristo, "el príncipe del Amor".

TERESA *que ríe*, por M. Izquierdo, Salamanca 1982, 110 pp., 200 ptas.

Abre al azar el libro, lee una anécdota suya y verás cómo terminas sonriendo con la Santa. Especial para tiempos de crisis.

SANTA TERESA, *La oración y la contemplación*, por P.M. Bernardo, Paulinas, Madrid 1977, 358 pp., 450 ptas.

La presente obra contiene la mayor parte de la *Vida* de la Santa y algunos capítulos del *Camino de perfección*, del *Libro de las Moradas* y de otros escritos. Son muy pocos los hispanoparlantes, especialmente en América, que logran el estilo clásico de la madre Teresa y sus referencias a una doctrina espiritual para ellos desconocida. Por eso P.M. Bernardo ha procurado traducir al lenguaje común la parte de sus obras que pueden

resultar más de interés. Debajo del texto ha añadido también notas que ayudan a relacionar los problemas del hombre de hoy con la rica experiencia de la mística escritora.

Obras generales

ALASTRUE, P., *Una mujer, Teresa de Jesús, Sígueme*, Salamanca 1981, 146 pp., 550 ptas.

La autora no intenta seguir la peripecia existencial de la biografiada paso a paso; simplemente aspira a presentar algunas facetas importantes de su personalidad, de sus actividades y de sus relaciones con Dios. El orden cronológico que sigue se adecúa a este intento, aunque al final se inserta una rigurosa cronología que marca el proceso histórico de los hechos. El estilo es libre y muy cercano a cualquier lector.

BARRENA SANCHEZ, J., *El rostro humano de Teresa de Avila, Sígueme*, Salamanca 1982, 2a ed., 310 pp., 990 ptas.

El propósito del autor es acercar la figura de Teresa de Jesús a la inteligencia y corazón del pueblo sencillo, pues no la conoce porque no lee sus escritos o porque prejuzga que es una Santa para privilegiados espirituales. Por eso, Barrena plantea desde el principio este interrogante: Teresa de Avila, la mujer, ¿ofrece alguna afirmación de los valores humanos a quienes, sin dejarse entusiasmar demasiado por los santos, son inquietos buscadores de hombres que rezumen confianza en la persona, alegría en el diario vivir y esperanza en el amor? De ahí su intento de recuperar la mujer que ella fue y de cooperar a presentarla en todas sus dimensiones y en toda su autenticidad.

BENGOECHEA, I., *Teresa y las gentes*, PP. Carmelitas Descalzos, Cádiz 1981, 399 pp., 800 ptas.

Un libro más, pero diferente. En él podemos descubrir el rostro

humanísimo de la Santa, proyectándose en la variada gama de sus relaciones sociales. El autor le cede la palabra a ella misma, por lo que viene a establecerse un encuentro mano a mano con la propia Teresa.

ALVAREZ, T., *Santa Teresa y la Iglesia*, Monte Carmelo, Burgos 1980, 2a ed., 147 pp., 240 ptas.

Tal vez no sean muy conocidos los contratiempos y sinsabores que hubo de sufrir, derivados de las intervenciones de distintos personajes en su vida y actividad. A pesar de todo, con la entereza y alegría de mujer fuerte, superó todos los escollos y permaneció siempre fiel a los designios de Dios. Por eso pudo decir al final de su existencia: "Gracias, Señor, muero hija de la Iglesia". Mensaje muy adecuado para el hombre de hoy.

CASTRO, S., *Ser cristiano según Santa Teresa*, Espiritualidad, Madrid 1981, 401 pp., 800 ptas.

Entrar en contacto con la Santa es hacerlo con uno de los personajes más sobresalientes de todos los tiempos, pues dialogar con ella es dialogar, de alguna forma, con todo el siglo de oro español. Castro facilita el diálogo y brinda un agradable lugar de encuentro.

EFREN DE LA MADRE DE DIOS, B.A.C. Popular, Madrid 1981, 2a ed., 249 pp., 375 ptas.

Biografía elaborada por un experto en temas teresianos, pero que ha sabido ponerla al alcance de todos.

HERRAIZ GARCIA, M., *Sólo Dios basta. Claves de espiritualidad tere-
siana*, Espiritualidad, Madrid 1981, 401 pp., 800 ptas.

El trabajo se presentó en la facultad de teología de San Vicente Ferrer, Valencia, para obtener el doctorado en teología. Pero desde el principio fue pensado y redactado para un público

amplio. Recomendamos encarecidamente su lectura a quienes tengan interés y deseo de adentrarse en las profundidades de la aventura espiritual de la Santa.

LAUZERAL, P., *Teresa de Jesús, mujer y maestra*, Paulinas, Madrid 1981, 399 pp., 600 ptas.

El autor, conocedor de España y amigo de los monasterios fundados por la reformadora del Carmelo, bosqueja con fina y brillante pluma la historia de la mujer que quiso "arriesgar su vida por Dios". En primer plano se destacan todos los dones de la feminidad, que en ella adquieren tonalidades e intensidades insospechadas, y las características de su fecundo magisterio. En consecuencia, la lectura de estas páginas, llenas de calor y colorido, lleva a dejarse conquistar por esta mujer, por esta Santa, que no se cansaba de repetir: "No sé por qué me quieren tanto".

MALDONADO, L., *Experiencia religiosa y lenguaje en Santa Teresa*, PPC, Madrid 1981, 205 pp., 475 ptas.

La cuestión de la experiencia religiosa es inseparable de la del lenguaje. Ante la pobreza y distorsión del lenguaje hablado, tanto de la vida cotidiana como de la vida religiosa y de la pastoral, se impone una vuelta a los grandes maestros del lenguaje religioso. El presente libro es el primer intento que se hace de analizar a nuestros clásicos desde este punto de vista y con esta finalidad: cómo pueden ser un punto de referencia crítico e inspirador en la tarea de crear un lenguaje religioso para la pastoral (litúrgica, catequética y homilética) y la teología de nuestro tiempo.

MAROTA, P.D. de Pablo, *Santa Teresa de Jesús. Doctora para una Iglesia en crisis*, Monte Carmelo, Burgos 1981, 248 pp., 400 ptas.

Como sugiere el título, estas páginas quieren servir de intro-

ducción a la lectura de los escritos teresianos. Habida cuenta de la situación de crisis que vivimos, esta lectura puede ser especialmente iluminadora y estimulante.

RUIZ, A., *Anécdotas teresianas*, Monte Carmelo, Burgos 1981, 237 pp., 300 ptas.

Si una imagen vale mil palabras, una anécdota es como una parábola, un libro entero o un denso mensaje. No constituye una ardua tarea formar una antología con las más interesantes de Teresa de Jesús, porque sus escritos, sus diálogos y sus camineros están salpicados de alegría contagiosa, de fino humor y de gracejo femenino. Y pueden alegrar la andadura del peregrino, ayudándole a recordar "que, al fin, la vida es como una noche en una mala posada".

SANCHEZ, D., *Santa Teresa al mundo de hoy*, Salamanca 1981, 263 pp., 450 ptas.

El autor busca acercar al hombre de hoy a los textos teresianos. Para facilitar el acceso, brinda una antología de textos cortos que invitan y favorecen una lectura fácil y sugestiva. Se distribuyen en unidades mínimas de pensamiento que, a su vez, se agrupan por temas. Se incluye, al final, un índice de conceptos, que puede ser especialmente útil para reuniones de estudio, momentos de oración personal, encuentros, etc.

TRUEMAN DICKEN, E.W., *La mística carmelitana*. La doctrina de Santa Teresa de Jesús y de San Juan de la Cruz, Herder, Barcelona 1967, 603 pp., 600 ptas.

La oración es siempre la clave indispensable para que los hombres puedan vivir cara a Dios en el mundo. Hemos de saber orar. Consiguientemente, el problema pastoral más importante hoy es enseñar al pueblo a orar. El autor, sacerdote anglicano, se propone colaborar en esta tarea mediante el estudio comparado de la doctrina de estos dos grandes colosos carmelitas.

VARIOS, *Teresa de Jesús. Mujer, cristiana, maestra*, Espiritualidad, Madrid 1982, 255 pp., 500 ptas.

Un grupo de especialistas nos ofrecen la "esencialidad" tere-siana: su evangelio, su historia, su literatura. Pero la presenta-ción del mensaje de la gran mística española se hace desde dentro de su doctrina y con sus mismas palabras, acompañadas de notas críticas y algunos títulos y subtítulos, que nos parecen muy a propósito para orientar y dirigir la lectura. A esta sección central la preceden tres largas introducciones de carácter histó-rico, literario y doctrinal.

VARIOS, *Inquieta y andariega. La aventura de Teresa de Jesús*, Monte Carmelo, Burgos 1981, 176 pp., 800 ptas.

A todo color se narra y visualiza la andadura de la Santa por los caminos de Castilla, la Mancha y Andalucía. Queda así refle-jada y exaltada esta apasionante aventura, que Teresa realizara a la manera de los santos. Un buen regalo para los sentidos y el corazón de los enamorados de la vida.

VARIOS, *Andariega de Dios. Santa Teresa de Jesús*, Paulinas, Madrid 1981, 148 pp., 1.000 ptas.

C. Benito-Plaza, con la colaboración de las ilustraciones de T. Puebla, han logrado una publicación especialmente adaptada al mundo infantil y juvenil, tan falto de héroes de carne y hueso, y superahito de "robots".

Publicaciones varias

BURRIEL, J.M., *Yo, Teresa*, Paulinas, Audiocassettes, 3 cassettes, 1.500 pesetas.

Nos acerca la figura de la Santa de Avila y nos la presenta en primera persona. Ella nos habla, nos cuenta su vida, sus senti-

mientos y sus experiencias. Para que la narración cale en lo más profundo del corazón se adjunta el oficio de las horas con materiales tomados de sus escritos, que rezuman la ciencia que aprendiera junto al Amado.

TERESA DE JESUS. Serie audiovisual sobre la vida y la obra de Santa Teresa de Jesús, *Espiritualidad*, Madrid, 2.000 ptas.

Carpeta con 54 diapositivas color. Folleto explicativo. Disco estéreo L.P. Guión literario: A. Barrientos. Música original: A. Bernaldo de Quirós.

LAS PARABOLAS DE SANTA TERESA. Audiovisual de doctrina teresiana con textos de la misma Santa, *Espiritualidad*, Madrid, 3.300 pesetas.

Cada carpeta contiene: 36 diapositivas color. Folleto con los textos. Cassette con los textos grabados.

AVILA. CASA NATAL DE SANTA TERESA. Carpeta con 12 diapositivas color, *Espiritualidad*, Madrid, 150 ptas.

VARIOS, *Carpeta gráfica teresiana*, Monte Carmelo, Burgos 1981, 160 páginas, 430 ptas.

Recopilación de grabados y dibujos, agrupados por temas. Muy útil y de fácil uso para catequesis, murales, programas, carteles, pancartas, revistas colegiales, etc.

VIVO SIN VIVIR EN MI, Paulinas, Madrid 1981, por varios autores. Disco L.P., 600 ptas. Cassette 31 LC, 600 ptas. Partituras, 110 ptas.

Jóvenes y niños

CORTES, J.L., *Teresa, la de Jesús*, Ediciones S.M., Madrid 1981, 158 pp., 250 ptas.

Con la maestría y gracejo ya conocidos, Cortés nos ha regalado

con unos dibujos y textos que son una delicia. Como siempre, encierran una "metralla" (en el buen sentido del término) que puede pasar inadvertida. Refleja un profundo conocimiento de la Santa y del tiempo en que le tocó vivir. Le auguramos un creciente número de lectores, además del éxito editorial ya tenido.

LOPEZ, F., *Teresa la andariega*, Sígueme, Salamanca 1981, 143 pp., 390 ptas.

En el prólogo advierte J. Sans Vila: de los millares de escritos que se publicarán con motivo del IV Centenario, tal vez la mayoría servirá para que los autores se digan a sí mismos con la excusa de la Santa. Desde luego el libro de López nos ayudará sin duda a que gocemos del testimonio de su experiencia para que sigamos el camino que ella nos señaló: camino de humildad y verdad, camino de pobreza y alegría, camino de obediencia y libertad, camino de oración y compromiso, "camino de perfección".

SANZ, Bl., *Teresa*, Folletos "Mundo Cristiano". Para niños muy pequeños.

PEREZ-LUCAS, M.D., *Teresa de Jesús cuenta su vida a los niños*, Folletos "Mundo Cristiano".

Revistas

Reseñamos simplemente las que se han ocupado de manera especial en números monográficos.

ECCLESIA, número extra, 17 y 24 de octubre de 1981, 80 ptas.

Entre artículos, crónicas y entrevistas, destacamos la carta de Juan Pablo II a los carmelitas; la homilía del cardenal legado

en la misa de apertura del IV Centenario en Alba de Tormes, y las distintas glosas de la figura de la Santa hechas por los obispos españoles.

REVISTA DE ESPIRITUALIDAD, Madrid.

Número extraordinario dedicado a temas históricos teresianos. Los trabajos llevan la firma de conocidos expertos en estas materias. Representa una importante aportación en este campo.

CASTRO, A., *Teresa la Santa y otros ensayos*, Alianza Editorial, Madrid 1982 (reedición).

Las 72 páginas que el autor dedica a nuestra Santa siguen siendo de las más inteligentes que se han escrito sobre ella.

BIBLIOGRAFIA SOBRE SAN FRANCISCO DE ASIS

Obras completas

SAN FRANCISCO DE ASIS, *Escritos. Biografías. Documentos de la época*, edición preparada por J.A. Guerra, B.A.C., Madrid 1980, 2a ed., XXIII - 1091 pp., 1.200 ptas.

La obra se articula en dos partes fundamentales: sección de los Escritos y la de las Biografías y otros documentos. En una tercera se insertan los Apéndices: cronología de la vida, mapas franciscanos, tablas de concordancia. Cierran la edición una serie de índices muy interesantes: el de citas bíblicas, el de materias en los escritos del Santo y en las biografías, el de nombres de personas y el de nombres de lugares. La obra está dedicada a todo ese mundo, oficialmente franciscano o franciscano de devoción, que se siente atraído por la figura y el mensaje del "Poverello" y quiere acercarse a su persona.

Obras generales

BOFF, L., *San Francisco de Asís. Ternura y vigor*, Sal Terrae, Santander 1982, 322 pp., 500 ptas.

El Santo de Asís aparece como una alternativa humanista y cristiana. Todo en él invita a la práctica y a la acción transformadora que haga realidad concreta la entrega a los demás, la ternura para con los pobres y el respeto hacia la naturaleza. En cinco densos y sugestivos capítulos, el autor nos plantea cinco cuestiones de extraordinaria importancia para nuestro tiempo: el sistema en que vivimos; la sociedad moderna, que abre un abismo cada vez mayor entre ricos y miserables; la liberación integral de los oprimidos; la eclesiogénesis desde las bases; la integración de lo negativo de la vida. Y señala las pistas de orientación en clave franciscana y en clave testimonial. Así se hace verdad la afirmación de L. Boff: "Yo, fraile menor de un país muy distante de Asís, teólogo menor, periférico y pecador, he visto y doy testimonio. En honor y alabanza de San Francisco. Amén".

CARRETTO, C., *Yo, Francisco*, Paulinas, Madrid 1982, 7a ed., 207 pp., 325 ptas.

ID., con ilustraciones de Norberto, *Yo, Francisco*, Paulinas, Madrid 1981, 95 pp., 900 ptas.

ID., *Yo, Francisco*, 3 audiocassettes, 1.500 ptas.

Es difícil encontrar a un cristiano que no haya identificado el concepto de santidad en el hombre con la figura de Francisco y no haya deseado imitarlo de alguna manera. Carretto, que ha pasado muchas horas en la soledad del Subasio entregado a la oración, ha penetrado en el alma del "Poverello" y nos lo presenta en primera persona, nos lo acerca y nos lo ofrece como homenaje en su VIII Centenario.

LECLERC, E., *Sabiduría de un pobre*, Marova, Madrid 1980, 5a ed., 164 pp., 300 ptas.

No hace falta decir que el pobre es San Francisco de Asís y que su sabiduría no es otra que la autenticidad y sencillez evangélicas, la de los pobres de Yahvé. El libro es como unas "florecillas" escritas en el siglo XX para hombres de nuestra época. Estamos ante una obra simple y a la vez profunda, testimonio delicioso de esa encantadora ambivalencia del espíritu franciscano.

LARRAÑAGA, I., *El hermano de Asís*, Paulinas, Madrid 1980, 429 pp., 600 ptas.

El autor, nacido en España, ha desplegado su vida sacerdotal casi enteramente en América Latina. Muy conocido por sus obras y por haber creado los "Encuentros de Experiencia de Dios" y la "Escuela de Oración". Ahora nos regala una "vida profunda de San Francisco" (subtítulo de la que reseñamos), que es una verdadera delicia. Nos gustaría que todos nuestros lectores y los miembros de Cáritas pudieran gustarla, dada su claridad, profundidad, realismo y encanto.

MATURA, Th., *El proyecto evangélico de Francisco de Asís*, Paulinas, Madrid 1978, 2a ed., 124 pp., 200 ptas.

Estas páginas se dirigen a todos los cristianos, religiosos o seculares, que se cuestionan la posibilidad de una vida evangélica en nuestros días. El proyecto de San Francisco, liberado de su lastre medieval y romántico, sigue interpelando a los hombres de hoy y tiene garra para suscitar "aventureros" de Dios y enamorados de los pobres.

MERINO, J.A., *Humanismo franciscano. Franciscanismo y mundo actual*, Cristiandad, Madrid 1982, 318 pp., 750 ptas.

La obra ha sido galardonada con el premio nacional del con-

curso organizado con motivo del VIII Centenario del Santo de Asís. En ella, como trasfondo, se analizan las semejanzas entre la primera mitad del siglo XIII y el nuestro: aquél significa el paso del mundo romántico al gótico y el actual la salida de los siglos dominados por la razón. Pues bien, Francisco y el franciscanismo superaron la crisis radical de religión y sociedad volviendo a la vida, a la naturaleza, al hombre y a los sentimientos íntimos de la persona. El "Poverello" vivió la utopía de la hermandad universal, experimentó la alegría espiritual y física, buscó el contacto con la naturaleza y corrió apasionadamente la aventura de la libertad. ¿No son por ventura éstos nuestros sueños? Por lo tanto, no hay que sorprenderse de que la obra de Merino capte rápida y fácilmente al lector.

CONCILIUM núm. 169 (1981): *Francisco de Asís hoy*.

Los editores de la revista internacional de teología se muestran interesados en "informar a los cristianos acerca de una leyenda enraizada en una acción cuya actualidad no es simple tema de eruditos"; pero sobre todo se proponen invitar a la conversión y seguimiento de Francisco, fiel trasunto de Jesús.

La leyenda se sitúa en un mundo y en un ambiente en plena transformación, como esboza con densos trazos J. LE GOFF, "Francisco de Asís entre la renovación y el lastre del mundo feudal". Pero el occidente del medievo vive y padece el combate entre el cristianismo y el islamismo como trasunto del drama cósmico entre el Bien y el Mal. F. DE BEER describe la originalidad de nuestro Santo en este conflicto apocalíptico, "San Francisco y el islam".

En la segunda sección se presentan los tres ejes juzgados más interesantes con respecto a la originalidad de su actitud y al origen de la leyenda. El primer eje es la pobreza (M. MOLLAT, "La pobreza de Francisco: opción cristiana y social"); las comu-

nidades y la actitud evangélica (N. FABBRETTI, "Francisco, evangelismo y comunidades populares"); la Biblia sin glosa (Th. DESBONNETS, "Lectura franciscana de la Escritura").

Desde la originalidad de Francisco en estos tres sectores, se trata de medir la incidencia de su acción, tan lejana en el tiempo, en el mundo de hoy. B. DUCLOS, "Francisco, imagen de Cristo", atribuye la fuerte fascinación todavía vigente a su apego al evangelio, a su seguimiento "literal" de Cristo. A. ROTZETTER, "Mística y cumplimiento literal del evangelio en Francisco de Asís", y K. WALF, "Mi Francisco de Asís", sin negar el poder positivo de dicha incidencia, establecen los límites de la misma en el momento presente.

Por último, E. DOYLE ofrece una "Bibliografía selecta sobre Francisco de Asís" (más bien de carácter multinacional que internacional); Ch. DUQUOC, "A propósito de Francisco: el valor teológico de la leyenda", estudia el doble movimiento a que está sometida: reajuste en una explicación que la vuelve banal, prolongación en un relato que la hace subversiva. Al lector de la leyenda le corresponde optar por una o por otra interpretación; pero sólo el que la lee como invitación a continuarla respeta su texto.

BIBLIOGRAFIA VICENCIANA

SAN VICENTE DE PAUL, *Obras completas*, Sígueme, Salamanca.

Traducción de la obra completa de P. COSTE, *Saint Vincent de Paul: Correspondance, entretiens, documents*, J. Gabalda, Paris 1920-1925.

La edición española ha sido perfeccionada: se han corregido algunos errores, se incluyen algunas cartas y documentos. El

último volumen está dedicado a índices y reseña una bibliografía que, sin ser exhaustiva, es lo más completa posible. Cada uno de los volúmenes contiene múltiples y oportunos índices: de referencias bíblicas, doctrinal, onomástico, de concordancia de las ediciones y de materias. Quienes deseen y gusten beber directamente la espiritualidad vicenciana en sus orígenes más puros, encontrarán en esta obra un caudal inagotable y maravilloso.

ORCAJO, A. - PEREZ FLORES, M., *San Vicente de Paúl. Espiritualidad y selección de escritos*, B.A.C., Madrid 1981, XV - 551 pp.

En una apretada síntesis sobre el pensamiento y palabras vicencianas, el P. Orcajo resume en seis capítulos los móviles externos e internos que explican el quehacer diario, caritativo y misionero, del Santo. Su lectura nos revela la originalidad y la perenne vigencia del mensaje vicenciano, basado en el evangelio y en la vida. Quedan también subrayados los rasgos que lo distinguen de las enseñanzas de otros espirituales y santos de su tiempo.

La "Selección de escritos", a cargo del P. M. Pérez Flores, nos ofrece una muestra escasa pero importante de la palabra del fundador de la Congregación de la Misión y de las Hijas de la Caridad. La impresionante actividad que desarrollara en las tareas de evangelización y servicio a los pobres le obligó a expresarse y escribir en circunstancias muy variadas. La selección de los escritos se agrupa en diez apartados, en los que se recogen distintos aspectos de la expresión oral y escrita de San Vicente. Su lectura facilita la penetración en el alma de este gran apóstol del amor al hombre y, tras la resonancia de su palabra inconfundible, se deja traslucir el celo que lo devoraba.

Biografías

CALVET, J., *San Vicente de Paúl*, CEME, Salamanca 1979 (primera edición francesa en 1948), 236 pp.

El autor conoce muy bien el siglo XVII francés y esto le ha permitido siluetear una sugestiva semblanza de la figura excepcional de Vicente de Paúl. Pero no se contenta con hacer este retrato magistral. A partir de ahí, estudia sus principios, las líneas maestras de su santidad. Todo esto nos lo narra Calvet en un estilo conversacional, que produce en el oyente, más que lector, la sensación de recibir en cada página una serie de lecciones y conclusiones, fruto de larga y profunda meditación. Una nota bibliográfica cierra el volumen.

DODIN, A., *San Vicente de Paúl y la caridad*, CEME, Salamanca 1977, 192 pp.

La intención, pero no la pretensión, de estas páginas es descubrir de nuevo al Señor Vicente en su integridad. Por eso el autor bosqueja la semblanza del santo en forma dinámica y desde tres perspectivas integradoras: la evolución de su servicio terrestre, la doctrina espiritual que le nutrió y la tradición uniforme que inspiró. El resultado es un encuentro apasionado y vital con un San Vicente vivo y próximo. El volumen se enriquece con algunos de los textos más importantes y unas ilustraciones deliciosas. También nos ofrece una útil cronología a cuatro columnas, que destaca las fechas más interesantes de la vida del santo, de la historia política, de la historia religiosa y de la historia literaria. Cierra la obra una bibliografía seleccionada. Todos estos datos hacen muy recomendable su lectura para cuantos quieran aproximarse al gran amigo y servidor de los pobres.

ROMAN, J.M., *San Vicente de Paúl I, Biografía*, B.A.C., Madrid 1981, XXII - 707 pp.

Historiador profesional, el autor se siente obligado a plantearse con rigor crítico los problemas clásicos de la vida del Santo. Por eso, sobre el fondo histórico de la época, nos presenta la figura de un hombre que, conducido por la providencia y sin adelantarse nunca a ella, como él gustaba de repetir, recorre un itinerario humano riquísimo en experiencias. En cierto modo, es el propio Vicente quien nos narra su vida y transmite su mensaje, ya que el autor se ha esforzado por cederle la palabra. Estamos, pues, ante una biografía que merece la pena leer y que prestará un gran servicio no sólo a los numerosos miembros españoles y latinoamericanos de la doble familia vicenciana, sino también a todos los amigos del Santo de la caridad.

REDIER, A., *Vicente de Paúl, todo un carácter*, CEME, Salamanca 1979.

La novedad de esta biografía consiste en presentar al Santo a través de su juiciosidad sobria, su aplomo, su tenacidad y su aura de leve ironía.

Obras generales

IBAÑEZ, J.M., *Vicente de Paúl y los pobres de su tiempo*, Sígueme, Salamanca 1977, 468 pp.

El autor presenta la obra y la espiritualidad de San Vicente dentro del contexto socio-jurídico y religioso de su época. De esta forma queda muy resaltada la ayuda que prestó a los pobres en un tiempo y en un marco en que la miseria popular parece alcanzar en Francia su paroxismo. De ahí el esquema general de la obra: marco temporal de Francia en tiempo de San Vicente (parte I); diferentes categorías de pobres y el grito de esta miseria: para comprender la acción caritativa del Santo (parte

II); evolución de la experiencia religiosa y enriquecimiento doctrinal, que conducen al descubrimiento de los pobres (parte III); visión y juicio de los pobres dentro de la opción vicenciana. El volumen contiene también apéndices e ilustraciones, amén de una bibliografía selecta.

IBAÑEZ, J.M., *Vicente de Paúl. Realismo y encarnación*, Sígueme, Salamanca 1982.

Desde hace más de tres siglos, la variedad, solidez y universalidad de la obra vicenciana atraen la atención y suscitan la admiración de historiadores, sociólogos, espirituales y estrategas de la acción. La pregunta siempre es la misma: ¿cuál es el secreto de este fenómeno? La clave parece estar, a juicio del autor, en estas dos notas: realismo y encarnación. Ellas nos permiten desentrañar el origen, dinamismo y orientación de la prodigiosa actividad y espiritualidad de este hombre, habitado y trabajado interiormente por un “temperamento de un hombre de negocios” y un “temperamento de hombre de estado”. Realismo y encarnación, que podemos hacer nuestros introduciéndonos en el movimiento de su espíritu y llegando al centro de su doctrina, que se articula de manera viva en torno a una idea maestra: Jesucristo, que se encarna en la historia para realizar la voluntad salvífico-liberadora de Dios.

Estudios y ensayos

Queremos reseñar aquí la publicación de las ponencias de las distintas Semanas que se han ido celebrando y han sido editadas por la editorial CEME, Salamanca.

AA. VV., *Vicente de Paúl, evangelizador de los pobres* (II Semana de Estudios Vicencianos de Salamanca, 1973).

- AA. VV., *Vicente de Paúl, inspirador de la vida comunitaria* (III Semana de Salamanca, 1974).
- AA. VV., *Vicente de Paúl y la acción caritativo-social* (IV Semana de Estudios Vicencianos de Salamanca, 1975).
- AA. VV., *Vicente de Paúl y la evangelización rural* (V Semana de Estudios Vicencianos de Salamanca, 1976).
- AA. VV., *Vicente de Paúl y los enfermos* (VI Semana de Estudios Vicencianos de Salamanca, 1977).
- AA. VV., *Vicente de Paúl y la catequesis* (VII Semana de Estudios Vicencianos de Salamanca, 1978).

De esta misma editorial CEME, parece oportuno reseñar otras obras:

DODIN, A., *Lecciones sobre vicencianismo.*

Libro sumamente útil para todo el que desee reflexionar en torno al hecho de Vicente de Paúl y su continuidad en la historia, llevado de la mano de uno de sus mejores conocedores.

DODIN, A., *La oración en la vida apostólica, según San Vicente de Paúl.*

Un estudio donde se recuerda y sistematiza el pensamiento del Santo de los pobres sobre la oración.

DELARUE, J., *Vicente de Paúl. La fe que dio sentido a su vida.*

La clave de una existencia totalmente entregada al amor apasionado de Jesucristo y al servicio de los pobres.

MUNETAS, *San Vicente de Paúl, animador del culto.*

Presentación de un tema verdaderamente inédito sobre Vicente de Paúl.

Libro juvenil

LOPEZ, F., *Vicente de los pobres*, CEME, Salamanca 1980.

La vida del Santo de la caridad contada en preciosos dibujos y breves textos. Un libro que encantará a todos, dada la maestría del autor, conocido ya por otras publicaciones análogas.

Audiovisual

San Vicente de Paúl.

La biografía contada en 122 diapositivas a color, con un texto sonorizado y escrito bajo el asesoramiento del gran vicencianista francés P. Dodin.

ESCRIBEN EN ESTE NUMERO

PRIETO RAMIRO, Rafael.— Nacido en 1934. Sacerdote desde 1957. Licenciado en Teología e Historia de la Iglesia por la Universidad Gregoriana de Roma. Licenciado en Historia por la Universidad de Madrid. Profesor de Historia en el Seminario de Plasencia...

Desde *Plasencia, en la que San Vicente pensó*, de la que San Vicente habló en el último año de su vida, tratando de hacer una fundación —la primera en España— de Misioneros Vicencianos. Hoy sus deseos, aunque de otra forma, están cumplidos.

Desde *Plasencia, visitada por Santa Teresa*, para entrevistarse con algunos de sus familiares y dejar al mismo tiempo buena semilla de su espíritu.

Desde *Plasencia, donde vivió por algún tiempo* un auténtico hijo de San Francisco y amigo de Santa Teresa, llamado *Pedro de Alcántara*, dejando en todo el ambiente un aroma franciscano que aún perdura.

BARRENA SANCHEZ, Jesús.— Sacerdote de la diócesis de Avila. Licenciado en Sagrada Teología por la Universidad de Salamanca. Licenciado en Ciencias de la Educación por la Universidad Complutense.

Actualmente, jefe de estudios en el Colegio de la Asunción de Nuestra Señora, de Avila.

Publicaciones: “Cultura y comunidad rural”, Madrid 1980 (premio del Ministerio de Cultura); “Influjo de la reforma teresiana en la espiritualidad seglar” (premio en el IV Centenario de la Reforma Teresiana); “El rostro humano de Teresa de Avila”, Ed. Sígueme, Salamanca 1981, segunda edición, febrero 1982; “Aptitudes emprendedoras de Teresa de Jesús, fundadora” (premio para escritores, 1982).

LLAMAZARES, Orencio.— Nacido en 1925. Capuchino. Ordenado en 1951. Actividades pastorales, especialmente en la predicación. Ha sido superior en Vigo y en Medinaceli. Consejero provincial. Delegado de Radio y Televisión en el Secretariado de Medios de Comunicación Social, de la Conferencia Episcopal Española. Actividades en Radio Nacional (programa “Misa de España” —desde 1956—); en Televisión (programa “El Día del Señor” —desde 1978—).

Asistente Nacional de la Orden Franciscana Seglar y de la zona de Madrid.

Autor de “Evangelios concordados”. Colaborador de diversas revistas de su especialidad.

DUQUE, Felipe.— Nacido en Cabezuela del Valle (Cáceres). Licenciado en Filosofía y Teología (Universidad Gregoriana). Ha sido párroco de San Nicolás, de Plasencia; profesor del Seminario, también de Plasencia.

En la actualidad es director del Secretariado de la Comisión Episcopal de Pastoral Social; delegado episcopal en Cáritas Española y profesor del Instituto Internacional de Teología a Distancia.

ORDEN MASCUÑAN, Encarnación.— Natural de Madrid. Hija de la Caridad. Secretaria general de la Federación Española de Religiosos Sanitarios. Ha sido vocal de la Comisión Nacional de Migración, representando a los religiosos españoles en el extranjero, y del Consejo General de Cáritas Española.

Es autora de varios trabajos; entre otros, de: “Niños rotos” (Yelda); “Religiosa sanitaria: ¿qué serás mañana?” (Vida Religiosa).



